J. G. TREVIÑO, M. SP. S.

LA MUJER

Nihil obstat: D. Antonio Muñoz, Censor.
Imprimatur: José María, obispo Auxiliar y Vicario General.
Madrid, 11 de junio de 1963.

PROLOGO.

A pesar del título, estas páginas no están exclusivamente destinadas a la mujer. Su objeto es que sea mejor conocida, tanto de ella misma como del hombre, con lo cual se logrará tal vez mayor comprensión mutua y más respeto para la mujer, respeto que vendrá a ser salvaguarda de muchos peligros y preventivo de muchas pequeñas dificultades en la vida cotidiana.

Quiérase o no, el hombre y la mujer tienen que convivir en este mundo, y por más que pretendieran aislarse, hay no pocas circunstancias en que el trato mutuo es indispensable. Preferible es, por tanto, impregnar esas relaciones necesarias de mutuo respeto y deferencia.

Pero, sobre todo, estas sencillas reflexiones pretenden mostrar a la mujer su misión divina y todo el bien que es capaz de realizar con la gracia de lo Alto.

¡Quiera Dios bendecir estas página para que descorran ante la mujer horizontes de sano optimismo y de divino entusiasmo!

México, 12 de mayo de 1962.

PRIMERA PARTE

JESUS Y LA MUJER

CAPÍTULO PRIMERO

JESUCRISTO Nuestro Señor es nuestro modelo en todo, y por eso es muy interesante estudiar las relaciones que tuvo con la mujer. Eso mejor que nada nos descubrirá su verdadero valor.

La primera mujer que aparece en la vida de Cristo es una mujer excepcional, la más pura de las vírgenes, la más amorosa de las madres, la más santa de todas las criaturas: ¡MARÍA!

Su influjo en Jesús es único. Una palabra lo dice todo: fue verdadera MADRE de Cristo; pero lo fue de una manera plena y exclusiva. Porque todas las demás madres comparten con los respectivos padres los sagrados privilegios de la paternidad: nadie es hijo sólo de su madre, sino también de su padre. Jesús, sí; como hombre fue hijo únicamente de María. A Ella se lo debió todo en el orden natural. La fe nos enseña que Jesús, como hombre, no tuvo padre.

Un hijo hereda de su padre como de su madre tanto los rasgos fisonómicos como los caracteres morales. Jesús todo lo heredó de María y sólo de María. Jamás un hijo ha sido más parecido a su madre. La fisonomía de Jesús no debe haber sido sino la reproducción de los rasgos de María hermosamente virilizados: la misma mirada de sus ojos profundos, la misma sonrisa de sus labios que destilaban dulzura, el mismo timbre de su voz suavísima, el mismo color, de trigo maduro de su tez caldeada por los soles de Palestina...

Entre las alegrías íntimas de la Virgen Santísima, una de las más deliciosas fue verse retratada en Jesús, contemplarle tan parecido a Ella, considerarle como una prolongación suya y únicamente suya, ¡sentirle tan plenamente su hijo!

Pero también heredó Jesús los caracteres morales de María: su sencillez encantadora, su candor angelical, su sensibilidad exquisita, su delicadeza extrema, su dulzura suavísima, su abnegación callada, sus preferencias por los pobres, los humildes y los que sufren, sus gustos nobilísimos...

Sin duda que la santidad de Jesús, por la unión hipostática y la plenitud de gracia que recibió, está muy por encima de todas las criaturas, aun de María. Sin duda también que las mismas virtudes infusas de María son fruto de la Redención de Jesús. Pero estamos hablando del orden puramente natural, en el que el hijo recibe la vida de su madre. Y en ese orden, Jesús, repito, lo recibió todo de María y sólo de María.

Más aún: María —me atrevo a decirlo— tuvo la misión de modelar el Corazón incomparable de Cristo.

Jesús, no sólo como Dios poseía una ciencia infinita, sino también como hombre estaba dotado de una ciencia infusa que nada ignoraba. Pero Él quiso en todo hacerse semejante a los hombres sus hermanos —dice San Pablo—[1], y por eso quiso también tener ese conocimiento experimental que no puede adquirirse sino al contacto, casi siempre duro y penoso, con las personas, los acontecimientos y las vicisitudes de esta vida. A eso alude el Evangelista cuando dice que Jesús crecía en sabiduría, en gracia y en edad ante Dios y ante los hombres[2].

Ahora bien, la maestra de Jesús-Niño en ese conocimiento experimental de las personas y de las cosas fue María. ¡Cómo le enseñaría a ser compasivo con los pobres, con los enfermos, con los que sufren; a ser cariñoso y agradecido, respetuoso y obediente con José, su padre adoptivo, y con sus demás parientes; a desarrollar los tesoros de ternura de su Corazón tan delicado, al contacto de las incomparables caricias maternales!

¡Qué conmovedor es pensar que María enseñó a amar a Jesús, no con ese amor sereno e inmutable que aprendió en el Seno augusto de su Padre Celestial, sino con ese amor nuestro, amasado en ternura, en delicadeza, en lágrimas, en dolor!...

Es indudable que María formó el Corazón humano de Jesús. Aquí tiene también aplicación el principio de que la gracia no destruye la naturaleza, antes bien, en ella se apoya y se funda. Por consiguiente, si el Corazón de Cristo es un prodigio estupendo de la gracia, es también una maravilla de la naturaleza. Y esta maravilla se la debemos a María.

¡Oh María, mujer incomparable y Madre nuestra amantísima, cómo no has de ser el «Refugio de los pecadores», si Tú enseñaste a Jesús-Niño a tener compasión de los miserables! ¡Gracias, oh Madre, porque los sollozos de la humanidad pecadora encontraron eco en tu corazón maternal y nos preparaste el festín opulento de la misericordia divina y nos escanciaste el mejor vino, el vino del amor de Cristo, que embriaga a las almas deliciosamente!

¡Qué grande es tu corazón cuando no se avergüenza de nuestras bajezas; qué puro cuando no se mancha al contacto de nuestra maldad, antes la purifica;

---

[1] «Unde debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret» (Hebr., II, 1).

[2] «Et Jesus proficiebat sapientia, et aetate, et gratia apud Deum et homines» (Luc., II, 52).

qué delicado y generoso cuando nunca ha rechazado a nadie por miserable que sea!

Y por eso, cuántos corazones heridos en las luchas de la vida, temerosos de la Justicia divina, han venido a refugiarse en tu regazo maternal y han encontrado ahí el consuelo, el perdón y la paz...

¡Oh Madre, bendita seas!

* * *

María ha dignificado a la mujer en todas sus vocaciones.

Como María, *la madre cristiana* debe ser doblemente madre. No basta que le dé la vida a su hijo y que le alimente y le prodigue todos esos cuidados de la infancia que tanta abnegación suponen, es necesario también que forme el corazón de su hijo, su carácter, su vida moral, que le enseñe a ser compasivo e indulgente, a olvidarse de sí mismo y a pensar en los demás, a ser bondadoso y humilde, delicado y agradecido, en una palabra, debe cultivar su sensibilidad, así como su voluntad.

En pocas palabras: debe *educarle* en el sentido noble y pleno de la palabra, o, mejor dicho, poner las bases de su *educación* y modelar en especial su corazón. Por eso alguien ha dicho[3] esta profunda palabra: *la verdadera cuna del hombre es el corazón de su madre*.

La educación del niño tiene su base fundamental, necesaria, insustituible en el hogar. Y en el hogar nadie interviene en la educación del niño como la madre. Su acción es más constante, más profunda y deja una huella indeleble.

Cuando por el corazón de un niño ha pasado el amor de una madre cristiana, con todas sus abnegaciones y ternuras, con sus consejos, ejemplos y enseñanzas, aunque puede después inundarlo el océano de todos los extravíos: la huella luminosa no se borra, el perfume exquisito no se evapora y queda ahí como luz de divina esperanza, como germen de regeneración no lejana... Esa alma, tarde o temprano, volverá a Dios.

¡Felices y mil veces felices aquellos a quienes la Providencia divina les ha hecho el regio presente de una madre cristiana!

---

[3] El Cardenal de Cabrières. Alocución en las honras fúnebres por el aniversario de la muerte de la fundadora de las Asuncionistas.

Por eso, cómo debieran las jóvenes que sienten esa vocación prepararse debidamente. ¡La misión de la madre cristiana requiere tanta virtud! ¡Y qué lástima es comprobar lo contrario y ver que muchas no suelen llevar como preparación sino una vida frívola y vana!

Por algo a este sacramento se le llama *matrimonio* y no *patrimonio*, quizá por el papel importantísimo de la madre; no ciertamente como fuerza dirigente —lo que corresponde al hombre—, sino por su influjo decisivo en la primera formación de los hijos, en la cultura de sus sentimientos y de su corazón.

La madre, no me cansaré de repetirlo, forma el corazón del niño. Y apoyándose en la Sagrada Escritura y confirmándolo con la experiencia, podemos afirmar que toda la vida del hombre —física y moral— nace de su corazón; todas las virtudes y todas las abnegaciones, como todos los vicios y todas las bajezas.

* * *

La sociedad nace de la familia. El germen de la familia es el niño. La primera educación del niño depende de la madre. De ahí se desprende claramente el influjo decisivo que en la sociedad tiene la mujer.

El demonio y los enemigos de Dios lo saben mejor que nosotros; por eso nada ponen tanto empeño como en descristianizar a la mujer, porque si lo consiguen, en las familias no habrá piedad, los niños y las niñas que de ahí salgan, que serán los hombres y las mujeres de mañana, vivirán alejados de Dios, y las sociedades y los pueblos y sus gobiernos acabarán por ser ateos.

Formar madres cristianas es el gran medio para volver a Dios a las sociedades y a las familias que viven lejos de Él.

Mil veces se ha dicho que la mujer es un ser débil; sí lo es, pero es una debilidad que triunfa de la fuerza del hombre y la domina. Verdad es ésta que no debiéramos olvidar nunca.

Eva era débil, débil en su inteligencia y en su voluntad; tanto, que el demonio la engañó y la sedujo. Pero la debilidad de Eva triunfó de la fortaleza y de la sabiduría de Adán. Y esa primera escena de la historia de la humanidad se reproduce constantemente a través de los siglos, a las veces para el triunfo del mal, a las veces, afortunadamente, para el triunfo del bien.

Muy conocida es la leyenda inglesa de un lord que dejó un testamento muy extravagante. Toda su fortuna debía convertirse en caballos blancos y negros, con los que debían obsequiar a todos los hogares de las pequeñas poblaciones de Inglaterra; pero con esta condición extraña: debía darse un caballo blanco donde mandara el hombre, o un caballo negro donde mandara la mujer. Los albaceas recorrieron todos los pueblos para cumplir aquella disposición tan original, dándose cuenta antes, con toda discreción, de quién realmente mandaba en cada hogar. Y cosa rara, estaban por agotarse los caballos negros y no habían podido colocar un solo caballo blanco...

Llegaron por fin a un hogar donde el hombre era el tipo del autoritario: estatura prócer, voz estentórea, genio fuerte, carácter dominante. Su mujer, en cambio, era todo lo contrario: pequeña y raquítica, de voz muy apagada, tímida y encogida.

Los albaceas pensaron en su interior que allí sí iban a colocar el primer caballo blanco, símbolo de que allí mandaba el hombre, y aún creyeron inútil toda investigación. Sin embargo, por abundancia de pruebas, se presentaron diciendo: «Venimos a obsequiarles con un caballo, ¿Cuál prefieren, el blanco o el negro?» El hombre se adelantó y terminantemente dijo: «El blanco, sin género de duda». Y viendo que su mujer no hacía sino callar y encogerse, le dice: «¿No te parece?» «Como tú gustes..., como tú lo dispongas...», le contestó. «Sí, está muy bien; un caballo blanco, porque así lo ordenas tú». Y después de un momento de silencio, volvió a decir con una voz muy suave, muy tímida, muy insinuante: «Sí, el blanco..., como tú gustes... ¿Y no te gustaría más el negro?...» «¿El negro...? ¡Vaya, mujer! ¡Que dejen, pues, el negro!»

Y dejaron el negro, porque aun allí mandaba la mujer...

* * *

Sin duda alguna que, según el orden impuesto por Dios, el hombre es cabeza de la mujer y a él corresponde la primera autoridad en el hogar. Este es un hecho indiscutible.

Pero, repito, la mujer tiene un influjo en el niño y aun en el hombre que debiera hacerla pensar, hacerla sentir todo el peso de su responsabilidad.

De ella se puede decir de una manera especial que no se salva ni se pierde sola y que está puesta como signo de contradicción para la ruina o para la resurrección de muchos.

¡Cuánto bien puede hacer una mujer buena! ¡Cuánto mal puede hacer una mujer mala! ¡Cuánto bien deja de hacer una mujer frívola y ligera!

Porque el gran mal de la mujer es su incurable ligereza. Por esa falta de reflexión no se da cuenta de las preciosas energías que tiene en sus manos, y por eso las deja perder inútilmente, o, lo que es peor, las utiliza mal y con una inconsciencia que produce escalofrío, como cuando se ve a un niño jugando con una bomba de dinamita.

Cuánto sufre el corazón del sacerdote cuando encuentra hogares completamente deshechos y que hubieran podido ser un santuario de dicha y de paz y que no lo son ni lo serán jamás, sólo porque la mujer no supo o no quiso utilizar su influjo en el hombre para llevarle a Dios. ¡Qué responsabilidad, qué terribles cargos cuando comparezca ante el Tribunal divino!

* * *

¡Oh María, sólo Tú puedes salvar a la mujer que el demonio, el mundo y todos los enemigos de Dios se disputan! ¡Sé Tú su modelo, sé Tú su amparo; enséñale a comprender sus grandes responsabilidades; que tu manto la proteja, que tu pureza la envuelva, que tu corazón la guarde y que en tu escuela aprenda la ciencia de la piedad sólida, de la abnegación callada, de la paciencia incansable, de la ternura insinuante, del amor humilde, del sacrificio heroico!

CAPITULO II

DESPUÉS de los años dulcísimos de Belén, Egipto y Nazaret, en que María fue el *huerto cercado* donde se ocultó Jesús, vino la vida apostólica que duró algo más de tres años y, sobre todo, la etapa suprema, la Pasión y la Muerte, la Resurrección y la vida gloriosa.

Apenas sale Jesús del retiro de su vida oculta y se arranca, por decirlo así, de los brazos maternales; apenas inaugura su vida pública y su apostolado, cuando aparece la mujer, desinteresada, abnegada y generosa, para ayudar al Maestro en sus trabajos.

Iba el Señor recorriendo la Galilea, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, acompañado de toda una pequeña caravana, formada por los doce Apóstoles, por los discípulos que se le iban poco a poco adhiriendo y por muchas mujeres piadosas que con sus propios recursos y el trabajo de sus manos proporcionaban a Jesús y a sus Apóstoles vestidos y alimentos: *Quae ministrabant eis*[4] *de facultatibus suis*[5].

Eran mujeres que habían recibido especiales beneficios de Cristo y a cuya cabeza se encontraba María Magdalena, de la que acababa de arrojar siete demonios; cita además San Lucas a Juana, esposa del intendente de las posesiones de Herodes Antipas; Susana y «otras muchas», entre las que deben haberse encontrado María, madre de Santiago el Menor y de José; y Salomé, madre de Santiago el Menor y de Juan.

Era antigua costumbre en el Oriente que alguna piadosa mujer proveyera a la alimentación de un rabino, pero no que lo siguiese en sus viajes. Es una innovación de Jesús, que inaugura de esta manera el apostolado de la mujer, que tan admirables páginas había de escribir en la sucesión de los siglos cristianos.

Los Apóstoles siguieron el ejemplo de su Maestro y concedieron amplia parte en el apostolado a la mujer.

---

[4] «Eis», refiriéndose a Jesús y a sus Apóstoles, es quizá la mejor lección; aunque también manuscritos importantes traen la variante «ei», refiriéndose únicamente a Jesús.

[5] «Et ipse iter faciebat per civitates, et castella praedicans, et evangelizans regnum Dei: et duodecim cum illo, et mulieres aliquae, quae erant curatae a spiritibus malignis, et infirmitatibus: María, quae vocatur Magdalene, de qua septem daemonia exierant, et Joanna uxor Chusae procuratoris Herodis, et Susanna, et aliae multae, quae ministrabant ei de facultatibus suis» (Luc., VIII, 1-3).

Citemos algunos nombres. *María* y *Pérsida*, que —asegura San Pablo— «mucho trabajan en el Señor»; *Feben*, a quien el mismo Apóstol llama hermana suya y de quien ha recibido muchos servicios; *Prisca*, su colaboradora, esposa de Aquila, que mucho ayudó en la fundación de la Iglesia de Corinto; *Trifena* y *Trifosa*, «que trabajan en el Señor»; la madre de Rufo, probablemente el hijo del Cirineo, a quien con delicadeza conmovedora llama el Apóstol también madre suya, lo que hace suponer que tuvo para San Pablo una verdadera solicitud maternal[6]; *Lidia*, la primera conquista que hizo San Pablo en Macedonia; *Evodia* y *Sintiquen*, que trabajaron con mucho celo en la propagación del Evangelio; aunque San Pablo las cita para exhortar a la concordia, pues habían tenido desavenencias, lo que prueba que las pequeñas discordias en el apostolado femenino no son nada nuevo[7]...

Otra prueba del apostolado de la mujer desde los tiempos apostólicos es la institución de las diaconisas. Las diaconisas (Evodia y Síntiquen lo eran probablemente), en los primeros siglos de la Iglesia, atendían a los pobres, cuidaban a los enfermos, preparaban a moribundos, catequizaban a las mujeres; fueron las precursoras de las religiosas de vida activa de nuestra época.

Esta tradición se ha continuado a través de los siglos, acomodándose a los tiempos y a las costumbres. En las parroquias, la mujer piadosa —a pesar de que muchas veces se la ridiculiza casi siempre por pequeños abusos o exageraciones que no faltan en toda obra humana—, tiene un papel muy importante. Un párroco que sólo tenía un vicario en una parroquia muy populosa, decía de ellas: «Son mi segundo vicario».

Cuántas veces el sacerdote no tiene otra cosa que hacer que lo que es exclusivo de su ministerio, como la administración de los sacramentos; porque antes ellas han enseñado el Catecismo y preparado para la primera Comunión, y han movido la voluntad reacia de los hombres para que cumplan con el precepto pascual, y han visitado a los enfermos y dispuesto a los moribundos para recibir los últimos sacramentos.

A las veces se oye decir que el Padre X logró una gran conversión, bautizó a un judío, obtuvo la abjuración de un protestante, la retractación de un afiliado a las sectas secretas, etc., etc. ¡Cuántas veces —qué sacerdote no lo sabe por propia experiencia— no hacemos otra cosa que ir a cosechar lo que no

---

[6] Rom. XI. 1-6.

[7] Phil., II, 3.

sembramos! Ellas han sembrado en las lágrimas..., nosotros vamos a recoger en la alegría, y se nos atribuye una gloria que no es nuestra, sino suya; los ángeles de Dios lo saben muy bien...

Recuerdo a este propósito un caso como hay muchos. Un pobre chino emigró a nuestro país huyendo del hambre y en busca de trabajo. Y lo encontró, pero tan duro, que contrajo con el tiempo una tuberculosis que le fue consumiendo poco a poco.

Sin parientes, sin conocidos, seguramente hubiera muerto abandonado y en la última miseria, sin la caridad de una mujer de ésas que tienen una fe tan grande que suelen hacer con toda naturalidad actos verdaderamente heroicos. Ella se encargó de cuidar, como lo hubiera hecho una madre, a aquel que ya no parecía un hombre, sino un guiñapo asqueroso y repugnante...

Y así pasó el tiempo. La caridad de aquella desconocida conquistó el corazón del pagano. Pudo entonces hablarle del Dios de los cristianos. Y más que las palabras, la caridad cristiana le convirtió. Siguió la catequesis durante largos días.

De pronto se agravó el pobre tísico y pidió el bautismo. El sacerdote no tuvo más que hacer que derramar el agua que regenera y purifica. Le llevó en seguida el Viático, que iba a ser también primera Comunión; pero ya el enfermo estaba en agonía. Jesús Sacramentado la presenció y recogió su último suspiro...

La mujer que ganó esta alma para Dios volvió a la oscuridad naturalmente, sin ostentación, y ni siquiera podrá leer estas líneas en las que reconocería un hecho de su propia vida...

En países de misiones, las religiosas rivalizan con los misioneros en celo y abnegación, y ellas son su brazo derecho. No hay país tan inhospitalario, tan salvaje, tan inclemente, a donde no acompañe al misionero la religiosa, la misionera. Y aún se puede asegurar que en general son más numerosas las misioneras que los misioneros, sin contar las numerosas mujeres que sirven de catequistas. Según una de las últimas estadísticas, los sacerdotes que trabajan en países de misiones son 13.436, de los cuales 5.829 son sacerdotes indígenas; mientras que las religiosas ascienden a 18.062.

Recordemos también que la Obra de la Propagación de la Fe, que hace más de cien años reúne varios millones de pesetas anuales para socorrer a los misioneros, fue fundada por una mujer, Paulina Jaricot; que fue también una mujer, Zoe Duchesne, la que fundó hace cerca de cien años la Obra apostólica

para proveer a los misioneros de los objetos litúrgicos que necesitan para el culto; y también fue una mujer, muerta no hace mucho, mademoiselle Bigard, la que fundó a fines del siglo XIX la Obra de San Pedro Apóstol para sostener Seminarios donde se formen sacerdotes indígenas.

Su Santidad Pio XI, al instituir la Acción Católica, ha abierto un nuevo y vastísimo campo al apostolado de la mujer, cuyos resultados magníficos ya empezamos a disfrutar por todas partes.

La Juventud Femenina debe ante todo prepararse y formarse en la escuela del apostolado, para lo cual la Acción Católica le ofrece también medios muy adecuados. Pero al mismo tiempo debe ejercitarse en las actividades que están a su alcance y que se adaptan a su edad y sexo.

Desde luego, la catequesis de los niños. La mujer siempre tiene corazón de madre. Ya lo tiene en germen la niña y lo manifiesta instintivamente cuando con mucho amor arrulla a su muñeca. Por eso nadie tan a propósito para distribuir a los pequeños el pan de las primeras verdades de la fe como la mujer. Sin duda que al sacerdote corresponde siempre la alta dirección, pero deben ser manos femeninas y corazones maternales en embrión los que modelen e instruyan a los corazones infantiles, tan delicados y tiernos. Nadie como ellas les tendrán la paciencia, la abnegación, la delicadeza, el cuidado minucioso y hasta la ternura que necesitan.

En seguida, el apostolado con sus amigas y compañeras. Con ellas puede tener un trato íntimo y familiar que facilite las confidencias. Al mismo tiempo, puede hablarles en su mismo lenguaje y ponerse a un mismo nivel –cosa que hasta cierto punto no puede hacer el sacerdote—, y así ser fácilmente comprendida y aun obedecida de ellas. ¡Cuánto bien puede entonces hacer la joven virtuosa con el ejemplo discreto, con el consejo oportuno, con la invitación amigable, con la reconvención cariñosa!

¿Quién no conoce jóvenes que han sido para sus compañeras ángeles de la guarda visibles?

Y en el mismo hogar hay muchas pequeñas ocasiones en que la joven puede hacer mucho bien, siendo como una segunda mamá para sus hermanos y hermanas menores, sabiendo discretamente aprovecharse de su influjo, velado pero real, en sus hermanos mayores y hasta en su mismo padre.

Una joven llena de gracia, de carácter amable y alegre, de corazón bondadoso y compasivo, de espíritu abnegado y servicial, llega a tener un

influjo decisivo y preponderante en un hogar. Es, sin duda, la predilecta de su padre, la mimada, «la consentida», como decimos familiarmente; y entonces sus ruegos —o, por lo menos, sus lágrimas— pueden lograr lo que ni las súplicas de una esposa amada, ni la intervención de un sacerdote celoso pudieran conseguir.

Estas jóvenes son verdaderos ángeles del hogar; por lo mismo no es raro que desplieguen sus alas y vuelen a esos asilos de paz donde se vive sólo para Dios...

«¿Qué padres no se respetarían a sí mismos, al verse respetados por la hija que reconoce en ellos a los representantes de Dios?

¿Qué voluntades tiránicas y fáciles para encapricharse no se avergonzarían de su sinrazón al ver que la paciencia y la obediencia de una hija responden siempre a sus imperiosas exigencias?

¿Qué espíritus ávidos de placeres mundanos no estarían dispuestos a entrar dentro de sí mismos al contemplar la serenidad angélica, el gozo tranquilo y puro que irradia la frente de la joven piadosa?

¿Qué madre, distraída de los cuidados y de los deberes de su hogar, no pensaría en reanudar su vida seria y laboriosa en compañía de tan amable y tan dulce compañera?

¿Qué padre, alejado quizá del hogar por las desavenencias domésticas o por las tentaciones de afuera, no se sentiría de nuevo atraído hacia su casa por la presencia de esa hija cándida y pura, que manifiesta tanta alegría al verle regresar por la noche y que se vuelve entonces tan expansiva, tan ingenua, tan tierna?

Tiene el privilegio de poder decir todo esa hijita tan amada, que es una niña todavía, pero que sabe mandar rogando, exigir sonriendo, reprender amando...»[8].

Vienen, en fin, los trabajos manuales para llenar los tiempos libres que tantas jóvenes desperdician en futilezas o en vanidades. Esos momentos pueden dedicarse a hacer ropa para los pobres, ya con telas nuevas, ya adaptando vestidos usados; o bien para vestir al Gran Pobre, a Nuestro Señor en la Sagrada Eucaristía, aseando los lienzos sagrados, haciendo nuevos, etcétera, etc. Todo

---

[8] SYLVAIN, *La vie après le pensionnat.*

lo cual proporciona íntimas y dulcísimas satisfacciones: ¡los pobres son tan agradecidos! ¡Y lo es más Jesús, el Gran Pobre de nuestros Sagrarios!

* * *

La mujer llegada a cierta edad, sea que haya contraído matrimonio o que permanezca soltera en el mundo, puede dedicarse, ya sin peligros, aunque no sin precauciones, a formas de apostolado más importantes, como la visita a domicilio de pobres y enfermos, la visita a hospitales y lazaretos, a casas de cuna y orfanatorios, a asilos de ancianos y ancianas, a cárceles y casas de reclusión; a la catequesis de adultos, al arreglo de las uniones ilegítimas — Obra de San Francisco de Regis—, etc., etc.

¡Cuánto, cuánto bien se puede hacer de esta manera!

Y si se deja de hacer por apatía, pereza, indolencia, egoísmo, ¡qué responsabilidad ante Dios y qué confusión al presentarse delante de Él con las manos irremediablemente vacías!

Tienen especial obligación de hacer algún bien y de ejercer algún apostolado las señoras a quienes Dios ha concedido una posición holgada, de manera que sin faltar a sus deberes domésticos tienen horas libres a su disposición; así como las solteras que han llegado a la edad madura sin que, por un motivo o por otro, hayan abrazado ni el estado religioso ni el matrimonio.

Estas personas, que no suelen tener deberes especiales, pueden libremente disponer de su tiempo y de su persona, y por lo mismo, son las que se encuentran en las mejores circunstancias para convertirse en apóstoles y dar así a su vida un sentido, una razón de ser, un programa, un ideal

Estas almas, que el mundo ridiculiza muy injustamente, se ven en la alternativa o bien de replegarse en un egoísmo estéril, de abatirse en un pesimismo enervante, de desesperarse creyendo su vida fracasada; o bien de seguir el camino del apostolado, saliendo de sí mismas, sacrificándose por los demás, haciendo el bien en torno suyo y ascendiendo así por los senderos que llevan a las cumbres de la caridad.

Una de ellas que siguió el primer camino decía con un desconsuelo que partía el alma: «¿Qué razón de ser tiene mi vida?... ¿Qué aliciente puede tener mi existencia?... ¿Para quién vivo?... ¿A quién le hago falta?... ¿Para qué trabajo?... Después de la penosa tarea de cada día, no tengo un hogar donde

refugiarme, no tengo sino el triste cuarto redondo de una soltera, la soledad desesperante, el frío en el corazón... Si hoy muero en un accidente, no habrá siquiera quien vaya a reclamar mi cadáver...»

Al contrario, la que olvidándose de sí misma adopta por hijos a los huérfanos y por hermanos a los pobres y por amigos a todos los desgraciados; la que siembra a manos llenas y por todas partes el bien, la abnegación, el sacrificio, el amor, lo recoge aún en esta vida al ciento por uno, y tendrá muchas lágrimas sobre su tumba, y sobrevivirá su recuerdo en muchos agradecidos. ¡Pero sobre todo vivirá en el Corazón de corazones Dios!

Y cuando se presente esa alma delante de Nuestro Señor, esa alma que en la vida sólo tuvo tristezas, soledad y abandono...

— que no supo lo que era la dicha de fundar un hogar ni escucharon sus oídos la música de las risas infantiles, a pesar de que sentía latir en su pecho un corazón maternal...

— o que no pudo vivir en la quietud de un claustro ni sumergirse en el misterio de una capilla recogida y silenciosa, a pesar de que alimentó en su corazón vivas ansias de consagrarse a Dios...

— esa alma que fue «una gota desconocida del mar de la amargura, una unidad cualquiera en la inmensa familia de los torturados, una atropellada más en el sendero abrupto por donde camina la humanidad...»[9].

— esa alma, que fue madre sin hijos y virgen sin claustro, comprenderá que ha llegado la hora de la justicia, la hora de las grandes compensaciones...

¡Qué hermoso debe ser el cielo de quien ha sufrido tanto sobre la tierra!

¡Cómo ha de expansionarse allí el corazón que en la tierra vivió padeciendo siempre un hambre ingente de amor!

---

[9] PIERRE L'ERMITE, *La vieille fille*.

CAPÍTULO III

Es muy de notarse el papel que la mujer desempeña en la etapa suprema de la vida de Jesucristo, su Pasión y su Muerte, cuando todos los hombres se conjuran contra Él o le abandonan, cuando su Corazón está más amargado y dolorido.

La primera mujer que interviene es la mujer de Poncio Pilato. San Mateo es el único evangelista que nos refiere este episodio de la Pasión: Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, juzgando a Jesús, su esposa le mandó decir: No te prestes a las maquinaciones de los judíos contra este Justo; porque mucho he sufrido en sueños esta misma noche a causa de Él[10].

Es muy notable que en los mismos momentos en que todo el pueblo escogido vocifera contra Jesús, proclamándole reo de muerte, exigiendo que sea crucificado, posponiéndole a Barrabás; en esos mismos momentos una romana, tan desdeñosa de los judíos como todas las de su raza; una pagana, que no creía en el verdadero Dios, llama a Cristo el Justo y, venciendo la timidez femenina, lo defiende en la forma que puede y manda decir a Pilato que se exima de aquella injusticia y que no manche sus manos con una sangre inocente,

En todo el proceso de Jesucristo no sabemos que se haya levantado para defenderle, sino una voz. Y fue la voz de una mujer...

¡Bien merecía la gracia de ser iluminada con la luz de la fe, como la tradición nos lo enseña![11]

Aquí se ve también, dicho sea de paso, el influjo de la mujer en su marido y cómo, venciendo el respeto humano, debe advertirle lo que no es recto, lo que es injusto en su conducta. En el relato evangélico se nota cómo a partir de esta advertencia de su mujer, Pilato se esfuerza más en salvar a Jesús. ¡Lástima que su falta de hombría haya acabado derrotada ante la tenacidad de los judíos!

Hay también otra enseñanza: adónde lleva la correspondencia a la gracia o el abuso de ella. Ese sueño, a lo menos en su causa, debe haber sido sobrenatural, según todos los indicios. La esposa de Pilato no se hizo sorda a

---

[10] Mat., XXVII, 19.

[11] Se le ha dado el nombre de Claudia. El Evangelio de Nicodemo la llama Procla o Prócula, La Iglesia Griega la honra como santa.

esta primera gracia, y su fidelidad la llevó quizá a la verdadera fe y tal vez aun a la santidad.

Para Pilato aquel aviso y en aquellas circunstancias fue igualmente una gracia capaz de fortalecer su voluntad en la lucha contra los enemigos de Cristo; no correspondió, por desgracia, y fue esta cobardía el principio de todos sus infortunios. Poco tiempo después perdió el favor del César, fue desterrado a las Galias, y agobiado por su desgracia, murió trágicamente[12].

* * *

La Santísima Virgen, como en todo, tiene un papel excepcional en la Pasión. Porque la Pasión no es otra cosa que el Sacrificio de Jesús, en el cual el mismo Cristo es el sacerdote que ofrece el sacrificio; pero, unida y subordinada a Él, María también lo ofrece y, en cuanto depende de Ella, sacrifica a la víctima.

Porque la víctima es suya, le pertenece por el más sagrado de los derechos y nadie se la arrebata de sus manos; Ella voluntariamente consiente en la inmolación de su Hijo muy amado, porque tal es la voluntad de su Dios.

No menos generosa que Abraham, María estaba dispuesta a sacrificar a su Hijo con sus propias manos, si tal hubiera sido la voluntad divina. Lo cual significa un heroísmo inaudito para su voluntad y un martirio incomprensible para su corazón.

Pero además de este papel de Corredentora, María desempeña otro muy íntimo, muy a propósito para su corazón maternal.

¿Por qué Jesús quiso que María, la más delicada de las criaturas, asistiera al espectáculo cruelísimo de su Pasión? ¿No parecía conveniente que a esa virgen tan pudorosa, que a esa madre tan amante, le ahorrara la pena de escuchar tantas blasfemias e imprecaciones, de contemplar el cruel realismo de la agonía de un ajusticiado que era su Hijo?

Por otra parte, si Jesús no iba a escatimar una sola pena de su Pasión, si iba a sufrir el abandono de todos, el de sus discípulos, el de sus Apóstoles y aun el de su Divino Padre, ¿por qué no quiso que le abandonara la Santísima Virgen?

[12] Según algunos autores, como EUSEBIO (*Chronicon*, t. XIX, columna 538), Pilato se suicidó. Según otros, como MALALAS (*Chronographia* X, t. XCVII, col. 390), Pilato fue mandado decapitar por Nerón.

María debió estar presente a la muerte de Jesús por su misión de Corredentora, como ya explicamos; pero también porque el corazón humano de Jesús no sufrió verse lejos de su madre en los momentos supremos de su agonía y de su muerte.

No pudo negarse ese consuelo... En medio de aquel mar de desamparo, era preciso que encontrara un corazón que le comprendiera plenamente, que le consolara con su cariño y compasión, que le fortificara en la hora de su terrible agonía[13] y de su muerte, y que recibiera su último suspiro. ¡Sólo los ojos de María eran dignos de recibir la postrer mirada de Jesús a esta tierra de pecado; sólo en el cielo purísimo del rostro de María se pudo apagar la lumbre divina de los ojos mortales de Jesús!...

Sin duda que Jesús tuvo una pena más al ver sufrir a su Madre Santísima. A pesar de todo, esperó el consuelo de verla presente, de tenerla muy cerca de Él, en esa hora suprema en que el hombre siente que se derrumban todas sus energías y se queda a solas con su debilidad; y viéndose débil, se siente niño; y sintiéndose niño, busca instintivamente el regazo maternal para refugiarse en él...

Tampoco el Corazón maternal de María podía soportar que su Hijo sufriera sin correr a su lado a ofrecerle su compasión y sus consuelos. Por eso la tradición nos enseña que apenas comienza Jesús a caminar por la vía dolorosa, cuando María sale a su encuentro. Se miran..., se comprenden..., y sus corazones se dicen lo que las palabras no son capaces de expresar...

El cortejo sigue adelante; pero Jesús sabe que ya no está solo. Muy cerca de Él está María, que ya no le dejará un momento hasta que deposite su Cuerpo inanimado en el sepulcro.

«¡Oh Cristo! —exclama el Padre Perreyve—, ¿qué alma fue más fuerte que la tuya, más resuelta al sacrificio, más dispuesta al sufrimiento y a la muerte? Sin elevar nuestra mirada hasta la Divinidad —que mientras sufres en la tierra, no cesas de unirte e igualarte con el Padre en los esplendores de los santos—, encontramos en Ti, como hombre, el ideal de todo heroísmo y de toda fortaleza. Y, sin embargo, deseas y dispones este encuentro con la Virgen María

[13] Sin duda que Jesús, como Dios, no necesitaba que una criatura le fortificara: pero como hombre quiso tener esta necesidad. Por eso cuando agonizó en Getsemaní buscó consuelo en los tres Apóstoles predilectos; por eso bajó del cielo un ángel para fortalecerle. Con mayor razón la presencia de María ayudó a Cristo a superar la última etapa de su sacrificio.

y buscas ese alivio a tus males en las lágrimas de su compasión maternal y en las miradas de su inmenso amor. De esta manera nos enseñas, Señor, a no tratar de portarnos estoicamente en el sufrimiento, a no afectar una actitud de fortaleza aparatosa, sino a ser dulces con nuestros dolores y a estimar entonces la ayuda de los que amamos y de los que nos aman»[14].

Nos enseña Nuestro Señor, sobre todo, a buscar el consuelo cuando sufrimos en el Corazón de María, donde encontrarán siempre eco todas nuestras penas, porque también para nosotros tiene María un corazón verdaderamente maternal.

* * *

Viene en seguida la Verónica o Berenice, de la cual no nos habla el Evangelio, sino la tradición[15].

Sin duda que María no venía sola; la acompañaban aquellas piadosas mujeres de que hablamos antes, que seguían a Jesús en su vida apostólica y muchas veces se adelantaban para prepararle el alojamiento y la comida. Entre ellas debe haberse encontrado Verónica, la que viendo el rostro de Nuestro Señor, por el que corrían hilos de lágrimas y sangre, cubierto de coágulos y de salivas inmundas, todo lo cual formaba un lodo asqueroso con el polvo del camino; viendo, repito, aquel rostro adorable en estado tan lastimoso, no pudo contenerse y saliendo del grupo de sus compañeras, desafiando a los soldados que formaban valla a los lados de Jesús, no haciendo caso de sus insultos, empellones y aun golpes quizá, se abrió paso y llegó hasta Jesús, se postró de rodillas y con un lienzo limpió su rostro.

Jesús le pagó aquella heroica demostración de amor, no sólo con una mirada de gratitud y de ternura, que para Verónica debe haber valido un cielo, sino dejando impreso en el lienzo su rostro divino.

Pero la compasión es contagiosa. Y ya no sólo las mujeres, las que habían acompañado a Jesús en sus trabajos, las que ahora no le abandonan en la hora

---

[14] PERREYVE, *Méditations sur le Chemin de la Croix*, páginas 21-22.

[15] La tradición acerca de la Verónica es demasiado respetable para ponerla en duda. Algunos la identificaron con la hemorroísa que curó Jesús, San Gregorio de Tours dice que era la mujer de un oficial de las Galias en el ejército romano. La tradición señala el lugar donde estuvo su casa, en la Vía dolorosa, y donde los Melquitas edificaron una iglesia bajo la advocación de Santa Verónica. En la Basílica de San Pedro hay una estatua de Santa Verónica de 15 metros de altura. La principal reliquia de la Santa Faz se encuentra en el Tesoro del Vaticano. Se guarda con un trozo de la Cruz y la Lanza en el oratorio que se abre en la pilastra del lado de la Epístola bajo la Cúpula de San Pedro.

trágica de la humillación, son las que lloran y se lamentan. Son otras muchas desconocidas, mujeres del pueblo que, llevando en brazos a sus hijos, han ido a ver por curiosidad aquel extraño cortejo. Después, pensando en la madre del ajusticiado, viendo quizá a María cerca de ellas y contemplando su dolor, las entrañas de aquellas madres se conmovieron y se echaron a llorar: *quae plangebant et lamentabantur eum*[16]. Es que el corazón de la mujer es naturalmente sensible y compasivo y sin esfuerzo se abre a la conmiseración y a la simpatía por los que sufren.

Jesús, que durante su Pasión guardó un silencio sistemático, no interrumpido sino para afirmar su Divinidad ante el Sanedrín y dar testimonio de su realeza ante el procónsul romano, vuelve a romperlo en favor de aquellas mujeres compasivas.

Y bien que su compasión sea puramente natural, más que desaprobarla, la recompensa con una gracia extraordinaria: una profecía acerca de los castigos decretados contra el pueblo infiel y un aviso sobrenatural para evitarlos a tiempo y convertirse a Dios: «No lloréis por Mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos»[17]. Porque no es el justo, que sufre y expía por los demás, el digno de lástima; sino el pecador, que pretende gozar lejos de Dios.

La mujer es naturalmente piadosa; pero su piedad tiene un gran escollo: el predominio que en la piedad femenina suele tener el elemento *afectivo*, con perjuicio del elemento *efectivo*, se traduce en esfuerzos para evitar el mal y para practicar el bien, para corregir los defectos y ejercitar el apostolado.

Jesucristo le da a la mujer cristiana de todos los siglos esta enseñanza: «Llora al recuerdo de mi Pasión, que esas lágrimas de sincera compasión me enternecen y me consuelan; pero llora también sobre tus pecados y sobre los pecados de todos los hombres; y que esas lágrimas no sean estériles, que se traduzcan en esfuerzos para extender mi reino, que es un reino de verdad y de vida, un reino de santidad y de gracia, un reino de justicia, de amor y de paz…»

* * *

Y cuando al fin llegan al Calvario, y crucifican a Cristo, y le elevan en la Cruz, allí está, tan cerca como puede, aquel grupito de almas fieles, a cuya

[16] Luc., XXIII, 27
[17] Luc., XXIII, 28-31.

cabeza se encuentra la Santísima Virgen y las otras Marías: *Stabant juxta crucem marter ejus; et soror matris ejus, Maria Cleophae, et Maria Magdalene*. Por excepción se encuentra entre ellas un hombre, casi un adolescente: Juan, el discípulo amado. Era preciso que en la cumbre del Calvario y en los momentos en que se consumaba el Gran Sacrificio, tuviera allí un representante el Sacerdocio cristiano.

Cuando sobreviene el cataclismo, y se oscurece el cielo, y la tierra tiembla, todos, no sólo los curiosos, sino hasta los enemigos de Cristo, y los verdugos, y los soldados, huyen. Las piadosas mujeres, no; antes, viendo que ya nadie lo podía impedir, se acercan hasta el pie mismo de la Cruz, y la rodean, y la abrazan, y acompañan así a Jesús en los últimos momentos de su agonía. Y la Santísima Virgen puede así recibir en la pureza de sus ojos el último fulgor de los ojos moribundos de Jesús...

En esa hora trágica, ¿dónde están los hombres? En la hora de la humillación y del desprestigio, cuando se conoce la fidelidad de los verdaderos amigos; en la hora del peligro y de la persecución, cuando se pone a prueba el valor de los verdaderos hombres; en la hora de la acusación y de la calumnia, cuando se necesita una voz que se levante en nuestro favor y nos defienda, ¿dónde están los amigos, los discípulos, los Apóstoles de Jesús? Todos han huído: *Tunc discipuli OMNES, eo relicto, fugerunt*[18], dice con terrible laconismo el Evangelio, abandonándole, TODOS huyeron. Uno le ha vendido y traicionado; otro, el que había sido puesto a la cabeza de todos y que por lo mismo estaba más obligado a la fidelidad, ha renegado de Él: *Non novi hominem*[19]. «¡Ni siquiera conozco a ese hombre!»

Y hombres son todos sus enemigos: Anás y Caifás, que le juzgan; Pilato, que le condena; Herodes, que se burla de Él; los judíos, que a gritos piden su muerte; los soldados, que se ensañan con él y le martirizan.

Sólo Juan vuelve sobre sí y logra reunirse al grupo de las valerosas mujeres que acompañan a Jesús hasta la muerte.

Es que la mujer es débil, pero el amor la hace fuerte.

Es que la mujer es voluble, pero el amor la hace fiel.

Es que la mujer es cobarde, pero el amor la hace audaz.

---

[18] Math., XXVI, 56.
[19] Math., XXVI, 72.

Por eso la mujer suele ir más lejos que el hombre, así en el camino del bien como, por desgracia, en el camino del mal.

La mujer mala es capaz de todos los crímenes; la mujer buena es capaz de todos los heroísmos. El amor la hace llegar a los extremos, la hunde en el abismo o la exalta hasta la cumbre de la santidad. Todo hace en ella el amor.

* * *

Nuestro Señor quiso que en las horas aciagas de su Pasión, la compasión que consuela, la fidelidad que fortifica, el amor que comprende, le viniera de la mujer. Y esto no es un hecho aislado, sino que señala una misión providencial, precisa las relaciones de Jesucristo con la mujer cristiana a través de todos los siglos.

Por eso, cuando Cristo necesita brazos que luchen, pregoneros que anuncien la Buena Nueva, inteligencias que disipen los errores, polemistas que defiendan la verdad, voluntades enérgicas que gobiernen y dirijan, recurre a los hombres y suscita apóstoles y doctores, predicadores y misioneros, gobernantes y escritores y teólogos.

Pero cuando sufre —porque su Pasión no ha concluído, porque su Pasión en la Iglesia dura siglos—, cuando sufre y necesita compasión y consuelo y fidelidad, busca a la mujer y suscita almas virginales —sobre todo en los Claustros— que mediten sus dolores, que compartan sus penas y cuya vida no sea sino un holocausto de reparación, de consuelo y de amor. Y ahí están las Gertrudis y las Matildes, las Teresas y las Catalinas, las Rosas y las Gemas, y toda esa alba teoría de vírgenes que admiran los ángeles y que no comprende la tosquedad de los hombres.

Porque no sólo los impíos, sino hasta muchos cristianos, no comprenden a las almas contemplativas. Admiran —y con sobrada razón— a la Hermana de la Caridad, a la Hermanita de los Pobres, a la Asuncionista, a la Salesiana y a todas las religiosas que se dedican a aliviar las miserias tan múltiples de la humanidad. Pero no comprenden a la Carmelita, a la Clarisa, a la Capuchina, a la Salesa, a la Reparadora, a la Religiosa de la Cruz y a todas esas almas que sacrifican su juventud y la aprisionan entre cuatro paredes.

¿Con qué objeto se encierran? ¿Para qué sirven? ¿Qué hacen? Y piensan que llevan una vida de holganza y de egoísmo y que tal género de vida no puede acabar sino en el histerismo o, por lo menos, en la neurastenia.

¡Qué equivocados están! Ojalá que a los que tal cosa piensan pudiera yo hacerles llevar por ocho días siquiera la vida de una Carmelita, por ejemplo, con su áspero sayal, con su ayuno cotidiano, con su escaso sueño, con sus largas horas de oración alternadas con el trabajo manual. Verían entonces si esa vida es de comodidad y de pereza...

Y si todavía insisten para saber cuál es su fin y cómo se explica esa vida, les diría que si es noble y muy laudable que las almas se sacrifiquen por los huérfanos, por los ancianos, por los enfermos, ¿no será digno Jesús, que vive con nosotros en la Eucaristía, de que haya almas que se sacrifiquen por acompañarle y que se encierren y aprisionen con Él para compartir sus penas y consolar sus dolores?

Y que no se me objete que esos son misticismos que nadie entiende y con los cuales nada práctico se consigue; porque entonces tendría la pena de recordar a quien tal dijere aquella frase dura del Apóstol: *Animalis homo non percipit ea quae sunt Spiritus Dei*[20]. «El hombre animal no puede comprender las cosas del Espíritu de Dios».

Porque esta misión de consolar a Jesús —tan propia de la mujer, como lo hemos visto— no es una ilusión forjada por la fantasía femenina, no; es una encantadora realidad. Bastaría para demostrarlo con claridad plena la magistral encíclica de Su Santidad Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*[21] del 8 de mayo de 1928.

Cierto que Jesús en la Sagrada Eucaristía está como en el cielo, glorioso e impasible. Pero es igualmente cierto que Jesús, como Dios, vive fuera del tiempo; y así como en los días de su vida pasible y mortal sufrió —en el sentido humano de la palabra— todos los ultrajes, ingratitudes, abandonos con que los hombres han herido su Corazón en la sucesión de los siglos, porque para su ciencia divina estaba presente el porvenir; así también, en los años de su vida mortal saboreó de antemano todos los consuelos que le ofrendarían las almas fieles que hasta el fin de los siglos vendrían a postrarse al pie de su Sagrario. En

---

[20] I Cor., II, 14.

[21] Véase, por ejemplo, el párrafo que empieza: «At enim beate regnantem Christum in caelis qui piaculares ritus consolari queant?» Núm, 41,.

uno y en otro caso, su ciencia divina descorría los velos del porvenir para más afligirse y para más consolarse.

En el valor de Claudia, que le proclama «justo» cuando todos le condenan, Jesús acepta el homenaje de tantas almas femeninas a quienes el amor les ha dado la audacia de defender a Cristo aun a costa de su sangre, desde Inés y Cecilia, hasta nuestras heroínas de la última persecución y cuya sangre todavía está fresca...

En la delicadeza de la Verónica, Jesús acepta las reparaciones de tantas almas inocentes que expían los pecados de los hombres, pecados que afean el Cuerpo místico de Cristo y que estaban simbolizados en las inmundicias que cubrían el Rostro divino.

En las lágrimas de las mujeres de Jerusalén, Jesús recibe las lágrimas de compasión vertidas tantas veces al recuerdo de su Pasión sagrada.

Y en la fidelidad de aquel grupo de mujeres, único consuelo que tuvo en su Pasión, Jesús acepta agredecido la fidelidad de tantas almas consagradas a acompañarle y consolarle.

De cada una de ellas podrá un día decir Jesús:

«Tuve hambre, no en los miembros de mi Cuerpo místico, sino Yo mismo, tuve hambre de amor, y me diste para saciarla tu corazón sin reservas.

Tuve sed, sed de consuelos, y me los ofreciste tan generosamente.

Estuve desnudo, tuve frío por el abandono de los hombres y la soledad de mis Sagrarios, y tú me calentaste con tu amor.

Estuve preso, en la prisión del Tabernáculo, y me visitaste, más aún, te hiciste prisionera conmigo... ¡Ven, pues, bendita de mi Padre, a recibir la corona que desde la eternidad he preparado para ti!»

Veni, Sponsa Christi, accipe coronam quam tibi Dominus praeparavit in aeternum!

NOTA BENE. —Esta sería la ocasión de hablar de lo que las almas contemplativas llaman dolores místicos de Jesucristo; pero no tengo ni la autoridad ni la competencia que se necesita para ello. Creo, sin embargo, que puedo por lo menos presentar estas reflexiones:

Autorizado por la Sagrada Escritura y haciendo uso de lo que los teólogos llaman *antropomorfismo*, podemos hablar de Dios como si tuviera los sentimientos que son propios del hombre, y así decimos que Dios se irrita o se entristece. Y no porque creamos que en Dios se encuentran esos sentimientos como se encuentran en el hombre, puesto que en Dios no hay pasiones; sino porque a esas realidades humanas debe corresponder en Dios una realidad superior y divina que no podemos expresar sino por analogía con nuestros estrechos conceptos humanos. La cólera en Dios

no es sino su Justicia, que castiga el pecado; su tristeza no es sino su Bondad, que no quiere que se pierdan las almas, etc.

Ahora bien, con igual y aun con mayor razón, podemos usar el antropomorfismo tratándose de Jesucristo como hombre, aunque actualmente se encuentra en un estado glorioso e impasible. Y por eso podemos decir que Jesús en la Eucaristía sufre cuando le dejamos solo y se consuela cuando le acompañamos; que se siente herido por nuestros pecados y satisfecho con nuestras expiaciones. Y no porque creamos que ahora Jesús sufre como cuando estaba entre nosotros en carne mortal, sino porque estamos seguros de que nuestra conducta no deja indiferente al Corazón de Cristo, sino que tiene en Él un eco real y verdadero. Impasibilidad, estado glorioso, no significa indiferencia ni apatía. La actitud del Corazón de Cristo ante nuestros pecados es una realidad misteriosa que si no podemos comprender, menos podemos expresarla con un término adecuado. Y por eso, por ser misteriosa por una parte y por la analogía con nuestros sufrimientos, la llamamos dolores místicos, es decir, dolores misteriosos.

¿Y no nos autoriza a ello el mismo Jesucristo cuando a Santa Margarita María y posteriormente a otras almas privilegiadas se les ha manifestado quejándose de la ingratitud de los hombres?

CAPITULO IV

AL fin, después de consumado el sacrificio, viene la vida gloriosa. Y si la mujer interviene de una manera tan notable en la Pasión de Cristo, como acabamos de ver; si acompañó como nadie a Jesús en sus dolores, era justo que fueran también para ellas las primicias del triunfo y de la gloria.

Y así fue, en efecto.

La primera visita de Jesús resucitado fue para su Santísima Madre. Cierto que el Evangelio nada nos dice, porque lo evidente se supone, está en el ánimo de todos y por eso es inútil decirlo. ¿Quién puede poner en duda que Jesús resucitado, antes que a nadie, fue a consolar a su Madre Santísima? ¿Quién lo merecía más? ¿Adónde se sentía más inclinado su Corazón divino, tanto por razones de justicia como de caridad?

María es la criatura privilegiada que merece siempre las primicias. Anticipadamente recibió las primicias de la Redención en su Concepción Inmaculada. Nadie participó como Ella del sacrificio redentor de Cristo; nadie como Ella, nadie antes que Ella debía participar de su triunfo.

Me parece que hay otro motivo por el cual los Evangelistas nada nos dicen de esta primera aparición de Jesús resucitado a la Virgen Santísima: por su carácter de profunda intimidad. Por eso mismo no nos revelan las comunicaciones inefables de Jesús en los largos años de Nazaret.

El amor a esa profundidad es esencialmente pudoroso y necesita envolverse en los velos del silencio. Si los que así se aman no aciertan a hablarse entre sí, ¿cuánto menos podrán hablar a los demás? Así como un perfume se evapora en un ánfora abierta, así el misterio de la intimidad cuando no se guarda en secreto.

* * *

María, en la tarde del Viernes Santo, se había refugiado en la casa de Juan Marcos, rodeada de las reliquias sangrientas de la Pasión; y sumergida en su dolor, vio transcurrir lentamente las horas hasta cerca del amanecer del domingo.

«Semejante a esa lámpara solitaria que brilla calladamente, como una estrella perdida en la noche de nuestras inmensas catedrales, cuando terminados

los actos religiosos se han extinguido una después de otra todas las luces y apagado todos los cirios, la fe de María permaneció intacta y perseveró vigilante y llena de esperanza, después de las escenas del Calvario, que habían hecho zozobrar la fe de los mismos Apóstoles».

Sin duda las horas de aquella noche en que se había apagado la fe de los hombres parecieron interminables para María, como lo son en la soledad de nuestros santuarios; todo entonces parece muerto en la vasta nave de la iglesia y hasta el silencio viene a agregar su nota lúgubre a esa inmensa tumba...

Pero la lamparilla brilla siempre, y espera la aurora...

Y he aquí que los primeros fulgores del día llegan acariciando los grandes vitrales: las columnas salen de la sombra como otros tantos muertos que se levantan de su tumba, rompiendo la piedra sepulcral; el altar se ilumina, las grandiosas naves se llenan de una vida nueva, las imágenes vuelven a sonreir en sus nichos o sobre sus pedestales, y el sol entra de lleno en la vasta catedral.

Puede ya entonces la lamparilla palidecer y adormecerse a su vez en el seno de esa luz rejuvenecida; ya no es necesaria, porque ha llegado por fin el día.

Y María también, como la lámpara silenciosa, espera el día..., el día de su Hijo, «el gran día del Señor»..., en que debía aparecer glorioso y feliz.

En torno suyo, en la habitación a donde se había retirado, no es temerario pensar que se hallaba reunido todo lo que había podido recogerse en el Calvario: los clavos ensangrentados, la corona de espinas, los lienzos tintos en sangre con que se habían lavado las heridas..., quizá hasta el velo de la Verónica estaba ahí; desplegándolo, la pobre madre podía contemplar la última imagen de Jesús...

¡Qué tristeza, qué lasitud de sus rasgos..., qué lágrimas en sus ojos..., qué llagas por toda su faz!

¡Oh pueblo mío!, ¿por qué me has tratado así?

¡Oh pecadores!, ¿por qué de esa manera le habéis desfigurado?

¡Y María mira, contempla..., y no puede apartar sus ojos de aquel rostro amado!

* * *

Pero he aquí que la segunda noche, después de la lúgubre tragedia, toca a su fin y el día empieza a despuntar...

Y mientras la madre contempla ese rostro desfigurado, más en sus recuerdos que en la realidad sangrienta que tiene ante sus ojos, el día se adelanta más y más; una claridad misteriosa llena la habitación, penetra al parecer a través de los muros, se aproxima y lo invade todo en torno de ella.

El sol ha aparecido en el horizonte; es la hora en que el ángel ha derribado la piedra del sepulcro y se ha sentado sobre ella para que los hombres no la levanten jamás.

Y es también el momento en que, como ese sol que se enciende y brilla, el Cristo vencedor de la muerte, por su propio poder y en toda su gloria, sale radiante del sepulcro…

Y entró en la pequeña habitación en que lloraba María...

Y la miró...

Magdalena, cuando reconoció a Jesús, exclamó: «¡Maestro mío!»; María, cuando reconoció a Jesús, sólo pudo decir, vencida por la emoción y la alegría: —«¡Hijo mío!».

Sí, era Él, era Él; su fe no había vacilado..., ¡pero cuánto se regocijaba su amor contemplándole!

Él, con su rostro radiante; sin sangre, sin espinas, sin heridas.

Su vestidura es como la nieve.

Su faz como el sol, pero un sol que puede contemplarse.

En sus manos y pies se ven todavía las huellas de las heridas, pero son como gemas preciosas, rubíes que brillan en el fondo de cada mano o rosas que se abren sobre cada pie.

Y todo en este ser divino es luz y todo no dice sino una palabra:

—«¡ Madre mía!»...

Y aquí es preciso detenerse y no tratar de investigar lo que pasó entre el Hijo y la Madre; más aún, es necesario cerrar los ojos y no desflorar ni con una mirada el espectáculo de tan tiernos y tan divinos amores...

* * *

¡Son felices!

Yo también lo seré algún día como ellos... ¡Oh mi Jesús, esa esperanza la guardo en lo íntimo de mi alma! Y qué consolador es, al retirarme, pensar que si los lazos de las más queridas afecciones se suspenden con la muerte, se

reanudarán más intensos después de la Resurrección; qué dulce es creer que en el cielo nos reconoceremos y continuaremos amándonos: Jesús apareciéndose a María me lo enseña y asegura.

No, la familia cristiana no termina con la muerte, sobrevive, y se perpetúa, y se perfecciona. Nos amaremos en el cielo como no logramos amarnos sobre la tierra; habrá las mismas intimidades, pero más exquisitas; las mismas delicadezas, pero más profundas; el mismo amor, en fin, pero será un amor angelizado... «Serán todos como ángeles delante de Mí», dijo el Señor hablando de los bienaventurados.

Y los ángeles se aman, ciertamente, ellos que se abrevan tan de cerca en la fuente del puro amor.

* * *

Dejemos al Hijo con su Madre.

Salgamos de la habitación de la Virgen... ¡Es pleno día, es la mañana de la Resurrección!

Con la noche ha desaparecido la lúgubre decoración del Calvario.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Esta palabra lo resume todo: será la última del tiempo y la primera de nuestra eternidad.

Es extraordinario cómo cada mañana la naturaleza sale rejuvenecida y nueva de las sombras de la noche.

Es como una nueva creación: las aguas, los árboles, la tierra, todo toma un sello de frescura que la lasitud de las tardes no lo había dejado sospechar.

No es uno de los menores misterios de la noche éste de rejuvenecer así una tierra tan envejecida y desvastada por las pasiones humanas.

La sombra es productora y fecunda.

El dolor lo es también.

Y la noche de nuestras pruebas, como la de la tumba del Calvario, prepara a nuestros espíritus y a nuestros corazones una juventud, una frescura, una vida nueva que estábamos muy lejos de sospechar siquiera...

¡Qué dulce es pensar que aparte de esa primera visita y en el intervalo de las que hacía a sus discípulos, Jesús debió multiplicar sus entrevistas secretas con su Madre!

Él, que penetraba estando las puertas cerradas, por la mañana y por la tarde y a todas horas, salvando las distancias, yendo de Jerusalén a Galilea, hoy en una montaña, mañana a las orillas del mar Tiberíades..., cómo sin prevenirla también debió sorprender, en sus horas libres, a su dulcísima Madre... Y reviviendo los días de Nazaret, María escuchaba...

Las entrevistas de Jesús con sus Apóstoles eran la lección oficial en que enseñaba esa divina teología que debía presidir a la formación de la Iglesia, a la administración de los sacramentos.

Las conversaciones con María eran la formación interior, la iniciación en el espíritu más íntimo de la doctrina, el Evangelio del corazón, la gran comprensión del misterio de la Cruz...; eran como esa teología mística que no se aprende en las cátedras, sino que la recibimos de corazón a corazón en nuestras intimidades con Jesús.

Cuántas almas, más tarde, serán consoladas por esa entrada de Jesús en su vida, cuando las puertas están cerradas o en medio de la multitud, poco importa.

El Señor tiene flechas rápidas como el relámpago que de día y de noche atraviesan la sombra y el movimiento... Esos toques divinos nos aíslan en un instante y por un momento, ¡ay!, demasiado fugitivo, del mundo en donde nos agitamos, y sólo queda el alma y Dios... Son como un ósculo ardiente dado al pasar y de improviso por un amigo que se va y tiene prisa, pero que no puede alejarse sin confirmar con esta prenda rápida la profundidad y la realidad de su amor.

Al lado de esa segura y elevada enseñanza que se da oficialmente en la cátedra sagrada por la palabra de los obispos y sacerdotes, tenemos necesidad también de esa enseñanza que se recibe a la puerta del Sagrario, en la intimidad de la comunión, en esa visita solitaria de nuestras iglesias, y aun sencillamente en la soledad de nuestra habitación y en el aislamiento de nuestro oscuro trabajo...

La mirada del Señor está siempre fija sobre los justos... ¿Y su Corazón no irá a donde van sus miradas? Y en esas divinas intimidades, María se daba cuenta de que el Corazón de su Hijo resucitado y glorioso no había cambiado. La gloria no cambia las virtudes, las corona.

¡Era tan bueno ese Jesús abandonado, traicionado, negado en las horas de su Pasión, que entraba por la tarde en el Cenáculo, al terminar la cena..., no

teniendo sino una palabra de gozo y de paz en sus labios, ni siquiera las de perdón y de olvido!... No, su Corazón no había cambiado, su amistad era la misma, su afección no se había resentido...

¡Y María aprende de ese Corazón incansable y delicadamente bueno la inagotable y maternal delicadeza con que soportará nuestras miserias!

Era tan compasivo como antes de su Resurrección ese Jesús que se hace peregrino y camina al mismo paso que los discípulos de Emaús, conservando, preguntando, pretendiendo retirarse para no ser molesto, y al mismo tiempo, consolando, instruyendo, caldeando los corazones, suavizando las fatigas del camino, aceptando compartir sencillamente una comida más o menos improvisada.

Y María sabrá más tarde hacerse también la compañera de viaje de sus servidores fatigados..., hará brotar una fuente de agua viva para los sedientos y los enfermos, como en Lourdes; enjugará la frente de un Alfonso Rodríguez, que subía penosamente una colina; vendrá a acariciar con ternura maternal a un Estanislao de Kostka.

No había cambiado, en verdad, ese Jesús resucitado y glorioso que, viendo que sus Apóstoles han trabajado en la pesca toda la noche y todavía no han comido, les prepara él mismo su alimento sobre la arena de la playa.

«Venid, acercaos, carísimos; el fuego está encendido, el pescado asado, y aquí tenéis pan...; tomad, comed». Y como los Apóstoles, turbados, no se atrevieran a acercarse, el mismo Maestro hace las porciones y da a cada uno la suya. ¡Ah, en verdad, la gloria no ha cambiado su Corazón!

Tampoco ha cambiado el de María...

Y así, lo que María aprendió de la vida oculta y pasible de Jesús, lo aprende también de su vida gloriosa.

* * *

—Pedro, Pedro, ¿me amas? —preguntó un día Jesús a Simón.

—Señor, Tú que lo sabes todo, sabes bien que te amo.

—Pues bien, oh Pedro mío, apacienta mis corderos.... mis ovejas.

—Y qué, Señor, ¿a pesar de todo lo que hice?

—Te repito, apacienta mis corderos y mis ovejas; sé bueno, Pedro, sé condescendiente, perdona, conduce a la verdad, ama a las almas. Esto es todo lo que te pido.

Hay una delicadeza sublime que no pronuncia siquiera la palabra perdón, que no sabe decir sino la palabra amor.

Esta delicadeza forma el fondo mismo del Corazón de Jesús, y quiere que no lo olvidemos.

Del Sagrario y de la Hostia no saldrá jamás un reproche, una reconvención amarga. Después de la confesión de nuestras faltas, hecha en la sombra del confesonario, Jesús, cuando nos vea aproximarnos a la mesa, no sabrá decirnos, a pesar de nuestras recaídas y traiciones multiplicadas, sino palabras de amor y de paz...

El perdón oficial, auténtico, en lo que tiene de humillante para nosotros, nos lo ha concedido el sacerdote; y el Señor, que ha ratificado la absolución que recibimos, ya no ve sino nuestra vestidura blanca, nuestra alma rejuvenecida con su Sangre; y como a los Apóstoles, no sabe decirnos sino esta palabra de confianza: «Yo soy, no temas...; no soy un fantasma; mira mis llagas, mira mi Corazón...; te doy mi paz, la mía, óyelo bien, la que el mundo no puede dar...»

Y no habrá mención siquiera de nuestros pecados... Y María, a la vista de todas estas maravillas de misericordia, sentía, de día en día, dilatarse sus entrañas, que hasta el fin de los tiempos debían llevar amorosamente todas las generaciones de pecadores....[22]

* * *

¡Qué dichosos somos, teniendo una madre como María, donde siempre encontraremos un refugio seguro y una intercesora omnipotente, y en cuya blancura inmaculada se pueden blanquear todas las manchas de nuestra pobre alma pecadora!

---

[22] P. PERROy*, La humilde Virgen María*. Versión española por María Aurora Balari, 2.ª edición, Ramón Casals, Barcelona, 1949.

CAPÍTULO V

LA primera visita oficial de Jesús resucitado, la primera que nos refiere el Evangelio, no fue para los Apóstoles, ni siquiera para Juan, «el discípulo a quien amaba Jesús» —*discipulus ille quem diligebat Jesus*—, sino para las piadosas mujeres, y de entre ellas la primera que fue distinguida con esta predilección de Jesús fue María Magdalena...

La tarde del Viernes Santo fue preciso sepultar a Jesús muy de prisa, porque se acercaba el gran descanso del Sábado, que, según la costumbre judía, empezaba desde la víspera.

Pero apenas pasó el sábado, en las primeras horas del domingo, las piadosas mujeres que ya conocemos, en varios grupos quizá, pues eran muy numerosas, se apresuraron a ir al sepulcro, llevando consigo los perfumes y bálsamos que habían preparado para completar el embalsamiento del Señor.

A la cabeza de todas iba sin duda María Magdalena. Pero —¡qué sorpresa!— al llegar se dieron cuenta de que la piedra que cerraba la entrada del sepulcro había sido removida.

Las demás mujeres se quedaron haciendo comentarios... Magdalena, con la actividad del amor y sin pérdida de tiempo, corre a avisar a los Apóstoles lo que ha pasado.

Entre tanto, se aparece un ángel a las mujeres que se habían quedado junto al sepulcro, les asegura la resurrección de Jesucristo, y les dice que lleven a los discípulos la buena nueva.

Pedro y Juan vienen al sepulcro y comprueban que ha desaparecido el Cuerpo de Jesús. Magdalena regresa de nuevo; pero mientras todos se alejan tristes y descorazonados, Magdalena, con la fidelidad del amor, no puede arrancarse de aquel lugar y se queda llorando...

De nuevo se inclina para ver el interior del sepulcro y ve con sorpresa dos ángeles, que en su turbación toma por dos hombres.

—¿Por qué lloras? —le preguntan.

—Se llevaron el cuerpo de mi Maestro y no sé dónde lo pusieron.

Jesús no puede ya resistir a tanto amor, a tanta fidelidad, y se presenta delante de Magdalena. Pero ésta, embargada por el dolor, velados sus ojos por las lágrimas, no le reconoce y piensa que es el jardinero.

—Señor le dice —, si tú te lo llevaste, dime dónde lo pusiste y yo iré por él.

Obsesionada por su pena, piensa que todos están al tanto de lo que le pasa. Por otra parte, ¡qué encantadora es la audacia del amor, para el cual no hay dificultades! Magdalena asegura que ella irá por el Cuerpo de Jesús, como si los débiles brazos de una mujer pudieran llevar en su regazo el cuerpo de un hombre cual si fuera el de un niño.

Entonces Jesús la llama con su propio nombre y con una ternura, con un acento, con un timbre de voz que arroba y extasía a Magdalena:

«¡María!»...

¡Su nombre, su nombre propio! ¡La llama por su nombre aquella voz que conoce tanto, pero con un acento que jamás había escuchado!... Y en aquel momento, es decir, a la hora misma en que Jesús, en el secreto de su incesante coloquio con el Padre, le nombra esas miríadas de elegidos a quienes su Muerte y su Resurrección acaban de abrir el cielo; en aquel momento, es decir, cuando después de largas horas de penas sin consuelo, el amor de Magdalena, avivado por el mismo dolor, ya no es sino un deseo que la quema, un hambre que la devora, una dilación que la consume, una esperanza que lucha por no sucumbir, un verdadero martirio...

—«¡María!»...

¡Oh Cristo! ¡Oh buen Pastor! He aquí el momento en que cumples tu palabra llamando a tus ovejas por su nombre; y entre todas, y con una ternura infinita, a esta oveja perdida, por la que has dejado las noventa y nueve, y que, encontrándola al fin, vuelves gozoso llevándola sobre tus hombros.

¡Oh Palabra eterna, pero también Palabra encarnada! ¡Jesús, Palabra humana de Dios, qué bien conoces el corazón humano y qué bien sabes decir el amor!... ¡Qué hábil y diestro eres para encontrar la palabra que, revelando tu Corazón hasta el fondo, colma y alegra y embriaga a los nuestros!

—«¡María!»...

¡Pero ese solo nombre lo dice todo, y es inútil, es imposible agregar una palabra más!

«¡María!»...

¡Es el céntuplo divino pagado de una sola vez a esta feliz mujer! ¡Es la consagración de todas las gracias que ha recibido y la fuente inagotable de gracias nuevas y divinas que brota súbitamente en su alma!

—«¡María!»...

¡Es una página del Evangelio..., es una Eucaristía hablada! ¡Oh Cristo Jesús, es una obra maestra de tu misericordia y de tu bondad, como de tu justicia y de tu poder! Por eso es tan hermosa, grande, simple, eficaz, como el *Fiat* de la Creación y el *Veni* de la consumación.

—«¡María!»,

Esta palabra ha quedado grabada en lo más íntimo de la memoria cristiana, y no sabremos sino en el Paraíso todo lo que este recuerdo ha hecho brotar para Cristo, en el curso de los siglos y hasta el fin de los tiempos, de amor apasionado, agradecido, sacrificado. Jesús le dijo: «¡María!»; Magdalena, mirándole, exclamó: *Rabboni* «¡Maestro mío!» Es esta también la respuesta del género humano fiel, *Rabboni*, una palabra para responder a una palabra, un título, en cambio, de un nombre propio: ¡pero qué título!

—«María» dice el todo de Jesús para Magdalena; «Maestro» dice el todo de Magdalena para Jesús.

—«¡Maestro!»

Este nombre encierra todas las excelencias y comprende todas las soberanías, así como la comunicación que de ellas se hace por la doctrina y por la gracia; expresa la doble naturaleza de Jesús y su misión en el mundo, su estado y su obra, su opulencia y sus beneficios, sus derechos y sus servicios, y por encima de todo, su amor, porque sólo por el amor reina sobre sus felices vasallos.

—«¡Maestro!»

Es también la confesión de fe y el homenaje de la criatura redimida, su religión, su piedad, su amor respetuoso y tierno, su obediencia absoluta, su confianza sin límites, su completo abandono, la restitución, en fin, y la entrega gozosa que de sí misma hace a su único y eterno Señor...[23]

Y en el mismo instante en que se cruzan esas dos palabras, como dos relámpagos, María se arroja a los pies de Cristo, como en Betania, como en la casa de Simón el leproso, y los abraza y los besa y los inunda con el torrente de sus lágrimas..., no lágrimas de arrepentimiento, como en el día de su conversión, ni de gratitud, como en el banquete de la despedida, sino de alegría divina, de esa alegría que tan rara vez se puede saborear sobre la tierra, porque abruma,

[23] GAY, *Entretiens sur les Mystères du Saint Rosaire*, t. II, páginas 192-193.

ahoga, apaga la vida, como un huracán extingue una débil llama... Tal vez si esta escena se hubiera prolongado más, el corazón desbordante de Magdalena hubiera estallado... Por eso Jesús pone término a esas efusiones, diciéndole: *Noli me tangere*, esto es, no prolongues demasiado estas efusiones de amor; ya habrá tiempo para hacerlo, pues todavía no asciendo a los cielos; ahora hay algo más urgente que hacer; ve a anunciar a mis hermanos mi Resurrección y mi próxima Ascensión a los cielos[24].

Para anunciar a la humanidad el nacimiento del Mesías, Dios escogió a un ángel; para anunciar al mundo la Buena Nueva, el Evangelio, Dios escogió a los doce Apóstoles; para anunciar a los hombres la Resurrección y Ascensión de Cristo, el hecho central del cristianismo y la base sobre la que descansa todo el edificio de nuestra fe[25], Dios no escoge ni a un ángel ni a un Apóstol, sino a una mujer, a una pecadora, a la que mucho se le había perdonado, porque había amado mucho...

Magdalena es el apóstol de la Resurrección de Cristo, y por eso la Iglesia ha querido honrarla ordenando que en la Misa de su fiesta se cante el Credo, como si fuera Apóstol, como si fuera Doctor de la Iglesia.

Así premia Dios a las almas fieles.

También a las otras mujeres, los ángeles que les aseguraron la Resurrección de Cristo, les confiaron igualmente la misión de anunciarla a los discípulos.

Se alejaron entonces del sepulcro camino de Jerusalén, para cumplir el encargo que habían recibido. Y sucedió que en el camino Jesús les sale al encuentro y las saluda. Ellas, palpitantes de gozo, se arrojan a sus pies, le abrazan y le adoran. «No temáis —les dice el Señor —. Id a decir a mis hermanos que vuelvan a Galilea y allí me verán».

De esta manera vemos cómo la segunda aparición de Jesús resucitado es para premiar la fidelidad de las piadosas mujeres.

---

[24] «El Noli me tangere ha preocupado mucho a los exegetas, que han dado de él las más diversas interpretaciones, algunas de ellas demasiado forzadas y aun inadmisibles. La que indicamos nos parece la más natural y obvia, así como la que está más de acuerdo con el texto original: *mé mou áptou*. Su traducción literal es: «cesa de abrazarme». No le prohíbe Jesús a Magdalena aquellas lágrimas y santas demostraciones de afecto, sólo le indica que no las prolongue en ese momento en que hay algo más urgente que hacer —anunciar su Resurrección—, y porque, como todavía no va a subir a los cielos, ya habrá otras oportunidades de entregarse libremente a esas efusiones santas y justísimas.

[25] «Si Christus non resurrexit, inanis est fides nostra» (I Cor., XV, 14).

Después se aparece a Pedro, más tarde a los discípulos de Emaús y al fin, al terminar el día, a todos los discípulos reunidos en el Cenáculo.

Una vez más, así premia Dios a las almas fieles.

* * *

Reflexionemos, para terminar, que el Corazón de Cristo no ha cambiado. Después de veinte siglos encontramos en él la misma fidelidad incomparable, la misma delicadeza exquisita, la misma gratitud conmovedora.

Que esta verdad llene de ánimo a la mujer cristiana para renunciar a una vida inútil, frívola y vana y la resuelva a consagrarse a hacer el bien.

Los hombres no comprenderán su abnegación, no agradecerán sus favores, pagarán tal vez con ingratitud sus desvelos. Pero Dios, que lleva cuenta hasta de los cabellos de nuestra cabeza, que no deja sin premio ni un vaso de agua dado en su nombre, no dejará sin recompensa ni la más pequeña buena acción, mucho menos toda una vida consagrada a hacer el bien por su amor.

¡Feliz el alma que no muere sin haber cumplido su misión, sin haber realizado los designios providenciales por los que Dios la puso en este mundo! ¡Feliz el alma que deja a su paso por la vida la estela luminosa del bien: su memoria será eterna en el Corazón de Dios y su recuerdo sobrevivirá en el corazón de los hombres! *Immortalis est memoria illius quoniam apud Deum nota est et apud homines.*

SEGUNDA PARTE

MARIA Y LA MUJER

Inspice et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est.
«Mira y obra según el modelo que te he mostrado».

(Exod., XXV, 40)

CUANDO en la aurora del mundo, bajo las frondas del Paraíso, la humanidad se manchó con el primer pecado, la Justicia divina no pudo permanecer impasible y formuló contra nuestros primeros Padres terrible castigo. Al hombre le condenó a ganarse el sustento con el sudor de su rostro, porque la tierra, maldecida por Dios, no produciría para él sino espinas y abrojos. En cuanto a Eva, la madre de todos los vivientes, y que se había transformado en la madre de todos los pecadores, para ella el castigo fue más severo: «Yo multiplicaré tus penas —le dijo el Señor—; no darás la vida a tus hijos sino a costa de grandes dolores, y sufrirás el yugo de la autoridad del hombre y la mano férrea de su señorío».

Y como una extensión del castigo divino podemos tristemente comprobar, a través de todos los siglos que cayeron del otro lado de la Cruz, así en los pueblos bárbaros como en los cultos, lo mismo en las civilizaciones antiquísimas de los asirios y de los egipcios, como en las refinadas de los griegos y de los romanos, que la mujer no era, a lo más, sino un objeto de lujo, de placer, cuando no una esclava degradada y casi una bestia de carga[26].

Pero en la plenitud de los tiempos apareció Jesucristo sobre la tierra, y una de sus obras maestras fue redimir y rehabilitar a la mujer. La sacó de aquel abismo de degradación en que la había sumergido el paganismo, la transformó,

---

[26] Entre los kutchines, indios de la América del Sur, las mujeres son verdaderas bestias de carga. Entre los kenistenos son tales los trabajos y sufrimientos de las mujeres, que llegan hasta dar la muerte a sus hijas para evitárselos. En Australia las mujeres son las que cultivan los campos y llevan a cabo las faenas más pesadas y no se alimentan con frecuencia sino con las sobras de sus maridos. Entre los nurones e iroqueses, indios de la América del Norte, los varones sólo se dedican a la guerra o a la caza, y dejan a las mujeres todos los demás trabajos, hasta la construcción de sus casas. Y aun en América, ¿no vemos a los indios caminar muy descansados mientras las indias llevan a cuestas grandes fardos? En Fidyi, las mujeres son compradas y vendidas a precios irrisorios. Hay tribus en las que los hombres tratan a sus mujeres peor que a perros, y en otras, como entre los soshones, el marido se considera como dueño absoluto de sus esposas, de sus hermanas y de sus hijas, y puede disponer de ellas a su antojo, y golpearlas y aun matarlas sin que nadie pueda hacerle reclamación alguna.
Si esto pasa actualmente, después de veinte siglos de cristianismo, ¿nos podemos formar una idea de la abyección en que vivió la mujer cuando casi toda la humanidad estaba sentada tinieblas del error y en las sombras de la muerte?

la sublimó a la cumbre de la perfección, sobre todo en María, la mujer prototipo, modelo y ejemplar de la mujer cristiana. Y cuando así la transformó, pudo mostrarla a toda la humanidad y decirle: *Inspice et fac secundum exemplar*. «Contempla ese modelo y obra conforme a él».

¿Cómo realizó Jesucristo esta transformación de la mujer?

Vamos a tratar de investigarlo someramente, seguros de que estas reflexiones serán, con la gracia de Dios, un estímulo para la mujer cristiana, a fin de que cumpla su misión y sea lo que debe ser; pero también serán una lección austera para el hombre, como lo vamos a ver.

CAPÍTULO PRIMERO

TODO ser razonable obra siempre por un fin determinado. Y si esto es verdad de todo hombre, con cuánta mayor razón lo es tratándose de Dios Nuestro Señor, que es la Sabiduría increada.

De esta verdad se desprende claramente que no hay una criatura en el Universo que no haya sido creada con un fin; que no hay ser inteligente, por limitado que lo supongamos, que no tenga una misión que cumplir. Y no me refiero ahora al último fin que ve a la eternidad, sino a una misión que debemos llevar a feliz término en la tierra. No hay un hombre, por insignificante que sea; no hay una mujer, por inútil que parezca, que no tenga una misión señalada por Dios mismo y que debe cumplir en este mundo.

Cuando Jesucristo estaba para terminar su vida mortal, con inmensa satisfacción le decía a su Padre: *Opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam*[27]. «¡Oh Padre, he consumado, he llevado a feliz término la misión que me confiaste!» Y cuando desde la atalaya de su Cruz contempló todo el panorama de su vida mortal, al ver que su misión está plenamente cumplida, pudo decir esta palabra que selló toda su obra: *Consummatum est!* «¡Todo está consumado!» Y no teniendo ya razón de ser su vida, inclinó la cabeza y expiró...

Si la muerte de los justos es preciosa ante los ojos de Dios —*pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus*—, si está llena de paz y de íntima satisfacción, es porque ellos en su pequeñez pueden decir otro tanto: *opus consummavi*, «he cumplido mi misión». Y por eso dejan el mundo sin pena y penetran sin temor en las regiones de la eternidad.

Y aquí cabe preguntar, puesto que hablamos de la mujer: ¿cuál es su misión? No la de esta o aquella mujer, sino en general la misión de la mujer, ¿cuál es?

Para conocerla, no tenemos más que estudiarla en María, la mujer por excelencia.

La misión de la Santísima Virgen aparece a primera vista con una evidencia avasalladora. María fue predestinada por Dios para ser MADRE, madre natural de Cristo y Madre espiritual de los hombres.

---

[27] Joan., XVII, 4

Yo sé bien que lo sublime no se analiza. Sin embargo, nuestra débil razón humana no puede descubrir todos los tesoros que encierra esta palabra, la más hermosa del lenguaje humano —«¡ Madre!»—, si no se esfuerza en desmenuzar este concepto y en considerar todos los elementos que lo constituyen.

* * *

¿Qué es lo que contiene esta palabra «Madre»?

Lo primero que encierra es AMOR.

¡Ah! Los hombres con mucha frecuencia profanan este nombre y lo aplican a pasiones que envilecen y degradan o a afectillos egoístas y efímeros que pasan y mueren...

¡No, no es eso el amor! El amor es algo muy noble, muy digno, muy elevado, verdaderamente divino, como que forma nada menos que la sustancia y la esencia misma de Dios.

Porque Dios es amor*: Deus caritas est,* dice San Juan.

Y cuando Dios quiso hacer al hombre la revelación de su Corazón, tomó una fibra, la más delicada, la más sensible, la más fina, la más íntima, y con ella formó el corazón maternal… Y entonces pudo decir al hombre: «¡Yo te amo como ama una madre a su hijo!» Y todos, los sabios como ignorantes, los hombres como los niños, comprendimos el lenguaje divino.

Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui[28]. «¿Puede una madre olvidarse de su hijo y no amar al fruto de sus entrañas? ¡Pues aun cuando una madre por imposible se olvidara de su hijo, Yo, tu Dios, jamás me olvidaré de ti!»

¡Así ama Dios!

Pero nosotros, de niños, no comprendimos el amor de nuestra madre. Fue preciso que a través de los años nuestro corazón fuera estrujado por el egoísmo de los hombres y herido por sus inconstancias, por sus olvidos, por sus ingratitudes, por sus traiciones, para que empezáramos a comprender cuánto nos amaba nuestra madre, con qué amor tan puro, tan constante, tan abnegado, tan fiel…

[28] Isa., XLIX, 15.

Mientras tuvimos la dicha de verla a nuestro lado, no comprendíamos cuánto nos amaba. Fue preciso que la muerte nos la arrebatara y la perdiéramos para que, por el vacío que dejó en nuestro corazón, adivináramos la inmensidad de su cariño; como sospecharíamos la inmensidad del océano si huyeran sus aguas y quedara vacío el abismo que las contiene.

Si esto es verdad de toda madre, ¿qué decir de María? Parodiando unas palabras que la Santa Iglesia aplica a la Santísima Virgen, podíamos decir: «¡Atended y ved si hay un amor semejante al amor de María!» ¡Qué amor el suyo, que fue capaz de envolver en cariño maternal al Corazón infinito del Dios hombre! ¡Qué amor el suyo, que fue capaz de envolver de ternura maternal a todos y cada uno de los hombres, de todos los pueblos, de todas las razas, de todos los siglos hasta la consumación de los tiempos! ¡Qué amor el suyo, que hasta a nosotros los pobres mexicanos, nos pudo decir aquellas palabras que destilan miel dulcísima de los cielos: *Hijito mío, ¡a quien amo como a pequeñito y tierno y delicado!*

Por eso, parodiando las palabras que Jesucristo dijo a la Beata Ángela de Foligno, la Santísima Virgen nos podría mostrar su Corazón y decirnos: «¡Mírame bien! ¿Hay en mí algo que no sea amor?»

* * *

Y, verdaderamente, no hay en el Corazón de María algo que no sea amor; pero hay algo que es compañero inseparable del verdadero amor durante su peregrinación sobre la tierra. ¿Sabemos qué es? Es el DOLOR, la abnegación, el sacrificio.

«No se puede vivir en el amor sin dolor», dice aquel monje austero que escribió *La Imitación de Cristo*. Y esto es verdad, sobre todo tratándose del amor maternal. ¿Cómo es posible ser madre sin sufrir? ¿Cómo es posible ser madre sin ser mártir? ¿Cómo podemos concebir una madre sino sacrificándose constantemente por su hijo?

¿Sería posible consignar por escrito el heroísmo oculto y la abnegación constante que las madres han derrochado a través de todos los siglos que ha vivido la humanidad? Los libros que sería necesario escribir formarían la biblioteca más grande del mundo, porque sería necesario por lo menos un libro para cada madre.

Recordemos aquella fábula en que un poeta, llevando las cosas a un extremo inconcebible, nos quiso presentar en gran relieve esta verdad: hasta dónde se olvida una madre de sí misma para no pensar sino en su hijo, aunque sea éste un criminal.

Un hombre quiere a toda costa conquistar el afecto de una mujer. Pero ésta, sin entrañas, le pone una condición inaudita: que le lleve el corazón de su madre... El mal hijo acaba por ceder y da muerte a su propia madre, le arranca el corazón, y todavía palpitante, lo lleva corriendo al objeto de su pasión insana. Pero va tan de prisa que tropieza y cae. Entonces el corazón de la madre se anima y le dice con ternura exquisita: «¿Te has hecho algún mal, hijo mío?».

Así concebimos el amor maternal, siempre olvidado de sí mismo para no pensar sino en sacrificarse por su hijo. Y por eso es imposible ser madre sin sufrir.

Pero si esto es verdad de toda madre, lo repito, es sobre todo verdad de la Santísima Virgen. Toda su vida fue cruz y martirio.

Por el conocimiento tan profundo que tenía de las Sagradas Escrituras, por la luz de la profecía con que Dios iluminó su alma, María, desde el momento de la Encarnación, supo con claridad meridiana, con evidencia absoluta, el fin trágico de su Hijo. La silueta de la Cruz y del Calvario ensombreció toda su vida y amargó hasta las alegrías ingenuas de Belén, hasta las dulzuras inefables de Nazaret.

¿Cuál sería su dolor al ver a su Hijo derrotado por sus enemigos, condenado a muerte por los tribunales más notables de su nación, y al fin muerto en medio de los más terribles tormentos?

Y después, durante veinticinco años, María continuó sufriendo por la ausencia de su Hijo, por las primeras dificultades de la naciente Iglesia, por la primera sangre cristiana que derramaron las primeras persecuciones y que habían de ser —Ella lo sabía bien— el principio de una serie interminable hasta el fin de los siglos.

He ahí, pues, el segundo elemento que forma el corazón de una madre, *el dolor*.

¿Eso es todo?

* * *

Decía al principio que el amor y el dolor son algo tan elevado, tan digno, tan noble, tan santo, y para decirlo de una vez, tan divino, que no puede habitar en un corazón manchado, que no puede aclimatarse sino en un corazón puro.

Un corazón manchado, degradado, envilecido, tiene forzosamente que ser egoísta, y, por consiguiente, no puede amar, no puede sacrificarse por los demás. Mucho menos podrá olvidarse de sí mismo y sacrificarse hasta ese grado heroico en que lo hace una verdadera madre por su hijo.

Es un error muy nocivo y por desgracia muy común creer que la pureza es una flor exótica, que sólo puede cultivarse en los invernaderos del claustro, que es una virtud propia y exclusiva de las almas consagradas a Dios.

No; la pureza es una virtud cristiana, absolutamente necesaria a todo cristiano, cualquiera que sea su edad, su sexo, sus ocupaciones y el estado de vida que haya abrazado.

Así como hay una castidad virginal que perfuma los claustros y aun el mundo, así también hay una castidad conyugal que debe embalsamar el santuario divino del hogar.

Además, la pureza de la madre tiene un influjo preponderante y a las veces decisivo en la pureza del hijo.

Esta verdad se podría ampliamente demostrar por razones del orden sobrenatural y aun del orden natural, por motivos psicológicos y aun fisiológicos.

Pero basten por ahora estas reflexiones.

No hay para qué ocultar esta verdad, puesto que la experiencia la está mostrando a cada paso. La gran batalla que el hombre tiene que librar para mantenerse a la altura de su dignidad de cristiano y aun de hombre, es contra los enemigos de la pureza.

Esta gran batalla se prepara en la niñez y se empieza a librar en la juventud. Y en la juventud deben conquistarse las primeras victorias para asegurar una virilidad digna y una ancianidad santa.

Ahora bien, como Jesucristo nos lo enseña[29], del corazón nace todo lo bueno y todo lo malo, el corazón es en especial la fuente de donde brota la pureza o la cloaca de donde emana la corrupción.

---

[29] Math., XV, 19.

La razón está en la diferencia que hay entre el conocimiento y el amor. Cuando conocemos, traemos las cosas a nosotros, valiéndonos de su imagen o de su idea; pero cuando amamos, salimos de nosotros mismos hacia el objeto de nuestro amor. De manera que si es elevado nos eleva y si es bajo nos degrada.

Pudiera decirse: «Dime lo que amas y te diré lo que vales». Si amamos lo noble, lo puro, lo santo, seremos nobles y puros y santos; pero si amamos lo bajo, lo vil, lo manchado, seremos bajos y viles y manchados. De donde se sigue que para ser puros hay que velar ante todo sobre el corazón, y educarlo y formarlo.

Ahora bien, esta es la misión de la madre, como ya lo vimos en otro lugar, formar el corazón del niño. Y de ahí su influjo decisivo en toda la vida del hombre, no sólo en la niñez y en la juventud, sino aun en la edad madura y en la ancianidad.

Mas ¿cómo se puede infundir lo que no se tiene? Para que la madre impregne al corazón de su hijo de pureza, es preciso, no sólo que ella sea pura, sino que su pureza sea irradiante y contagiosa.

Cuánto cuidado debe tenerse con las primeras impresiones que recibe el corazón de un niño; porque de tal manera son tenaces y persistentes, que perduran a través de todas las vicisitudes de la vida y suelen orientarla definitivamente. El corazón del niño es como una ánfora preciosa que conserva siempre el primer perfume que en ella se deposita[30].

¡Dichosos los que han tenido una madre pura!

La pureza es, por consiguiente, el tercer elemento con que se forma el corazón maternal.

Por eso María —la Madre por excelencia— es también un prodigio incomparable de pureza. ¿No es la Inmaculada? ¿No es la Virgen por antonomasia? Su pureza, que no tiene semejante, de tal manera dilató su Corazón, que pudo caber en él esa inmensidad de amor, ese océano de dolor que la hizo Madre de Dios y Madre de los hombres.

---

[30] (4) Un poeta francés, cuyo nombre no he podido recordar, expresa el mismo pensamiento en estos versos exquisitos:
«Le coeur de l'homme est un vase profonde.
Lorsque la première eau qu'on y verse est impure,
La mer y passerait sans laver la souillure,
Car l'abîme est immense et la tache est au fond!»
El corazón del niño es un vaso profundo. Cuando la primera agua que se vierte en él es impura, pasaría el mar sobre él sin lavar la mancha; ¡porque el abismo es inmenso y la mancha está en el fondo!

He ahí, pues, los tres elementos que forman el corazón de una madre: *el amor, el dolor y la pureza*.

CAPÍTULO II

AHORA bien, puesto que María es la mujer por excelencia, el tipo, el modelo y el ejemplar de la mujer cristiana, y puesto que toda la misión de María fue ser madre: quiere decir que la misión de la mujer cristiana es también ser madre.

Porque en María distinguimos dos maternidades: la maternidad *natural* y la maternidad espiritual. Por la primera fue Madre de Cristo, por la segunda fue Madre de todas nuestras almas.

La mujer cristiana, cualesquiera que sean sus circunstancias, tiene que imitar a María en cualquiera de estas dos maternidades: o ser madre de sus hijos en el santuario del hogar, o ser madre de las almas, haciendo bien en torno suyo.

Pero para una cosa como para la otra debe combinar en su alma, a semejanza de María, estos tres divinos elementos: un grande amor, un grande sacrificio, una grande pureza.

* * *

Entiéndanlo así las madres cristianas en su hogar, que deben ungirlo con su amor, santificarlo con su abnegación y embalsamarlo con su pureza.

De un gran escritor francés se cuenta que decía: «La mejor de mis obras es mi hijo», gran escritor también, formado por su padre.

Con mayor razón toda madre cristiana debe hacer suyas estas palabras. La gran obra de una madre cristiana es formar el corazón de su hijo, de donde depende en gran manera toda la orientación de la vida del hombre.

Me atrevo a afirmar que en cierto modo, como ya lo dijimos antes, María formó el Corazón de Jesús. Porque aunque era inmensamente superior el Corazón de Cristo, puesto que era el Corazón de un Dios, sin embargo, Jesús quiso en todo ser semejante a nosotros y no distinguirse exteriormente en nada de los demás niños y de los demás hombres. Y por eso quiso, como todos los niños, aprender experimentalmente de su Santísima Madre a amar y a sacrificarse.

Como Dios, tenía toda ciencia y todo conocimiento; pero quiso también tener un conocimiento experimental de las cosas humanas.

El conocimiento experimental es el que se adquiere al contacto de las realidades de este mundo, dulces y suaves unas, ásperas y amargas otras.

El niño aprende a amar al contacto dulcísimo de las caricias maternales. Mucho antes de amar, el niño es amado. Y para que ame y se despierte su corazón es preciso que sienta muy cerca de sí la vibración santa del amor, es necesario que lo calienten y lo embriaguen los abrazos y los ósculos maternales.

Aprende el niño a sacrificarse contemplando la abnegación de su madre, que vela de día y de noche sobre él, que no sabe de fatigas, ni pide descanso, ni espera recompensa.

Y la pureza de una madre contagia y perfuma el alma de su hijo a veces para toda la vida.

¡Qué consolador es pensar que así aprendió Jesús la ciencia experimental del amor y del sacrificio! Ese Corazón, «que tanto ha amado a los hombres», despertó al amor bajo las caricias de María, que sabían a cielo: ¡tan puras, tan ardientes, tan dulces eran!

Y al ver a María sufrir en silencio, sin quejas y sin reproches, ocultando sus penas con el velo de una encantadora sonrisa; cuando la veía magnánima para perdonar a sus perseguidores, compasiva para socorrer a los pobres, indulgente para disculpar a los extraviados, dulcísima para consolar a los afligidos, el Corazón de Jesús, ese Corazón «paciente y de mucha misericordia», aprendía experimentalmente a ser misericordioso y compasivo con la multitud de nuestras miserias.

Sin duda que la obra maestra de Jesús fue María, puesto que por sus méritos previstos Dios la hizo tan santa. Pero también podemos afirmar que la obra maestra de María es el Corazón de Jesús, puesto que Ella de alguna manera ayudó a formarlo tan amante, tan compasivo y tan misericordioso.

Cuando saboreamos la misericordia de Jesús, cuando nos embriagamos con el vino añejo de su amor, ¡cómo debiéramos recordar agradecidos a María!

Cuando nos acoge la caridad exquisita del sacerdote según el Corazón de Dios, cómo debiéramos pensar con gratitud en las manos maternales que modelaron ese corazón, en esas madres que también tienen, como alguien lo ha dicho, corazones sacerdotales.

Y siempre que en medio de tanto egoísmo como hay en el mundo nos encontremos con un alma buena, estemos seguros de que el principio de esta bondad es el corazón de una madre cristiana.

* * *

Entiéndanlo así las vírgenes cristianas, lo mismo en el claustro que en medio del mundo. Ellas también deben ser madres, madres espirituales de las almas.

¿Cómo no ha de ser madre la virgen que vela a la cabecera de los enfermos, que con sus palabras discretas y sobre todo con su abnegación heroica le habla de Dios, y reanima la llama casi apagada de su fe y abre ante aquellos ojos, que ya van a cerrarse a este mundo, los horizontes espléndidos de las esperanzas cristianas?

En un hospital se encuentra un enfermo a quien su falta de fe y la seguridad de que su mal no tiene remedio lo han puesto de pésimo humor y casi desesperado.

El médico ha recetado una pócima para calmarle y la religiosa enfermera se presenta con ella, rogando al enfermo que la tome. Él se rehúsa, la religiosa insiste cariñosamente, aquella insistencia le exaspera, estalla la ira, y toma la taza y derrama su contenido por el suelo.

A los pocos momentos vuelve la religiosa con la medicina preparada por segunda vez, y con la ternura de una madre le ruega que la tome... El enfermo se pone furioso, toma la taza y arroja aquel líquido caliente en el rostro de la religiosa...

La heroica enfermera no dice una palabra, con su delantal se enjuga el rostro y se retira.

A los pocos momentos vuelve la religiosa con la medicina preparada por tercera vez. Y ya no dijo nada, porque sus ojos preñados de lágrimas y que miraban al enfermo con una ternura infinita lo decían todo. Aquel heroísmo hizo estallar el corazón del enfermo en un gran sollozo... Esta vez tomó la taza y apuró la medicina de un sorbo.

Después le dijo a la religiosa: «Madre, póngase, por favor, entre la luz y la pared para que yo pueda siquiera besar su sombra..., ¡porque no merezco más!»

¿Cómo no ha de ser madre de las almas la virgen que, en el claustro o en el mundo, se hace la segunda madre de los niños en las escuelas y en la catequesis, en los asilos y en los orfanatorios; y les habla de Dios y les inculca

las primeras verdades de la fe, y los preceptos austeros pero salvadores de la moral cristiana, y los envuelve en su cariño, que si no es más tierno que el de una madre, es quizá más generoso y más puro, porque es virginal?

¿Cómo no ha de ser madre de las almas la virgen que, en el claustro o en el mundo, lleva una vida de abnegación oscura y de oración constante, si es una eterna verdad que hacen más en la conquista de las almas, no los brazos que luchan ni los labios que hablan, sino los corazones que ruegan y se sacrifican y se inmolan en silencio?

Si más de treinta y tres años de ministerio me dan algún derecho a hablar, yo afirmo que la mujer cristiana, y en especial la mujer española, tiene cualidades excepcionales para ser apóstol y dar la vida a las almas.

Su delicadeza, su finura, sus atractivos naturales, sus intuiciones de mujer la hacen penetrar muy adentro de las almas y tocar sus fibras más delicadas, que nuestras manos toscas no aciertan ni a encontrar. Porque no debemos olvidar esta gran verdad: en toda mujer cualquiera que sea su edad, su condición y su estado, en toda mujer, repito, palpita el corazón de una madre.

El corazón de la mujer o es maternal o no existe.

Por tanto, el corazón de la mujer tiene siempre, a lo menos en germen y en un estado latente, todas las cualidades del corazón maternal: su abnegación heroica, sus intuiciones profundas, su ternura inagotable, que precisamente por estar con frecuencia reprimida, tiene mayor fuerza de expansión.

Y cuando la mujer que no ha fundado un hogar, en lugar de reflegarse en un estéril egoísmo, pone al servicio del bien esas preciosas cualidades, ¿cómo no ha de ser madre de las almas y cómo no ha de ser muy grande su gloria en el cielo?

Pero para esto, una vez más, debe hacer derroches de amor, de abnegación y de pureza.

* * *

He ahí cómo Cristo ha transfigurado y redimido a la mujer; así es como la sacó del abismo de abyección en que la había sumergido el paganismo y la elevó a las cumbres excelsas de la maternidad; de esclava la hizo reina; la hizo reina porque la hizo madre, madre natural de sus hijos o madre espiritual de las

almas. Y en su diadema puso esas tres piedras preciosas, esas tres gemas de valor inestimable: *el amor, el dolor y la pureza.*

Réstame, para terminar, decir una palabra a los hombres.

Siendo todo esto verdad, como lo es, ¿no merece la mujer el respeto del hombre?

Recuerdo el caso de una anciana que tuvo la desgracia de cometer varios delitos de los que fue acusada y convicta. El juez, al reprenderla, le dijo estas palabras que me causaron impresión: «Si no fuera por sus canas, que me recuerdan a mi madre, haría que cayera sobre usted el peso de la justicia; pero por el recuerdo de mi madre seré con usted lo más benigno que pueda».

Pues bien, el hombre, siempre que esté delante de una mujer, debe recordar a su madre; debe pensar en sus hermanas y en sus hijas; pero sobre todo debe recordar a la mujer por excelencia, a María, porque en la frente de toda mujer fulgura un destello del Corazón Inmaculado de nuestra Madre del cielo...

Es necesario a la mujer venerarla, como se venera a una madre; respetarla, como se respeta a una hermana; protegerla, como se protege a una hija.

Que no se abuse nunca de la debilidad de la mujer; que nadie se atreva a mancillar su pureza, porque es un tesoro precioso pero encerrado en un vaso demasiado frágil y quebradizo; pero sobre todo que nadie tenga la felonía de engañar su corazón, ese corazón tan fácil para amar, pero que con tanta frecuencia tiene que llorar el abandono y la traición de los malvados que le robaron su amor.

Antes bien, el hombre, por su dignidad, por su honor y hasta por su propia conveniencia, debe ayudar a la mujer para que cumpla su misión, y siempre sea reina, y siempre sea madre.

* * *

¡Oh María, oh Madre Dolorosa, oh Virgen Inmaculada, modelo, tipo y ejemplar de la mujer cristiana! Bajo tu amparo ponemos a la mujer española para que, a imitación tuya, cumpla su misión y sea siempre madre, madre natural de sus hijos en el santuario bendito de su hogar, o madre de las almas en la virginidad del claustro o en la virginidad más laboriosa del mundo. Y para que cumpla su misión, haz, oh Madre, que conserve incólumes en su corazón

esos tres grandes tesoros: ¡el oro riquísimo de su amor, la mirra incomparable de su sacrificio y el perfume divino de su pureza!

TERCERA PARTE

MUJERES EJEMPLARES

Nada convence y atrae tanto como el ejemplo. Y para que se vea que lo expuesto hasta aquí no es una vana especulación, ni una simple teoría, ni una ilusión irrealizable, presentamos el ejemplo de algunas mujeres de nuestra época que, de una manera o de otra, han realizado la doctrina que acabamos de exponer[31].

[31] La Iglesia no ha emitido todavía su juicio infalible sobre la santidad de las personas de cuyas virtudes vamos a hablar; ni sería todavía tiempo de hacerlo. Por lo mismo, nos sujetamos de antemano al juicio de nuestra Madre la Santa Iglesia y de ninguna manera tratamos de prevenirlo.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA CONTEMPLATIVA EN MEDIO DEL MUNDO

Su vida.

Es un error de nuestro tiempo pensar que los santos, para serlo, necesitan perderse en la bruma de los siglos pasados o encerrarse bajo los austeros muros de un claustro. Nos parece un anacronismo que haya santos en nuestra sociedad actual, santos que viajen en auto, que firmen cheques, que escriban en máquina, que se interesen por nuestro arte; más todavía, parécenos imposible que en medio del báratro del mundo y llevando nuestra vida moderna con todas sus exigencias sociales, pueda un alma llevar una vida de oración, sin faltar en nada a sus deberes de esposa y de madre, y aun llegar a la más alta contemplación mística. Una extática en medio del teatro o del casino a donde se ha visto obligada a asistir, ¿no nos parece cosa irrealizable?

Sin embargo, la santidad es flor de todos los climas, y Nuestro Señor parece que se propone hacérnoslo ver, suscitando almas santas en todas las clases sociales, como un reproche a nuestra indolencia, o mejor quizá, como un estímulo decisivo a nuestras legítimas aspiraciones.

Tal es el alma santa[32] de la cual vamos a hablar ahora. Lo reciente de su muerte exige que guardemos el incógnito en cuando sea posible o conveniente. La llamaremos María Amada de Jesús, que fue el nombre que ella adoptó al agregarse a la Adoración Reparadora[33].

* * *

María Amada fue una joven de la sociedad actual; notable pianista, casada a los veintiún años, madre de cinco niños, conoció todas las penas de la

---

[32] Protestamos nuestra sumisión al juicio de la Iglesia, conforme al Decreto de Urbano VIII

[33] Vease: *Journal Spirituel de Lucie-Christine*, publié par Aug. Poulain. Communauté de l'Adoration Reparatrice, 36, rue d'Ulm, Paris. No está de venta en el comercio.
La vie Spirituelle, tome XX, pp. 189-209. *Le Journal Spirituel de Lucie-Christine*, par Jean Leflon.

vida del hogar: a los veintidós años de matrimonio perdió a su esposo; le sobrevivió veintiún años y murió a los sesenta y cuatro años de edad, el Viernes Santo de abril de 1908.

A los dieciséis años de edad empezó a dedicarse a la oración mental, haciéndola todos los días hasta su muerte. Al cabo de pocos años llegó a la cumbre de la más alta contemplación mística.

Tenía veintinueve años cuando entró en esa nueva vida. Veamos cómo refiere ella misma esta gracia:

«Esta mañana hacía mi meditación en La Imitación de Cristo, como acostumbro hacerlo desde hace trece años, cuando, repentinamente, vi ante mis ojos interiores estas palabras: DIOS SOLO.

Parecerá extraño decir que vi palabras; sin embargo, es cierto que las vi y oí en mi interior, pero no del modo ordinario de ver y oír. Por lo demás, ¡qué mal expresan mis términos lo que experimento, por más que su recuerdo permanezca tan presente!

Fue a la vez una luz, un atractivo y una fuerza

Una luz que me hizo ver cómo podía ser totalmente de Dios solo, en el mundo, y cómo hasta entonces no lo había comprendido bien.

Un atractivo que subyugó y cautivó mi corazón. Una fuerza que me inspiró una resolución generosa y en cierta manera puso en mis manos los medios de ejecutarla. Porque lo propio de las palabras divinas es que obran lo que significan.

Estas fueron las primeras palabras que Dios se dignó hacer oír a mi alma, y su misericordia hizo de ellas el punto de partida de una nueva vida».

Catorce meses más tarde, Nuestro Señor le concede una nueva gracia —la divina presencia—, que describe así:

«Casi todo este año he estado enferma y muchas veces privada de la santa Misa y de la sagrada Comunión... Me sentía triste... y me quejaba a mi Señor porque me dejaba así lejos de Él.

Y mientras me ocupaba en estos pensamientos, cosiendo sola en casa, mi alma fue repentinamente investida y como inundada con el sentimiento de la PRESENCIA DIVINA, y la sentí como se siente la realidad. Ahí estaba Dios... No podía verle, pero sentía la certeza de su presencia, como un ciego está cierto de tener cerca de sí a la persona que toca y cuyas palabras escucha. Y en mi corazón se derramaba una unción, una paz, un gozo divinos...»

Durante los cuatro años siguientes se suceden gracias semejantes de consuelo, de paz, de unión.

Viene en seguida, a los treinta y tres años de edad, una nueva etapa iniciada el día de Pentecostés; es un llamamiento divino a una vida de oración. Desde esa época, cada vez que comulga, Nuestro Señor se apodera de su alma y la pone en ese estado pasivo, propio de la unión mística, manifestándole sucesivamente los atributos divinos: la «soberana hermosura» de Dios, su «adorable inmutabilidad», su «omnipotencia incomparable», su «dulzura infinita», el profundo sentimiento de la fuerza de Dios, la profundidad, la grandeza, de ternura divinas... «Y si la divina bondad no se nombra explícitamente, es porque ella forma el fondo y el carácter general de la presencia eucarística. La bondad es lo que más necesitan nuestras pobres almas: ¡Jesús lo sabe bien!»

Hasta los treinta y cinco años de edad había vivido sin Director, pero la lectura de la vida de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal la decidió a abrirse sencillamente al párroco de la población donde vivía, y él fue quien durante treinta y tres años la dirigió con una ciencia y un arte consumados, muriendo un mes apenas antes que ella.

Casi al mismo tiempo recibe la gracia de unión al Espíritu Santo, varias veces renovada, la unión a la Santísima Virgen, visiones imaginativas de Nuestro Señor, y conocimiento de Dios como principio de todas las cosas, hasta llegar a las puertas del éxtasis.

Seis meses más tarde, después de sufrir cruces que Dios mismo le había anunciado, empiezan los éxtasis y con ellos se multiplican las visiones intelectuales de la Divinidad, una gran luz interior la penetra de un profundo sentimiento del ser íntimo de Dios, que la hace ver y sentir lo que Él es. Los atributos divinos se le manifiestan con una claridad creciente: la unidad, la infabilidad, la inmutabilidad, la sabiduría. Y su alma es elevada «como a la cumbre del cielo» y así contempla al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Esa contemplación de la Santísima Trinidad va progresando, y no sólo se le revelan las tres Personas Divinas, sino que también ve sus relaciones:

«Adorando a Jesús expuesto en el Santísimo Sacramento, mi alma se extasió largo tiempo contemplándole en el seno del Padre, y al Espíritu Santo procediendo de su Padre y de Él.

Una cosa es creer simplemente en las divinas procesiones[34], otra es verlas en el seno de Dios... La vista de estas relaciones inefables la llena de admiración y de gozo; y como está unida a los que ve, se encuentra introducida como en el centro y en el nudo de este adorable misterio que concilia la fecundidad con la unidad.

¡Feliz la pobre alma en tales momentos!, y con una felicidad que no puede ni comprender, porque se siente tres veces amada, amada diferentemente por cada una de las Divinas Personas, y, sin embargo, amada con un solo y mismo amor».

A los treinta y ocho años, el 8 de diciembre, tienen lugar, a lo que parece, los Desposorios espirituales, y cinco años más tarde, el Matrimonio espiritual, la Unión transformante.

«La oración pasiva no es solamente el silencio del alma delante de Dios; es también y con toda realidad la respuesta de Dios al alma. Es un lenguaje, pero sin palabras...

¡Dios toma posesión de todo mi ser por el poder de su abrazo!

En esos momentos felices no soy yo..., sino Él. Ya no me veo, ya no veo sino a Jesús. No que me destruya, sino que su vida se apodera de mí, me domina, me absorbe... Ya no me reconozco a mí misma, no veo sino al Hijo de Dios, realmente y sacramentalmente presente... Le adoro, pero la acción divina penetra y transforma mi adoración; el ser divino piensa, vive, ama en mí; no tengo vida, sino por él. El Apóstol ha dicho: "No soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí"».

* * *

Esta ascensión hasta la cima de la Unión transformante supone grandes sufrimientos: ¿puede acaso haber otro camino para llegar a la santidad que la vía regia de la Cruz?

María Amada tuvo que sufrir toda su vida y de todas las maneras posibles. Tuvo que pasar por grandes pruebas y que arrostrar verdaderas persecuciones, guardando siempre una dulzura exquisita, una paz inalterable, una caridad

[34] Procesión es el acto por el cual una Persona divina procede de otra.

heroica. He aquí los medios que Nuestro Señor mismo le enseñó para que lograra sufrir así:

«1.° Haciéndome considerar a mis perseguidores como puros instrumentos de su Voluntad amada...

2.° Aconsejándome hablar de ellos con una benevolencia muy particular, evitando la menor alusión a sus yerros...

¡Que así sea, Señor mío! ¡Qué dulce es trabajar ante un modelo como Tú! Sí, lo haré hoy mismo en que los apuros y las contradicciones no me dejan un momento de tregua; sí, por Ti puedo amar a lo que no es amable; callar, cuando hierve mi sangre; obrar conforme a mi deber sin ninguna probabilidad de ser aprobada; orar y ofrecer mi alma por los que la atormentan.

Sí, por Ti se puede y se debe hacer todo eso, y el alma puede también por una gracia especial tuya olvidarlo todo para elevarse hasta Ti, y descansar y tomar aliento en el seno de tu amor, por encima de todas las cosas, en esa región a donde no llega ni su recuerdo.

¡Seas mil veces bendito, oh mi Amigo inseparable!»

Tuvo que sufrir la separación, la muerte de los seres más queridos; el tráfago de los negocios; las enfermedades que con mucha frecuencia la privaban por largas temporadas de la santa Misa y de la sagrada Comunión, y, en fin, la ceguera, iniciada diecinueve años antes de su muerte. Este último sacrificio de la vista le fue particularmente doloroso.

«Tengo a veces terribles crisis de pena por no poder ver, sino como a través de un velo, las hermosuras del campo. Quizá en otros tiempos amé y sentí con excesiva viveza esa poesía que canta la tierra, las plantas, los astros y todo el mundo de los vivientes y aun de los infinitamente pequeños, que viven bajo las alas de Dios; todo eso me volvía soñadora... Con toda mi alma ofrecía a Dios esa magnificencia creada. Entonces, cuando era joven, hacía de la contemplación de la naturaleza una oración; ahora quiere Dios que haga de ella un sacrificio. ¿Qué diré? Beso la mano que me envía este sufrimiento, y el más pesado todavía de no ver los rasgos de los seres queridos... »

Sin embargo, estos sufrimientos no son nada comparados con las penas que purificaron su espíritu. Tentaciones, verdaderas obsesiones, contra la fe, la esperanza, la caridad; aridez y desolación en el alma, dudas sobre las gracias recibidas, temor de estar engañada y de engañar, y la tortura sin nombre de sentirse reprobada.

Veamos cómo describe una de estas crisis:

«En las tinieblas y angustia del corazón. Tempestad de turbación, de tristeza, de inquietud vaga; como si una tormenta de elementos malos se hubiera desencadenado sobre el alma. Me siento estallar de impaciencia, y sin ningún motivo, contra las personas que más amo; siento necesidad de hacer pedazos alguna cosa; experimento un descontento, involuntario pero lleno de amarguras, contra los demás, contra mí misma y contra todo, y aun a veces contra Dios... El alma se siente arrastrada como al borde de un abismo, a las puertas de la muerte íntima, donde le parece que sus facultades van a zozobrar...»

Es notable su generosidad en medio de estas tinieblas, esforzándose por cumplir siempre su resolución de «hacer lo mismo por Dios oculto que por Dios presente». A tal grado, que el mismo Dios le manifiesta su complacencia, «porque la encontraba siempre la misma, ya fuera probada, ya consolada».

Gracias a esta generosidad llegó en tan poco tiempo a la Unión transformante, siendo su caso una prueba de la verdad de esta enseñanza que recibió de Nuestro Señor mismo y que en la mística tiene una importancia excepcional.

«Porque muchas almas no comprenden la unión con Dios sino en el gozo e ignoran LA PURA UNIÓN DE LA VOLUNTAD EN EL DOLOR; por eso tan pocas llegan a la Unión permanente».

Su misión.

Tratemos de la misión propia de María Amada. Fue, como ya lo indicábamos anteriormente, mostrarnos que la vida contemplativa no es privilegio exclusivo del claustro, sino que es posible al alma generosa y fiel en medio de la actividad, de la agitación, de las exigencias de la vida moderna actual. Fue una esposa, una madre de familia, una viuda, una mujer de sociedad, que hizo frente a tan diversas obligaciones y estuvo siempre a la altura de su deber. Pasó por la tierra oculta y desconocida, velando los tesoros de gracias que de Dios recibía bajo una amabilidad constante y aun un tanto soñadora... ¡Al fin, un alma de artista!

Cuando fue necesario, emprendió viajes, tomó parte en excursiones, organizó representaciones teatrales —para ocupar y retener en casa a sus hijos—, escribió comedias, asistió y tomó parte en conciertos de música —realzándolas

con su talento, pues era una excelente pianista—, y aun, cuando la necesidad lo exigió, fue al casino y al teatro. He aquí algunas notas de su diario:

«Ayer, en lugar de rezar el rosario durante la audición musical del casino, de cuatro a cinco, hice una adoración suplementaria durante todo ese tiempo... Es cosa grande y muy dulce e impresionante ver a mi Señor Jesús en medio de los salones, Señor de todas esas almas que quizá ni piensan en Él, por lo menos en ese momento. Por eso, en nombre de todas ellas lo adoro…»

Y en otro lugar:

«Tuve que ir al teatro, lo que me permitió comprobar qué indiferente me ha hecho la gracia de Dios a todo ese falso prestigio exterior. No tuve más trabajo en ese lugar que en cualquier otro para permanecer recogida y unida a Dios. ¡Qué dulce y qué amargo es al mismo tiempo adorarle y contemplarle cuando se le sabe tan ofendido!»

En cierta ocasión, ejecutando en un concierto una pieza de piano, de pronto se apoderó de ella la acción divina; lo que tuvo por efecto que se equivocara y se viera obligada a suspender la pieza de música, con gran sorpresa del público, que conocía la seguridad de su ejecución y lo consumado de su arte. María Amada había pedido aquella humillación y bendijo a Dios por habérsela concedido.

* * *

¿Cómo pudo llevar esa vida de intensa oración en medio de las distracciones de una vida de mundo?

La caridad, el amor que suple a todo, que lo unifica todo, sin el cual nada vale, fue el secreto que permitió a María Amada combinar tan admirablemente la contemplación con la acción.

Ese amor fijó su alma en la Voluntad de Dios y todo lo vio a través de ella.

«La unión con Dios no está en la separación exterior de todo lo que es exterior; es la soledad del espíritu que se fija en la Voluntad divina por encima de todo...»

No es, pues, de extrañar que las últimas palabras con que cierra su diario, cuando, anciana y ciega, sentía ya apuntar el día sin ocaso de la eternidad, tres meses antes de su muerte, hayan sido éstas: FIAT VOLUNTAS TUA!

«Cuando el alma yace por tierra, destrozada, árida, sin saber, sin ver ya dónde está, porque Dios lo quiere a veces así; entonces va viviendo día por día, como si cada día debiera ser el último, abandonando en Dios todo cuidado, toda preocupación y tratando solamente de hacer su voluntad momento por momento:

Fiat voluntas tua!»

Algún tiempo antes de su muerte afirmó a su confesor que moriría en la Semana Santa. El confesor rechazó enérgicamente tal idea, estando seguro de que su salud no hacía presumir un fin cercano.

El Lunes Santo no pudo dejar el lecho; se llamó al médico, pero éste no encontró enfermedad alguna, sino sólo cansancio.

Sin embargo, el Viernes Santo, como lo había deseado, murió…

Sus pensamientos.

Veamos, en fin, algunos de sus pensamientos más íntimos que acabarán de revelarnos la hermosura de su alma.

* * *

Para tener influjo en los demás, es necesario poseerse constantemente a sí mismo.

Perdonar siempre; excusar siempre.

Amar fuertemente el alma de mi prójimo. Excitarme a la caridad hacia las personas que me mortifican.

Prohibirme toda defensa, aun justa, cuando sienta que en ella puede influir la pasión.

No dar nunca una reprensión ni hacer observación alguna sin reflexionar en la pena que mi prójimo experimentará y sin haberme afligido de antemano por ella. Pensar siempre, viendo los yerros de los demás, qué débil soy yo misma y qué lejos estoy de mis buenas resoluciones. Los demás tienen como yo buenos pensamientos y buenas resoluciones, pero con trabajo tratan de ponerlas en práctica.

* * *

Renunciar a gozar..., no buscar nunca el placer..., tal es lo que debiera hacer para tender eficazmente a la perfección. Veo necesario este sacrificio y todavía no tengo valor para realizarlo: ¡qué grande es mi debilidad!

* * *

Oh Espíritu Santo, hoy, después de la absolución, tu presencia se apoderó de mi alma por una dulce unión de complacencia. Tú das una paz, una seguridad particular, porque eres la luz misma y el Director divino del alma, y le parece a ella que, poseyendo tu presencia sensible, ninguna turbación o duda se atreverá a aproximarse.

* * *

En los Ejercicios anuales, mi Señor me ha colmado de gracias... Y le dije: «¡Jesús mío!, ¿qué te he hecho para que me colmes así de gracias? ¿Es para hacerme sentir más el peso de mis ingratitudes?»

—*¡No!*, me respondió Jesús con tal dulzura que mi corazón se sintió arrebatado hacia el suyo y permaneció en una paz y en una ternura inefables.

(Resolución de los Ejercicios). —Llegar a responder con una humildad y una dulzura extraordinarias que reparen el orgullo, principio de toda turbación.

* * *

Jesús dijo a mi alma con una inmensa ternura: *Tú eres mi dulzura y mi caridad*, llenándome al mismo tiempo de unción divina. Un poco más tarde, en la misma comunión: *Sé mi misericordia*.

* * *

Parece extraño que, a pesar de la necesidad que mi alma experimenta de soledad y de silencio, Dios me haya dado como una facilidad para orar en medio del báratro del mundo y para adorarle en medio de todas las pequeñas preocupaciones domésticas. Sin duda alguna que de esta disposición ha nacido

el gusto con que, desde mis primeros años, procuraba recitar mi rosario por las calles de...

Pero ¡cuánto sufre el alma cuando se ve obligada a prestarse siquiera durante una media hora a la conversación banal del mundo! El alma se siente entonces dislocada, fuera de su centro, oyendo todas las trivialidades que suelen decirse y a las que es preciso contestar alguna cosa... Compara esas palabras huecas al silencio divino de la iglesia y del Sagrario, y el corazón sufre la nostalgia del altar.

* * *

Después de un día muy penoso, tuve que recibir palabras muy duras. Mientras que la voluntad decía *fiat* y *alleluia*, la naturaleza se rebelaba en mi interior. Poco después, sin embargo, se sometía.

Y me dispuse a hacer mi oración, y apenas me había arrodillado, cuando Jesús llenó mi alma con querida presencia, sin imagen alguna. El buen Maestro se ofreció a consolarme y me dijo con gran dulzura:

¡Y bien, dime tus quejas; a Mi puedes decirmelo todo; quejarse conmigo es también orar... Cada palabra me iba consolando y ya no tuve necesidad de quejarme, confundida con tan inefable bondad.

* * *

En una profunda unión, Jesús, mi amor, me mostró sus gracias, que irían creciendo siempre... *Cada vez será algo más hermoso, hasta el cielo*.

Y cuando Jesús dijo esas palabras: «Hasta el cielo», mi alma se sintió arrebatada fuera de sí por un encanto que jamás podrá expresar. Escuchar esas palabras «hasta el cielo», cayendo de los labios de Jesús, es algo inaudito entre los hombres, aun entre los más espirituales; es una armonía, una unción, un atractivo irresistible, una luz, una revelación, un fuego devorador que toda expresión humana no puede menos que desvirtuar. Si toda la tierra pudiera escuchar esta palabra, paréceme que toda la tierra se fecundaría de amor…

* * *

…Esa tendencia de mi alma hacia lo bello y lo ideal la preparaba y la orientaba hacia el camino en el cual Dios quería hacerla entrar.

Viví de esta manera hasta el día en que el primer llamamiento sobrenatural de Dios me arrojó en sus brazos totalmente... Entonces mis ojos se abrieron y comencé, ¡oh Dios mío!, a gustar, por encima de todo, tu hermosura en las cosas santas; descubrí en el Evangelio, en los salmos, en las ceremonias de la Iglesia un sentido y un encanto divinos hasta entonces relativamente ocultos para mí.

Después, elevando hacia Ti esa mirada que has dado a mi alma para contemplarte y admirar, te buscaba, Dios mío, dondequiera que veía lo bello, y te encontraba en todas partes. He preguntado por Ti a todas las criaturas, y todas me han respondido: «Aquí está».

Pregunté por Ti al océano... Y en sus abismos descansas propagando la vida a través de su seno, domeñando sus caprichos y sus furores... Pregunté por Ti a sus riberas abruptas, y su salvaje altivez me dijo: «Aquí está».

Te he encontrado en la espesura impenetrable de las selvas, te he visto pasar en el relámpago, te he escuchado en la voz lejana del viento, en los rugidos del trueno y en el fragor de las tempestades, y mi corazón no ha temblado, porque Tú «estabas ahí».

Te he saludado en la alborada matinal y en el crepúsculo de la tarde, te he sorprendido en la frescura de la hondonada y te he escuchado en el murmullo quedo de la fuente solitaria...

Te he presentido en el trabajo secreto de las fuerzas de la naturaleza, cuando un calor rico y fecundo parece adormecer a la tierra y, sin embargo, mil murmullos imperceptibles llegan hasta nuestros oídos... Son los gérmenes que brotan, las flores que se entreabren, los infinitamente pequeños que se llaman y se responden en un rayo de sol..., y todos dicen en su lenguaje: «Aquí está... ¡Gloria a Dios!»

He visto también, Señor, tu mirada de misericordia brillando sobre nosotros en la luz de los astros, y su número y sus distancias inconmensurables no me han llenado de terror, porque han invitado a mi alma a lanzarse hacia lo infinito...

Te he contemplado, en fin, en tus obras más perfectas, te he admirado en tus santos, he escuchado el himno que cantan hacia Ti el heroísmo, el genio, la elocuencia, la ciencia, las artes; ¡te he visto, mi Salvador Jesús, en la persona

del pobre, del anciano, del afligido, revestido con el título de nobleza que Tú has concedido a todo lo que sufre, a todo lo que llora! Te he buscado en la fuerza, en la inteligencia y en la actividad de la juventud, y de la edad madura, y de ahí, temiendo ver con frecuencia tu imagen alterada o desconocida, te he buscado también y te he encontrado, Dios mío, en el fondo de la mirada del niño... Sí, ahí estás, presente en esa alma que no te ha contristado nunca; Tú eres el encanto secreto que atrae al hombre hacia ese ser inocente; su debilidad no bastaría para inspirarnos un interés tan profundo y tan tierno; en sus ojos tan puros, Tú eres quien se deja ver, reinando sin divisiones en un alma todavía libre de contagio del mal...

He ahí la primera transformación que Dios obró en mi alma...

* * *

Jesús me dijo: *¡Ama y déjate amar!*

Al exterior, mi vida está demasiado sobrecargada y turbada con frecuencia; interiormente, alternativas de paz profunda y toques divinos con tentaciones y desolaciones; esto tiene lugar en el mismo día y con frecuencia en el mismo tiempo de oración. Lo más penoso es ese estado en el que el alma casi sucumbe bajo el temor de estar reprobada, como lo he sentido desde hace algunos días. No puedo entonces hacer otra cosa que abandonarme en manos de Dios, rogándole que me deje siquiera amarle y servirle en este mundo...

Al fin de la misma oración mi espíritu me representó de nuevo ese temor de reprobación que llena a mi alma de terror. Entonces la voz del Padre me consoló, uniéndose de una manera especial a mi alma. El carácter de la palabra del Padre es la autoridad divina llena de majestad y de bondad que impone la paz al alma; es el Creador considerando la obra de sus manos y dignándose confortarla; es la mirada del padre sobre su hijo, llena de poder y de solicitud; pero en Dios Padre esa solicitud es mejor y más tierna que toda la ternura maternal.

Escuché solamente estas palabras: *¡Hija mía, mi hija querida!*, y sentí el amor de ese Dios Creador que quiere salvar a su pobre criatura y que lo quiere con una voluntad divina, Y así mi alma recobró la confianza y la paz, y la tentación fue barrida de ella sin que volviera a aparecer después.

Varias veces más tarde y en los días siguientes, mi alma, elevándose al Divino Padre para darle gracias y adorarle, se vio absorta y estrechada, durante algunos instantes, con el abrazo paternal de Dios...

¡Ay, Dios mío, ay! ¡Los hombres tienen un Padre, un Padre tan bueno, y no lo conocen!...

* * *

Ayer, después de la sagrada Comunión, mi Señor me dio esta divisa, y hoy me la repitió:

«Nada entre Él y yo.

El entre todo y yo».

* * *

Reposo supremo del alma en Dios en la santa Comunión. Palabras interiores de Jesús: Descansa en Mí, mi muy amada..., tu Dios te pertenece..., *a todos me doy; pero a ti me entrego y me abandono*...

(A los cuarenta y dos años de edad). ¡Vejez! Edad bendita, yo te saludo de antemano. Te temen y debieran amarte como la edad más feliz de la vida, porque eres el término de ella. Yo te amaré como el alba del día eterno. Cuando vea que mis cabellos empiezan a blanquear por tus primicias, una sonrisa se dibujará en mi rostro. Cuando llegue la vejez para mí —si es que llega—, consolaré a mis hijos, diciéndoles con qué gusto dejo caer hacia atrás cada año que pasa, porque deja de interponerse entre mi alma y la eternidad...

* * *

En la oración ante el Santísimo Sacramento, Nuestro Señor me dijo: *La Eucaristía es mi Corazón místico, como mi Cuerpo místico es la Iglesia; y mi Cabeza mística está en Roma.*

Con frecuencia oímos decir en nuestra triste época que tal sacerdote vive en un desierto espiritual, que la fe se ha perdido en su parroquia, la iglesia está abandonada y descuidados hasta los últimos sacramentos, que no queda nada que hacer...

En la oración me fue mostrado sin palabras y de una manera muy impresionante que *cuando no quede nada que hacer al sacerdote, le queda, sin embargo, una cosa que hacer: hacerse santo*.

Muchos corazones endurecidos y muchos espíritus extraviados que permanecen insensibles a la palabra del sacerdote no cerrarían los ojos a la evidencia de la santidad, obligados a contemplar todos los días un ejemplo viviente. La vida de los santos está llena de conversiones obradas por la sola irradiación de su santidad, que procuraban, sin embargo, ocultar.

Vi también una vez en la oración el carácter deslumbrador con que el sacerdote se verá revestido en la eternidad. Es una señal de distinción suprema entre todos los elegidos y una especie de unión particular que perdura entre Jesús y el sacerdote. El Salvador, que fue obediente al sacerdote sobre la tierra, conserva en el cielo, me parece, una condescendencia muy particular con los deseos de su sacerdote. El espectáculo que se ofrecía a la mirada de mi alma era magnífico y llenó a mi alma de adoración y de amor por ese Dios tan bueno, así como de veneración por el sacerdote.

* * *

Vi en una luz divina que, así como el Espíritu Santo es el término de las procesiones divinas, de la misma manera debe ser el término de las manifestaciones de Dios, es decir, que en el Antiguo Testamento, los hombres conocieron y adoraron sobre todo al Padre, al Creador. En el Nuevo, han amado de manera especial a su Salvador adorable, Jesucristo.

Pero en los últimos tiempos, el Espíritu Santo hará sentir más vivamente su calor y su luz en el corazón de los fieles; en Él encontrarán las almas una renovación de su fe, y conocerán y amarán tanto mejor al Padre y al Hijo, y particularmente a Nuestro Señor en la Eucaristía, cuanto mejor conocieren y amaren al Amor eterno; de la misma manera que por el Verbo han aprendido ya a conocer al Padre y a ser sus adoradores en espíritu y en verdad.

Creo haber comprendido también que el culto del Sagrado Corazón de Jesús, que nos propone al Amor divino en el Corazón del Hombre-Dios, preparará a las almas para esta irradiación del Amor eterno y personal de Dios, que debe, como un supremo esfuerzo, abrazar al mundo con su omnipotente

abrazo y ungir a las almas para el combate de esos días que serán señalados con todas las rabias del infierno.

Entendí que los tiempos debían de esta manera corresponder a las tres Divinas Personas de la adorable Trinidad.

* * *

Mi alma entendió que debe vivir en la Santísima Trinidad, con esa vida de lo alto, por encima de todas las cosas, que se presta a todos los deberes y no se entrega a nada, sino a Dios sólo.

Después, como si el cielo se hubiera entreabierto un poco, escuché el concierto unánime de los ángeles y de los elegidos en honor de la Santísima Trinidad. Percibí en el porvenir como en un punto, en una ojeada más rápida que el relámpago, todas las voces del mundo muriendo y terminando en el cántico de la eternidad...; voz del genio, voz de la ciencia, voz de la fuerza y del poder, voz del amor y de todas las ternuras del corazón, voz del valor, voz de la imaginación, voz del temor y de la esperanza, voz del gozo y del dolor, voz de la naturaleza, voz de las tempestades y de los truenos, voz de los acontecimientos y cataclismos que cambian la faz de los imperios, que vibran en las profundidades del mundo y sacuden el equilibrio del género humano desde la cumbre hasta la base; todo se apagará, todo callará; todo en un día hará lugar al *aleluya* eterno que escucha ahora mi alma...

Fuera de los infelices condenados al odio eterno y a los castigos de Dios, no habrá más que un clamor, uno sólo: *¡Sanctus, Sanctus, Sanctus!* a la gloria del Dios tres veces santo: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

¡Oh región sublime, región de amor, región única a donde el alma encuentra un día nuevo, una vida nueva, una atmósfera respirable..., donde sólo Dios aparece y todo lo demás queda en la sombra..., donde el alma, perdida en Jesús solo, adora y no puede hacer otra cosa que adorar, o más bien, Jesús es quien adora en ella!... ¡Descanso divino en la omnipotencia abajada hasta nuestra alma por amor; reposo desconocido del mundo en la Verdad misma; sed del alma repentinamente saciada por el Infinito; confusión suprema de una nada pecadora ante su Dios, que ni de eso mismo se apercibe para humillarse profundamente, porque no ve ni puede ver sino a su Creador!

¡Oh Padre, Maestro, Amigo, Esposo!...

¿Por qué es preciso volver a descender de esa región que eres Tú, mi amado? ¡Nos sentimos tan bien en la soledad!... Tú me hablas y yo te hablo sin ninguna palabra... Tú gusta tus delicias en mi alma, tomando todo lo que allí ha puesto tu amor; y yo, no viendo ya ninguna cosa de la tierra, me siento perdida en Ti...

¿Por qué será preciso descender de esa región divina que eres Tú, mi Amado?...

CAPÍTULO II

UNA EMPLEADA MODELO

(1900-1925)

ENTRE las muchas almas que ha santificado la doctrina y el ejemplo de Santa Teresa del Niño Jesús, una de las más notables —célebre ya por los numerosos favores sobrenaturales atribuídos a su intercesión— es una joven escocesa muerta recientemente (24 de noviembre de 1925), a los veinticinco años de edad, Margarita Sinclair.

Era tan pobre que su padre no tenía más oficio que barrer las calles y ella mismo tuvo que ganarse la vida trabajando en un taller desde la edad de catorce años.

Los Sinclair eran, sin embargo, de una clase muy elevada, y aun actualmente hay en Escocia familias Sinclair de muy buena posición y muy adictas al protestantismo, que sin duda no reconocerán a la rama católica de los Sinclair reducida a la pobreza[35].

Margarita nació el 29 de marzo de 1900, en uno de los barrios más pobres de Edimburgo. Su madre, Isabel Kelly, era una católica de convicción y muy fervorosa; su padre, Andrés Sinclair, era protestante; pero no consintió Isabel en contraer matrimonio con él sino hasta que logró convertirle. En aquel hogar tan pobre, pero tan cristiano, se rezaba el rosario cada noche. Al levantarse por la mañana, Isabel hacía la señal de la cruz sobre sus hijos, diciéndole a cada uno: «Que Dios te conceda no ofenderle nunca ni por tus miradas, ni por el tacto, ni por ninguno de tus sentidos». Todos los días oían Misa y con frecuencia comulgaban, a pesar del excesivo trabajo que pesaba sobre los dos esposos, que contaban ya seis hijos en un hogar que estrechaba cada vez más la pobreza.

¡Qué cierto es que el ambiente de la familia deja una huella imborrable en el alma de los niños y a veces la orienta definitivamente! Margarita se formó

---

[35] Es muy probable que hayan sido antepasados de Margarita los Sinclair, condes d'Orkney y de Rosslyn, que cuatro siglos atrás habitaban en la misma ciudad y por el mismo rumbo. El conde Guillermo llegó a tal opulencia, que su mujer la condesa salía para la ciudad acompañada de un séquito de setenta y cinco nobles damas vestidas de terciopelo y de seda y al cuello una cadena de oro, además de los ochenta pajes que con antorchas alumbraban su camino cuando volvía de noche.

en un ambiente de piedad y de abnegación cristiana. A los tres años, viendo tan afanada a su madre, le dijo: «Mamá, quisiera ser grande para poder trabajar y ayudarte...»

A los cinco años entró como externa en la escuela parroquial de San Patricio, dirigida por las religiosas de Nuestra Señora de la Merced[36]. Margarita no estaba dotada sino de una mediana inteligencia y sólo a costa de esfuerzos perseverantes logró salir avante en sus estudios. Una de sus maestras la pintaba diciendo que era «una chiquilla de rostro muy pálido, iluminado por dos grandes ojos azules, cuyo aspecto dejaba siempre una impresión de suavidad».

¡Esa palidez denunciaba el hambre que sufría la pobre Margarita! Su padre cayó enfermo y tuvo que entrar al hospital; la pobreza de su casa se convirtió entonces en una miseria extrema. Un día que Margarita había ido a la iglesia, descalza y después de un simulacro de desayuno, cayó desvanecida, víctima de un ataque de inanición.

No por eso se vaya a creer que Margarita tenía un aire de tristeza; todo lo contrario: su vivacidad y su alegría encantaban a sus compañeras, y si su inteligencia no era notable, su habilidad para los ejercicios físicos, para los deportes propios de su sexo, le mereció no pocos premios.

Tenía diez años cuando su madre, seriamente enferma, no pudo ocuparse ya de los trabajos domésticos, y a pesar de no ser la mayor, fue elegida para sustituirla.

Su alegría era tan desbordante, que a veces la risa invadía hasta las horas dedicadas a la oración, Tomaba entonces toda clase de medidas para recobrar el recogimiento y vencer aquella tentación. Porque a su edad ya experimentaba la necesidad de la oración y se daba cuenta de que sólo Dios podía mantenerla alegre en medio de las privaciones y sufrimientos de su hogar.

Tenía once años cuando empezó a comulgar diariamente y a visitar al Santísimo todo el tiempo de que podía disponer; quien la veía entonces fijar sobre la divina Hostia sus hermosos ojos, iluminados por el amor, se sentía penetrado de la presencia real de Jesús en la Eucaristía,

Pero llegó la hora en que Margarita tenía que ganarse la vida. Primeramente entró como empleada en el departamento de comisiones, en una

[36] Congregación irlandesa que se dedica a obras populares, visita de pobres, cuidado de enfermos indigentes, etc. Tiene numerosas casas en Irlanda, Inglaterra, Escocia, Estados Unidos y Oceanía.

casa de artículos de fantasía; mas tenía que andar tanto y volver tan de noche a su casa, que fue preciso prescindir. Se dedicó entonces a bordar en su misma casa, para lo que era muy hábil.

En esa época, Juan, su hermano mayor, entabló relaciones amorosas con una joven protestante llamada Nellie, Margarita puso en juego todos sus recursos, y a costa de mil industrias y trabajos logró la conversión de la joven, que antes de casarse llegó a ser ferviente católica.

En 1914 vino la guerra, y el padre y el hijo mayor tuvieron que alistarse en el ejército. Margarita y su hermana Isabel hacía poco que habían entrado como aprendices en el «Waverley Gabinet Works», taller para barnizar muebles. Y tal habilidad adquirió Margarita, que pronto llegó a sustituir en sus ausencias al mismo maestro del taller. Era, sin embargo, un oficio que agotaba las fuerzas de una jovencita de catorce años, débil y delicada. «Yo he visto — dice un publicista — las manos de las jóvenes empleadas en barnizar: las vi tan hinchadas que casi habían crecido el doble de su volumen natural: ¡tan grandes esfuerzos se necesitan para la buena ejecución de este trabajo!»[37].

Terminada su ruda tarea y antes de volver a su hogar, se detenía en la iglesia de San Patricio, donde prolongaba hasta las nueve de la noche su íntima conversación con Jesús...

Después de dos años y medio, el taller, a causa de la guerra, tuvo que cerrarse. Pasó entonces Margarita a un almacén judío: «Scottish Furniture Co.», y más tarde al «Professional Civil Service», encontrando todavía momentos libres para ayudar a las religiosas Auxiliadoras del Purgatorio en la confección de lienzos y ornamentos sagrados. Como debía entrar al taller muy temprano, no pocas veces, por no verse privada de la comunión diaria, se quedaba sin desayunar hasta la salida del taller.

Después de tres años de trabajar en el Professional Civil Service», entró como única empleada en la casa de un comerciante en muebles, llamado Donald.

Por esta época trabó amistad con un joven —Patricio—, católico, pero alejado de Dios. Gracias al influjo que logró tener en él, consiguió vorverle a Dios y regenerarle completamente. Pero el joven llegó a tener tanta simpatía, tal cariño por Margarita, que se le declaró, no encontrando nadie mejor que ella

[37] «The Irish Catholic», del 14 de mayo de 1927

para su esposa. Resistió Margarita cuanto pudo, pero animada por sus mismos padres, aceptó las relaciones amorosas y llegó hasta ser oficialmente su prometida.

Sin embargo, Margarita no se sentía llamada al matrimonio y comenzó para la joven una lucha terrible: por una parte sentía la necesidad de romper con ésas relaciones, por otra temía fundadamente que un rompimiento orillara a Patricio a la desesperación y destruyera todo su trabajo de moralización que había realizado en su alma.

Finalmente, cansada de luchar y después de haberlo consultado con un confesor, se decidió a romper. Y escribió la carta siguiente:

«Querido Patricio: En este mundo todo cambia con el tiempo. Si reflexionas en este pensamiento, lo demás que voy a decirte no te causará tanta pena. Estoy absolutamente resuelta a que todo termine entre los dos, puesto que no tengo por ti la inclinación que exigiría una unión definitiva. Tú bien sabes que cuando nos encontramos por primera vez las circunstancias eran diferentes. Si me presté a tus deferencias, fue a causa de la compasión que sentí por el estado de tu alma, que no era de lo mejor. Hice entonces lo que Dios me inspiró que hiciera: te ayudé cuanto me lo permitieron mis fuerzas para que recobraras la luz. Desde entonces, Dios y su Santísima Madre te han asistido con su ayuda y sus bendiciones, puesto que has sido fiel al bien comenzado. Estoy segura de que el Todopoderoso te concederá la perseverancia, pues ya sabes que sólo en Él se encuentra la verdadera felicidad. *Margarita*.

P. S.-No deseo contestación».

Libre de sus ansiedades, Margarita no pensó sino en escuchar la palabra interior que la llamaba a mejor vida. Proseguía entre tanto su vida de obrera tan ruda y penosa; pero algo le decía que muy pronto batiría sus alas y encontraría un asilo su alma donde estrecharía sumaría su unión con Él... sus relaciones con el único Amado de su corazón y consumaría su unión con Él.

* * *

No es fácil determinar la época en que el atractivo por la vida religiosa se despertó en el alma de Margarita; pero el ambiente de piedad en que nació, su educación en una escuela dirigida por religiosas y las relaciones que con ellas

conservó toda su vida, fueron un medio muy favorable para conservar y desarrollar su vocación.

Cierto día, un sermón que escuchó, en el que se ponderaba la vida austera de las Clarisas, fue para Margarita el último rayo de luz que iluminó definitivamente su camino. Y resolvió, después de haberlo consultado, hacerse pobre Clarisa.

Para poder llevar una vida tan austera era preciso ensayarse de antemano. Una de las grandes dificultades con que siempre habían tropezado los intentos de vida religiosa en Margarita era su excesiva necesidad de sueño, exasperada por las nueve largas horas de trabajo cotidiano. Pero se aplicó a vencerla enérgicamente, imponiéndose para levantarse una hora muy temprana.

Ella misma tuvo el valor necesario para comunicar su resolución a sus padres, ya muy afligidos por la próxima separación de Isabel, la hija mayor, que debía ingresar con las Hermanitas de los Pobres; pero su cristiana fe hizo que aceptaran generosamente este nuevo sacrificio.

Por este tiempo hizo Margarita dos breves retiros en la casa de las religiosas reparadoras; una de ellas tuvo de Margarita la siguiente impresión: «Noté después de la introducción del mediodía, a una de las jóvenes que hacían el retiro, de rodillas, sin movimiento, con los ojos en la custodia..., y no era la fe, sino la visión la que leía en sus ojos. Cerré la puerta con un sentimiento de profundo respeto, pensando que había sorprendido una divina comunicación. Al día siguiente la encontré en el jardín y me llamó de nuevo la atención su mirada, «sus ojos que veían lo invisible», como decía una de sus amigas. Amaba la tranquilidad de nuestro jardín y el oratorio de Nuestra Señora de Lourdes, pero sobre todo la capilla donde estaba el Santísimo expuesto. Supe entonces que con su ejemplo y dulce influencia había logrado que una joven de su intimidad tuviera el valor de romper sus relaciones con un protestante. La lucha fue terrible, pero aquella joven acabó por escuchar la voz del Esposo divino y actualmente es religiosa».

En abril de 1923, Margarita se presentó en el convento de Clarisas de Edimburgo solicitando su admisión como Hermana tornera, porque, aunque tenía aptitudes para Hermana del coro, su humildad la hacía buscar el último lugar. Pero como en ese convento no había ningún lugar vacante, la Superiora le aconsejó que solicitara su admisión en el convento de Clarisas de Londres,

donde, después de vencidas las dificultades y corridos los trámites acostumbrados, fue finalmente admitida.

El 25 de julio de 1923, Margarita, acompañada de sus ancianos padres y de Andrés, su hermano mayor, llegó a Londres. Al día siguiente, por última vez, comulgaron juntos y acompañaron en seguida a Andrés al Tilbury-Docks, donde se embarcó para el Nuevo Mundo. Cuando el vapor levó anclas, se dirigieron al monasterio de Notting-Hill. Allí esperaban ya a Margarita. Tras de ella, la puerta de clausura se cerró…: el sacrificio estaba consumado.

* * *

Las Clarisas son una de las órdenes más austeras. Fundada por Santa Clara en el siglo XIII, fue mitigada más tarde; pero en el siglo XV, Santa Coleta la restituyó a su primitiva observancia. Guardan abstinencia perpetua, ayunan todo el año, rezan Maitines a media noche, recitan íntegramente el Oficio Divino, visten hábito de sayal y andan descalzas. Las torneras sustituyen el Oficio Divino por los trabajos manuales, generalmente penosos, y por las colectas de limosnas, que son el único recurso que para vivir tiene el convento.

Tal es la vida que abrazó Margarita. Pero es necesario hacer notar desde luego que además de las austeridades comunes a todas, la nueva vida encerraba para Margarita penas muy personales. En primer lugar, el carácter escocés, franco y abierto, difícilmente se aviene con el temperamento propio de los ingleses, y esto se presta a muchas incomprensiones, malas inteligencias, etc. A esto debemos agregar la exquisita sensibilidad y delicadeza de Margarita. Toda alma que abraza la vida religiosa desea vivamente vivir lejos del mundo; pero Margarita, en su calidad de tornera, tenía que volver a ponerse en contacto con él para colectar limosnas... Aunque de una familia pobre, por su instrucción y la educación que había recibido, estaba hecha para Hermana de coro; sin embargo, no debía tratar sino con las demás Hermanas torneras, de una educación y trato muy inferior al suyo. Quien tenga alguna experiencia de la vida religiosa, podrá darse cuenta de que cada una de estas circunstancias debía ser para Margarita la fuente de una multitud de sacrificios.

Poco conocemos en detalle de su vida religiosa, pasada en el silencio y en la oscuridad. El P. Wilson, que fue su confesor en esa época, da de ella este testimonio: «Margarita Sinclair me recordaba a Santa Teresa del Niño Jesús...

Era de una notable paciencia, amable, alegre y casi siempre sonriente...; vivía lejos de las vulgaridades de la vida, pero no perdía el contacto con ella. Tenía el don de hacer de todo acto una oración, como si en todo pusiera algo de su alma y de su simpatía».

El R. P. Alejandro, franciscano, que visitaba con frecuencia a Notting-Hill, religioso de gran experiencia, autor de diversos escritos ascéticos, habla a su vez de Margarita: «Cuando de paso por Londres la encontré varias veces en el convento de Clarisas, me impresionó vivamente la irradiación de toda su persona. ¡Parecía tan cándida, tan sencilla, tan recta, tan alejada de toda afectación, tan dócil y tan humilde! Esta impresión, por lo demás, fue tan durable como había sido inmediata.

Es muy notable que un hombre de mi edad (tengo setenta y dos años), que por su natural no es propenso a conmoverse, se haya impresionado tan profundamente. Nosotros, los sacerdotes, en efecto, tenemos no pocas ocasiones de encontrarnos con almas santas sin que esto nos llame especialmente la atención. Pero Margarita tenía una personalidad tal, que se sentía uno en presencia de un alma de un candor incomparable».

El 11 de febrero de 1924 tomó el santo hábito y cambió su nombre por el de Sor María Francisca de las Cinco Llagas. Fue la última vez que vio a su padre; pocos meses después, el 27 de diciembre del mismo año, murió en un accidente automovilístico.

Finalmente, el 14 de febrero de 1925 pronunció los santos votos. Desde ese día empezó para Sor Francisca su nueva vida de Hermana tornera. En compañía de una de sus Hermanas, se la vio diariamente ir de puerta en puerta mendigando una limosna para la Comunidad, por amor de Dios...

* * *

Una mañana, Sor Francisca encontró en su pañuelo rastros de sangre... Avisada la Madre Abadesa, como la obediencia lo previene, fue llamado el médico, que diagnosticó una tuberculosis en la faringe. Como no era posible que se mejorara en el ambiente pesado de Londres, aconsejó que la enviaran al sanatorio de Warley, dirigido por Hermanas de la Caridad. Un sacrificio más: ¡era preciso abandonar aquel asilo de paz donde hubiera deseado tanto morir!

En mayo de 1925, Sor Francisca llegó al sanatorio de tuberculosos, donde empezó su calvario, que había de durar nueve largos meses...: aislamiento, continuos accesos de tos, crisis de asfixia, noches continuas de insomnio..., todo fue soportado no sólo con paciencia, mas sin una sola queja, agradeciendo siempre con una dulce sonrisa el más pequeño servicio que le prestaran.

«Todo por las almas repetía, ¡todo por los pobres pecadores!»

Todo hace creer que Sor Francisca, la pobre obrera de Edimburgo, la pobre Hermana tornera de Londres, la pobre tuberculosa de Warley, había llegado a una íntima familiaridad con Dios, había recibido gracias que corresponden a grados muy elevados de la vida mística.

—¿En qué términos le hablas a Nuestro Señor? —le preguntó una vez su Director.

—Dulce Jesús, le digo.

—¿Y te responde?

—Sí. Y me dice «mi Amada»...

En otra ocasión confesó que no podía recitar el Oficio porque Nuestro Señor, al oírla, la invadía con su presencia de una manera tal que no podía ya ocuparse de otra cosa.

«Su amor a Dios era admirable —testifica el párroco de Warley—; un día me dijo a través de sus lágrimas: "¡Qué dicha haber sido llamada para sufrir por Él!"»

En noviembre la enfermedad llegó a su término. La religiosa enfermera, que estuvo presente cuando le administraron el Sagrado Viático, escribe: «Jamás olvidaré su expresión de paz bienaventurada. No podía apartar mis ojos de su rostro, que parecía sonreír a una visión celestial».

La mañana del 24 de noviembre pidió que la vistieran con su hábito religioso. Pusiéronla entre las manos la fórmula de sus votos y el crucifijo; y estrechándolo, sus labios exhalaron el último suspiro...

* * *

Humanamente todo había terminado, y la pobre Hermana tornera, muerta lejos de su patria y fuera de su convento, no debía dejar huella alguna de su paso tan fugaz por este mundo.

Pero no fue así: en el sanatorio, testigo de sus virtudes, las religiosas se dedicaron a invocar su intercesión, y una multitud de gracias obtenidas, curaciones, conversiones, solución de dificultades temporales, como otra nueva lluvia de rosas, vino a dar testimonio del poder que la humilde religiosa tenía ante el trono de Dios. La religiosa enfermera recogió todo lo que había usado Sor Francisca y se empezó a distribuir como reliquias que obraron nuevos prodigios por todas partes.

Luego nacieron espontáneamente numerosas peregrinaciones a la tumba de Margarita, donde muchos han encontrado la salud del alma o del cuerpo.

Desde 1926 se publicó la primera biografía, que se vendió en Inglaterra por millares, y que luego se tradujo al alemán y al francés; después han seguido otras[38].

Ese mismo año, con permiso del Excmo. Sr. Arzobispo de Glasgow y la bendición de todos los Prelados del país, se formó un Comité Nacional Escocés para promover la causa de la beatificación.

En diciembre de 1927 se llevaron a cabo los trabajos necesarios para la exhumación, con objeto de trasladar los restos a Edimburgo, su ciudad natal. Y grande fue la sorpresa al encontrar los despojos mortales de Margarita tan intactos como si acabara de expirar.

Trasladados a Edimburgo, reposan ahora en modesta tumba del cementerio de Bont-Vernon, donde de la Iglesia... aguardan —así lo esperamos— la suprema glorificación.

---

[38] Para estos apuntes hemos utilizado, sobre todo, a Mgr. LAVEILLE, *Une petite Fleur Ecossaise*, Téqui, 1928.

CAPÍTULO III

UN ALMA VICTIMA
(1882-1915)

Sus penas. Sus escritos.

SERÁFICA Adela fue un alma que después de haber vivido como verdadera víctima, como hostia inmolada en favor de los sacerdotes, murió santamente a los treinta y tres años de edad, en junio de 1915. Sin temor de exagerar, se puede decir de ella que no hubo pena del espíritu que no destrozara su alma, ni enfermedad más dolorosa que no martirizara su cuerpo durante casi toda su vida.

Nace en la pobreza, y desde muy pequeña aprende a «sonreír al dolor».

A los catorce años se ve obligada para ganarse la vida a entrar como criada en una hospedería. Devorada por el deseo de pertenecer a Jesús totalmente en la vida religiosa, logra por fin, a los dieciséis años de edad, ser admitida en una Congregación. Pero allí le esperan más terribles penas. Después de haber gustado durante más de dos años la dulzura de la vida religiosa, se ve obligada a volver al mundo, a causa de su salud, antes de profesar,

El «mal de Pott», crueles neuralgias y dolores ciáticos martirizan su cuerpo; mucho más sufre su corazón delicado y sensible viéndose no comprendida, despreciada y calumniada indignamente, sintiéndose una carga pesada para su familia, que se encontraba en una extrema pobreza, y faltándole aun el consuelo de los sacramentos, sobre todo de la sagrada Comunión.

«Hace veintitrés meses escribía que no he podido recibirle en la Sagrada Comunión. ¡Cuánto he sufrido, cuánto he languidecido por esta privación siempre tan sensible!... Sin embargo, yo no quiero sino lo que Él quiera, sino su voluntad, sino a él, bajo cualquier forma que se oculte para darse a mí; la cruz, la privación, el sufrimiento: es Él... ¡Sufrir es una comunión por la fe: o comulgar o sufrir!»

En los últimos cinco años de su vida no abandona para nada el lecho... Y como si no bastara la enfermedad y la pobreza, el desprecio y la calumnia, su pobre alma se ve privada de todo apoyo humano y sumergida en la más

completa oscuridad, sintiéndose abandonada y como despreciada del mismo Dios.

Con toda verdad pudo escribir en la última página de su diario íntimo:

«¡Oh Corazón de Jesús-Amor! ¡Yo abismo en Ti mi dolor viviente que ha llegado al límite extremo! ¡Mi único alimento es tu voluntad y toda tu Cruz, todas las heces de tu cáliz! ¡Gracias, Jesús!... ¡Pero es la hora, ayúdame! Sin Ti no puedo nada. Gózate en mí, glorifícate en mí. ¡Reina en todos los corazones por tu amor!» «Yo me abandono a Ti...

Jesús, mi único amor, te amo con todo mi corazón... en el tiempo y en la eternidad...

¡Adiós!...»

Un año antes había escrito:

«Julio de 1914.

¡Morir de amor!... ¡Morir un sábado de junio, a los treinta y tres años, morir sobre el Corazón de Jesús, para ir a abismarme en él, a sepultarme en lo infinito en la Trinidad Santísima y para siempre...: este es mi sueño; yo te ruego que lo realices, Dios mío!»

Y, en efecto, muere silenciosamente el 27 de junio de 1915, a los treinta y tres años...

Victima lo fue y de verdad, hostia que Dios inmoló la santificación de los sacerdotes, que fue el gran ideal de su vida. En marzo de 1914 escribía: «¡Todo con Jesús por los sacerdotes y por los futuros sacerdotes! Toda mi vida pasada, presente y futura, todas mis acciones, oraciones, sufrimientos, enfermedades, todo lo que Jesús quiera aún hacer de mí, todo por todos sus designios de amor sobre los sacerdotes. Y esto, en unión de Él, con María, la Virgen-Sacerdote, con todas las almas de la tierra y del cielo que oran, se ofrecen, se entregan e inmolan en favor de los sacerdotes.

¡Ofrecer a Jesús y ofrecerme sin cesar! ¡Inmolarme y ser inmolada en Él, por Él, continuamente..., seguir al Cordero inmolado de altar en altar, vivir en una perpetua comunión!...»

«5 de abril de 1914.

Jesús en este día me ha pedido instantemente que en favor de los sacerdotes jamás hable de mis penas. Jamás, jamás, a menos de verme obligada, y entonces, hacerlo en vista de Dios solo y de la eternidad».

¡Ojalá que desde el cielo suscite su ejemplo muchas almas que la imiten sobre la tierra!

* * *

Veamos ahora algunos extractos de sus escritos.

Sufrir y callar...

¡CALLAR!..., silencio, calma, calma absoluta; callar siempre ante la contradicción; díganme lo que me dijeren, ¡silencio!..., silencio dulce y humilde.

Sufrir todo con alegría y gratitud en silencio. ¡Todo pasa tan presto!... Aprovechar el tiempo que se me concede. No perder un momento.

Silencio..., paciencia..., recogimiento... No abrir los labios sino para pedir lo indispensable, para responder con dulzura, con amabilidad, o para decir una palabra, oportuna, inspirada por Jesús, que pueda hacer bien y causar alegría en torno mío. Fuera de esto, silencio absoluto, silencio de humildad, de dulzura, de recogimiento, en Dios, con Jesús crucificado.

Hablar como Jesús mismo hubiera hablado. Escuchar primero su respuesta y luego decirla, pero como a través de Él. Nuestra voz debe ser siempre la voz de nuestro corazón; pero mi voz debe ser la voz del Corazón de Jesús.

Con las visitas hablar menos y siempre oportunamente. Contestar con amabilidad y en pocas palabras lo que se refiera a mí. Escuchar si se habla bien; si no, apartar las vulgaridades muy delicadamente, muy suavemente, con algún asunto sugestivo. Acoger a todas las almas que Jesús me envíe. Verle a Él en todas. No hablar sino bajo la inspiración de Jesús-Sabiduría infinita, de Jesús-Luz, de Jesús-Caridad.

Dar sencillamente, a la manera delicada del Corazón de Jesús, lo que me pidan cuando se trata del bien de las almas y de la gloria de Dios. Jesús será mi verbo, mi prudencia, mi discreción, mi donación... Él solo y todo en Él solo. Nada que sea inútil. Mortificar la lengua de todos los modos posibles; pero renunciarme también para hablar, escuchar, acoger, soportar, sufrir en todas las ocasiones.

Es preciso que me haga todo para todos en la caridad de nuestro Cristo. Llegar a ser de una manera absoluta el buen pan que todos puedan comer, cortar y triturar, sin ocurrírseles siquiera que el pan pueda sufrir cuando lo rompan y lo trituran.

Ser dulce, amable, compasiva, condescendiente, preveniente, indulgente, muy respetuosa y muy buena con todos y cada uno.

Serlo más con quien me haya causado alguna pena; serlo, sobre todo, con las personas que me hayan lastimado con su ignorancia grosera o falta de delicadeza.

Excusarlo todo, perdonarlo todo, aun antes de haber sentido la herida. Amar y bendecir; no saber sino amar y bendecir..., sino defender y excusar; cubrir con la divina caridad las faltas o debilidades de los demás, excusables por tantos títulos.

El Corazón de Jesús debe ser mi único movimiento, mi única vida. Por tanto, si Jesús vive en mí, debo manifestarle y no desfigurarle. Dios es caridad; Jesús es amor, y mi vida, bajo todos los conceptos, debe permanecer oculta con Jesús en Dios.

* * *

¡Oh Jesús!, mi divino Salvador, por tu gloria y por tu amor, concédeme, si es de tu agrado, la ciencia del silencio en medio del dolor.

Concédeme la gracia de poder, en el momento de mi agonía, recogerme sola con Dios y callar ante los dolores de la muerte.

Los labios se sellan naturalmente ante la justicia cuando se vuelve injusta; cuando todo se derrumba en torno nuestro, guardemos a lo menos la dignidad del silencio.

Dios lo sabe y basta...

Cuanto más silencio, más inocencia.

Se ilumina a las almas con la palabra; se las salva por el sufrimiento.

El que ama a Jesús, habla poco, ora mucho y sufre mucho.

Ofrezcamos, pues, nuestras cruces a Dios; pero ocultémoslas a los hombres. Guardemos para Jesús la virginidad de nuestros dolores. Sufrir con Jesús sólo, no desahogarse sino con Él, sonreír a todo lo que hiera, hacerse toda para todos: tal es el heroísmo de la santidad...

* * *

Una víctima debe practicar y amar el silencio.

El silencio retiene a Dios en el alma, y en el silencio es donde Él se comunica.

Una víctima no debe ser ya sino como nada entre las criaturas; su divino carácter hace de ella un ser abyecto, despreciable, una nada, puesto que ha tomado sobre sí los pecados y las miserias de todos.

El Verbo de Dios quiso permanecer en el silencio a fin de enseñar a los siglos venideros que la felicidad está en el infortunio, la gloria en el desprecio, el gozo en las lágrimas y el verdadero mérito en una vida oculta y aniquilada.

* * *

«El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él». Mi Jesús me ha dicho: «Permanece en Mi...» Permanecer en Él para escuchar sus latidos de amor, sus deseos de amor, sus dolores de amor... Descansar en Él, en el más perfecto abandono del amor... No mirar sino a Jesús solo, envolverme en él, seguir únicamente sus inspiraciones, no escuchar sino a Jesús solo...

Permanecer en ese estrechamiento, es decir, en ese abrazo por la fe en la práctica de las buenas obras.

Ir a Jesús a través de todas las oscuridades, sufrimientos y mil dificultades de todos los días. Ir a todo con Él; creerle presente en todo por la fe; aceptar de su único y misericordioso amor, con alegría y gratitud, todos, todos los sufrimientos...; después, ¡silencio y amor!

Estrecharle renunciándome, sacrificándome sin cesar por su mayor gloria, en unión con él, inmolado sin cesar sobre el altar; entregándome a Él para el bien y salvación de las almas, para dejarle irradiar en mí toda su bondad y caridad divinas.

Él me amó hasta dar su vida, hasta derramar la última gota de su sangre; amar por Él todo sufrimiento a fin de que Él pueda gozarse en mí, en todo y siempre.

A Jesús, Verbo silencioso.

¡Oh Jesús, Verbo silencioso, Verbo eterno, yo entro en el fondo de tu eterno silencio para aprender de Ti a callar, a vivir en la oscuridad, oculta, borrada, perdida en el fondo de tu solemne y divino silencio!...

Enséñame a soportarlo todo, a sufrirlo todo, a ofrecerlo todo, para escucharte a Ti y corresponder a tu misterioso silencio de Cordero Redentor. Concédeme ser contigo y por Ti cordero de amor y de redención, no dejando de vivir en Ti y por Ti en una perpetua unidad.

¡Oh Jesús, Palabra del Padre, Verbo de vida eterna!, envuélveme con los rayos de tu Luz; Verbo lleno de vida en tu aparente muerte, sé mi palabra y mi silencio, mi movimiento y mi vida. Que a cada momento, en todo y por todo, no obre sino en Ti y en vista de la eternidad.

Jesús, Tú que lo puedes todo, santifícame en tu silencio y por tu silencio, para tu gloria y por tu amor. Enséñame a vivir sobre la tierra y en tu unión toda tu vida crucificada y eucarística, todo tu divino silencio de Cordero inmolado, en el fondo de «la tumba viviente de tu Sagrado Corazón». Amén.

El «Ángelus» del dolor.

El Ángel del dolor te ha anunciado, ¡oh alma mía!, el profundo misterio del Amor-Salvador oculto en la Cruz.

O Crux, ave!

He aquí la humilde esclava del Señor; que se cumplan en mí tus deseos, oh Dios crucificado.

O Crux, ave!

Y la Cruz del Verbo encarnado entró misteriosamente en todo mi ser y habitó en mi corazón.

O Crux, ave!

Sí, yo te saludo, oh buena Cruz, llena de gracias de predilección. Tú eres Jesús, Amor y Salvador. Sé eternamente bendita por María Inmaculada que me ha obtenido y confiado ese don infinito, fruto delicioso del Árbol de la vida.

Por tu santa Cruz, por todos tus dolores y todas tus voluntades de amor, oh Jesús, sálvame, santifícame, vive en mí, como en la Virgen María, toda tu vida de Amor- Redentor. Así sea.

CAPÍTULO IV

UN ALMA SACERDOTAL

(1890-1918)

SE trata de un alma, Margarita X, que gustaba llamarse a sí misma: «la pequeña Margarita del buen Dios». Después de una infancia descuidada, Nuestro Señor la visitó por la enfermedad; primeramente, una bronquitis crónica que la hacía guardar cama, cada invierno, varias semanas; finalmente se declaró la tuberculosis. Al mismo tiempo que entraba a un sanatorio, su hermano, once meses mayor que ella, ingresaba en el Seminario Mayor.

Después vino la Guerra Mundial y su hermano tuvo que tomar parte en ella, viéndose, por consiguiente, a cada momento en inminente peligro de morir. Margarita ofreció su vida por la del joven sacerdote; y el domingo de la Octava del Corpus, 2 de junio de 1918, a los veintiocho años de edad, después de varios años de intensa vida interior y de un fecundo apostolado; en medio de accesos de asfixia y de hemorragias extremadamente dolorosas, pero que no lograron borrar la sonrisa que se había aclimatado en sus labios, murió Margarita, «la pequeña Margarita del buen Dios»..

La fisonomía de su alma, más que una extensa biografía, nos la delinearán sus notas íntimas, de entre las cuales hemos escogido algunas que podrán saborear nuestros lectores.

«¡Orar y sufrir!», he ahí toda mi vida, todo mi apostolado y todo lo que puedo hacer. ¿Para qué pretender hacer más si Jesús no lo quiere?

He comprendido en estos días qué puras debemos ser, considerando la santidad a que debe llegar el sacerdote. Somos «vírgenes sacerdotales», hostias inmoladas por los sacerdotes. Cuanto más puras y perfectas sean las vírgenes, más lo serán también los sacerdotes. Así como mientras más santo sea el sacerdote, más santas serán las almas por él dirigidas. La virgen sacerdotal tiene que cumplir todo un ministerio que es el mismo del sacerdote. Si no le negamos a Jesús ningún sacrificio, le daremos, con nuestros sufrimientos, sacerdotes que regocijen su Corazón con su fidelidad en servirle y su celo para salvar a las almas...

* * *

Jesús, acéptame. Quiero ser tu Margarita de corazón de oro y de pétalos ensangrentados..., quiero germinar y crecer a la sombra de tu Cruz en el Calvario..., quiero recibir sobre cada uno de mis pétalos la Sangre divina que brota de tus llagas, y después de haber sido purificada por tu Sangre, ayudar a purificar a las almas que se acerquen a mí...

* * *

La vida es un Calvario adonde es preciso ascender; cada paso es más doloroso que el anterior: la Cruz crece con la vida. Por eso es tan necesario practicar el *Sursum corda!* Sí, arriba los corazones hacia ese Jesús que nos llama mendigando nuestro amor…

* * *

Nuestra palabra no es nada al lado de la tuya, oh Jesús, que eres el Verbo de Dios. Por eso nos es de más provecho permanecer tranquilas a tus pies, como María de Magdala, fijando nuestros ojos en los tuyos, a fin de descubrir tu amor, tus virtudes, tus sufrimientos. Me complazco en permanecer así, silenciosa, delante de Ti para sorprender alguna de tus palabras, de tus movimientos, de tus miradas. Ellas me dicen más sobre tu amor que todos los libros, y encuentro más fuerza en esos momentos de unión contigo que recitando toda una letanía de oraciones.

* * *

Esta mañana comulgué en el convento de las Clarisas. ¡Qué ambiente de paz y de calma! Las religiosas salmodiaban detrás del altar, ocultas a las miradas humanas, y sentí envidia...; pero, después de todo, nuestro corazón es también un claustro, y más solitario, donde no se encuentra sino Jesús solo. ¿Por qué entonces desear otro? He aprendido a encontrar a mi Jesús en ese lugar solitario en medio del mundo y de la multitud. Y aun en la iglesia no siento que esté tan

presente para mí como en mi pequeño claustro. Le siento aquí... todo Él, con todas sus llagas, con todo su amor para mí sola...

* * *

Jesús, enséñame a querer todo lo que Tú quieras. Deshoja tu pequeña Margarita y que a cada pétalo arrancado por Ti escuches mi respuesta: «¡Te amo mucho, apasionadamente!» ¡Pero detente ahí, y que el último pétalo se deshoje en esta palabra: «¡te amo!», y que mi alma parta de la tierra en ese acto de amor supremo para no vivir sino de Ti eternamente!...[39]

* * *

¡Almas, oh Jesús, almas! Mi corazón se angustia en su impotencia para dártelas. ¡En esta semana de Ordenes he orado tanto por tus sacerdotes! Ellos sí que te las darán y sabrán hacer que te conozcan y te amen; por ellos inmólame. Suscita, Señor, víctimas y hostias que se sacrifiquen por tus sacerdotes…

* * *

Delante de Jesús en su Custodia de oro...

Permanecería horas enteras sin poder decir otra cosa que: *¡Te adoro y te amo!* En mi oración trato de llegar a un silencio completo: ¡aprender a callar y a escucharle!... ¡Ah!, esto me llena más que todos los libros del mundo.

* * *

¡Seamos azucenas! Es la suerte más bella, la más honrosa, la más digna de la tierra y del cielo, la única que puede regocijar plenamente el Corazón de Dios.

Cuestionario de vida interior[40].

¿Cuál es su deseo preferido? Olvidarme en Jesús.

¿Cuál es su ideal de felicidad sobre la tierra? Vivir de Dios.

---

[39] Alusión a la costumbre de consultar a las margaritas deshojando sus pétalos.

[40] Cuestionario que debe haberle hecho su director para conocer mejor su alma

¿Cuál es su ideal de perfección para su alma? Vivir más y más íntimamente unida a Dios.

CAPÍTULO V

UN ALMA EUCARISTICA

(1834-1910)

Los grandiosos Congresos Eucarísticos Internacionales, que tanta gloria han procurado al Dios de la Eucaristía, nacieron hace sesenta y seis años en Lille (Francia), en junio de 1881.

La obra de los Congresos Eucarísticos Internacionales es obra conocida del Universo entero, pues ha prodigado sus beneficios al antiguo y nuevo continente; pero ¿dónde nació la idea que ha dado a Jesús Sacramentado triunfos tan grandiosos?

Como en muchas otras obras, antiguas o modernas, nacionales o mundiales, Dios se sirvió de una humilde mujer para suscitar ese movimiento maravilloso que ha hecho a las naciones rendir a Jesucristo el vasallaje que merece su Soberanía universal. ¡Qué contraste entre los esplendores de los últimos Congresos de Roma o de Cartago, de Chicago o de Sydney, de Dublín o Buenos Aires, y la humilde sierva de Dios, oculta e ignorada de todos hasta su muerte (20 de junio de 1910), pero que con sus oraciones y sacrificios fue la causa y el instrumento providencial de ellos!

María Marta Emilia Tamisier nació en Tours el 1 de noviembre de 1834. Educada por una madre de fe robusta y de piedad tierna, se puede decir que desde su infancia su alma se impregnó de Eucaristía.

En 1847 entró en el Pensionado de las Damas del Sagrado Corazón, donde permaneció cuatro años. Al salir del colegio tuvo ocasión de verse con el Secretario del Patriarca de Jerusalén, que colectaba limosnas para los Santos Lugares. Emilia contribuyó confeccionando flores artificiales para el Santo Sepulcro, y en el reverso de las hojas de uno de los ramos escribió estas palabras, que fueron todo el programa de su vida: «¡Oh Jesús, haz que tu vida eucarística sea mi vida! ¡Que los sufrimientos que te causan en la Hostia Santa sean mis sufrimientos! ¡Y que no muera sino después de haberte amado con todo mi corazón!»

Dos veces ensayó la vida religiosa, sin llegar a la profesión. Más tarde, deseando el P. Eymard fundar una Sociedad de Adoratrices del Santísimo Sacramento para hacer a Jesús Hostia un Corpus perpetuo, Emilia se puso bajo su dirección.

En 1866, el Jueves Santo, dijo a Nuestro Señor: «Dios mío, acepto todas las humillaciones que te plazca enviarme, todos los abandonos, todos los desprecios. Y esto lo acepto a fin de agradarte y de compartir un poco tus humillaciones». Poco después perdió a su madre.

Pero la obra del P. Eymard se vino abajo. «¡He aquí —le escribía en octubre de 1867— una cosa bien muerta y enterrada!... ¡Que Dios sea bendito! Siempre será verdad que en ella pasaste hermosos y felices días... Eres de Dios y Adoratriz del Santísimo Sacramento en la vida y en la muerte...» Menos de un año después moría el Santo Fundador. Emilia quedó entonces sola y sin saber cómo cumplir su misión de Adoratriz.

Después de algunos esfuerzos infructuosos, Dios le deparó un nuevo Director en el P. Chevrier, Fundador de la Providencia del Prado, apóstol de los vagabundos, que no exigía de ellos sino estas tres condiciones para admitirlos en su casa: «No tener nada, no saber nada, no valer nada».

«No sabes ni el A B C de la santidad —le dijo el Padre Chevrier—; es preciso seguir a la letra el Evangelio: "Ve, vende lo que tienes, da su precio a los pobres y sígueme". Y como no tienes nada, hazte mendiga..., detén a la primera pobre que encuentres; suplícale que cambie sus vestidos por los tuyos; cúbrete de harapos y comienza a servir a tu Señor... Cuando sientas fuerza para andar por este camino, vuelve a verme, y entonces me ocuparé de tu alma».

Un duro combate se libró entonces en el alma de Emilia. «Mendigar —se decía—, pase; ¡pero los harapos!...» La lucha duró por lo menos seis meses.

«Tu vocación —le decía el P. Chevrier— es correr los caminos; decídete, pues; no eres más que una pobre mendiga del Santísimo Sacramento».

Cuando aceptó Emilia la prueba de los harapos —prueba que el Padre no la dejó realizar—, le dio por toda consigna:

«Sé muy humilde, muy pequeña, muy escondida. Que apenas si se sospeche tu existencia, que sólo Nuestro Señor te vea, que Él solo te escuche. Las obras no se hacen con previsiones humanas, ni con dinero, ni con nuestros cálculos y combinaciones. Dios toma un alma —porque con almas es con lo que Dios crea sus obras—, toma un alma y la vuelve a una parte y a otra, y le da una

forma y otra forma, y la arroja y la vuelve a tomar, y la coloca aquí..., y después allá... Escoge otra alma, después otra... Las agrupa a su tiempo y luego hace brotar la gracia... El hombre no es nada...»

Más tarde, el 17 de junio de 1873, le decía: «Comienza por aceptar completamente el estado de sufrimiento en que Dios te ha puesto. Santa Juliana, que contribuyó tanto a establecer la fiesta del Corpus, no tuvo que esperar menos que tú. Mira también a Margarita María; hace doscientos años que comenzó su misión en la prueba y en la oscuridad, y hoy, ¡qué gloria para el Sagrado Corazón!, ¡qué consuelo para ella! Dentro de doscientos años quizá el Santísimo Sacramento estará expuesto por todas partes. Trabajarás, pero no verás el fruto de tus trabajos... Permanece en tu rinconcito; espera que Dios quiera servirse de ti».

Y así fue como esta alma se preparó para su misión siguiendo el camino de la humildad y de la obediencia.

El 29 de julio de 1873, en la capilla de la Visitación de Paray-le-Monial, al pie del Santísimo Sacramento expuesto, sesenta diputados franceses, en representación de doscientos, y rodeados de millares de fieles, consagraban el Parlamento y la Francia al Sagrado Corazón de Jesús. Este acto le dio a Emilia la intuición del reino de Nuestro Señor sobre los pueblos y de la parte que a ella correspondía en esta empresa.

Pero ¿en qué forma y en qué condiciones? ¿Cómo conducir a los pies de la Eucaristía no sólo al individuo, sino a la familia, a la parroquia, a la diócesis, a la nación entera, a todos los pueblos? Lo ignoraba.

* * *

Las peregrinaciones a los Santuarios célebres de la Santísima Virgen le dieron luz. Pensó que la Santísima Virgen siempre prepara el camino a Nuestro Señor, y que, por consiguiente, las peregrinaciones marianas serían la preparación de las peregrinaciones eucarísticas a los Santuarios señalados por algún prodigio del Santísimo Sacramento.

La primera peregrinación eucarística podía organizarse a Avignon, a la Capilla de los Penitentes grises, donde, en recuerdo de un milagro, el Santísimo Sacramento está expuesto de día y de noche hace más de seiscientos años.

El P. Chevrier aprobó el proyecto, y con otras varias recomendaciones de personajes notables, se presentó Emilia a Monseñor Richard, Obispo entonces de Belley y más tarde Cardenal Arzobispo de París, para someterle sus planes, ampliamente redactados. Monseñor, después de haber leído todo el manuscrito atentamente, lo hizo pedazos. «No se debe poner pauta a Nuestro Señor —le dijo—, sino seguir la marcha de la Providencia. Y puesto que ahora se nos presenta abierto el camino de Avignon, hay que ir allá»,008

A mediados de 1847 empezaron las primeras peregrinaciones a Avignon.

Por este tiempo le escribía el P. Chevrier: «No hagamos nada por nuestra propia iniciativa. Dejemos obrar a Dios. Todo lo que yo he hecho ha sido siempre deshecho. Dios sólo hace a las almas. No nos precipitemos… Trabajarás mucho..., te agitarás mucho..., escribirás mucho..., llamarás a muchas puertas... y no harás gran cosa; sin embargo, de todo esto saldrá algún bien... Serás un judío errante. Tu misión será sembrar cinco años, seis años y más. Indicarás ideas y otros las completarán... Sigue tu vida errante. Sé el perrito de guarda de la Eucaristía. Dios dará a su tiempo las personas necesarias. ¡Adelante, pues, a pesar de todo, y valor!»

Estas palabras, que compendian la vida errante y llena de contradicciones de Emilia, fueron como la despedida y el testamento del santo P. Chevrier, que murió poco después.

Siguieron las peregrinaciones eucarísticas de Ars y de la Vendée. En la primera de éstas, Emilia habló de sus proyectos a Monseñor Mermillod, quien le dijo: «Es preciso un Congreso Eucarístico para el estudio de estas ideas y el desarrollo de estas Obras». Y esta fue la primera vez que se habló de Congresos Eucarísticos, como medio para restablecer el reinado social de Jesucristo.

No es posible enumerar siquiera todos los viajes, todas las contradicciones y hasta los fracasos que tuvo la Obra hasta la celebración, con la aprobación y bendición de Su Santidad León XIII, del primer Congreso Internacional Eucarístico, celebrado en Lille (Francia) del 28 al 30 de junio de 1881. En él estuvieron representadas Italia, España, Austria, Suiza, Bélgica, Holanda, Méjico, Valparaíso, Chile y casi todas las diócesis de Francia.

A partir de esta fecha, los Congresos Internacionales se han sucedido periódicamente. En estos ochenta y dos años se han celebrado treinta y cinco en las siguientes ciudades y años: Lille, en 1881; Avignon, 1882; Lieja, 1883; Friburgo, 1885; Tolsa, 1886; París, 1888; Amberes, 1890; Jerusalén, 1893;

Reims, 1894; Paray-le-Monial, 1897; Bruselas, 1898; Lourdes, 1899; Angers, 1901; Namur, 1902; Angulema, 1904; Roma, 1905; Tournai, 1906; Metz, 1907; Londres, 1908; Colonia, 1909; Montreal, 1910; Madrid, 1911; Viena, 1912; Malta, 1914; Lourdes, 1914; Roma, 1922; Amsterdam, 1924; Chicago, 1926; Sydney, 1928; Cartago, 1930; Dublin (Irlanda), 1932; Buenos Aires (Argentina), 1934; Manila (Filipinas), 1936; Barcelona, 1952, y Munich, 1960.

¡Magnífica epopeya eucarística, cuyas estrofas se van desarrollando, de año en año, en diferentes lenguas y bajo diversos cielos hasta envolver la redondez de la tierra!... ¡Magnífica epopeya, que tuvo su primera nota en un corazón muy pequeño, muy humilde, pero que supo sacrificarse mucho y amar mucho más!...

¿Y cuándo le llegará su turno a nuestra pobre patria? ¿Dónde estarán las almas mejicanas —¡una siquiera! —, muy humildes, muy pequeñas pero que a fuerza de pureza de amor y de sacrificio arranquen del cielo esa gracia magna: el reinado social y nacional de Cristo-Rey en Méjico?...

CAPÍTULO VI

UNA SANTA DE ONCE AÑOS[41]

(1911 a 1922)

«Habrá santos entre los niños». (Palabras de S. S. Pío X).

LA Eucaristía ha sido siempre en la Iglesia de Dios la fuente de la santidad y el secreto del heroísmo. Así que el renacimiento eucarístico inaugurado por el Santo Papa Pío X, por sus decretos sobre la Comunión frecuente y sobre la Comunión temprana de los niños, debía producir, como ha producido en verdad, toda una floración de almas santas y de virtudes heroicas. Y esto de una manera especial en los niños, cuya inocencia facilita admirablemente el trabajo de la gracia, ya que no encuentra ésta los obstáculos que más tarde acumulan las miserias de la vida. Por eso, cuando el Papa de la Eucaristía abrió las puertas del Sagrario a los pequeñuelos que tenían hambre de ese Pan divino, dijo estas palabras proféticas: *Habrá santos entre los niños.*

Entre las muchas almas infantiles santificadas por la Eucaristía descuella el alma cuya historia vamos a narrar breve y sencillamente.

Alguien ha dicho: «La santidad es el dolor, ¡pero el dolor que ama![42]». Tal es la clave que explica la santidad de esta alma privilegiada. El dolor mensajero divino que desde muy temprana edad vino a visitarla la enseñó a amar a Jesús; el amor de Jesús la enseñó a sufrir, y supo velar su sacrificio con un olvido de sí misma verdaderamente heroico, y supo embalsamarlo con el perfume de una sonrisa constante...[43]

* * *

---

[41] Conformándonos al decreto de Urbano VIII, declaramos que al usar de los términos de santa, heroicidad, milagro, etc., sólo lo hacemos en el sentido en que la Iglesia lo permite, sin tratar en manera alguna de prevenir su juicio.

[42] El P. Joseph Girard, subdiácono, muerto en olor de santidad el 15 de noviembre de 1921, después de una enfermedad que le tuvo veintidós años en cama.

[43] Véase R. P. LAJEUNIE, O. P., *Anne de Guigné* (Desclée, París, 1927).

ANA DE GUIGNÉ[44] nació el 25 de abril de 1911 en Annecy[45], en el castillo de la Cour, que se yergue a la orilla de un lago, en medio de espléndido panorama. Fue hija primogénita del conde de Guigné, y entre sus ascendientes pudo venerar a santos como San Luis, Rey de Francia[46], y a los hombres de la fe y del honor del general De Charette[47].

Es muy común pensar que los santos nacen ya santos y que no tienen el trabajo de hacerse a costa de penosos y prolongados esfuerzos; así discurrimos para disculpar nuestra falta de energía para vencernos y de generosidad para sacrificarnos. Nada más falso. «El que te creó sin ti —decía San Agustín— no puede salvarte —mucho menos santificarte— sin ti». La santidad es obra de la gracia ciertamente; pero sin nuestra correspondencia la gracia queda estéril, y esta correspondencia supone de nuestra parte vencimientos, esfuerzos, lucha.

Admirable prueba de lo que venimos diciendo es la vida de Ana de Guigné. Sin duda que Dios la había dotado de hermosos dones naturales: alma recta y leal, inteligencia viva y penetrante, voluntad tenaz, varonil, de rápida y firme decisión, sensibilidad exquisita; pero no menos notables eran sus defectos: el fondo de su carácter era la violencia, que fácilmente se convertía en una verdadera pasión, arrastrándola a cóleras irresistibles; demasiado personal, era voluntariosa, dominante, ingobernable, y su primer movimiento era la resistencia; naturalmente obstinada, no conocían obstáculos sus caprichos. Sentía verdadera necesidad de mandar, y siendo con mucho la más pequeña entre sus compañeros y compañeras de juego, se ponía a la cabeza del grupo y lo sabía manejar admirablemente. Apasionada en sus afectos, era muy celosa, a tal grado, que, siendo de menos de dos años, intentó golpear a su hermanito, no pudiendo soportar que el cariño de su mamá no fuera exclusivamente para ella. Era, en fin, orgullosa, altiva y hasta dura con los que no tenían la suerte de simpatizarle.

Comparada con sus hermanos (Jaime, Magdalena y María Antonieta), ella era, sin duda, la de carácter más difícil y de pasiones más vivas.

---

[44] En la intimidad le decían Nénette (pronúnciase Nenet).
[45] Annecy-le-Vieux (Haute Savoie) fue la cuna de la Orden de la Visitación, tan favorecida del Sagrado Corazón de Jesús. Su Monasterio de la Visitación guarda los restos de San Francisco de Sales y de Santa Juana de Chantal.
[46] La abuela materna de Ana, Magdalena de Bourbon-Busset, descendía en línea recta de Roberto, conde de Clermont, hijo de San Luis.
[47] Jefe de los suabos pontificios, el primer soldado que enarboló la bandera del Sagrado Corazón de Jesús en los campos de batalla.

Y, sin embargo, la gracia realizó en pocos años una admirable transformación, no sólo espiritual e interior, sino hasta física y visible. Para convencerse de ello bastaría comparar dos fotografías de Ana. Una, tomada a los dos años, revela los rasgos de su carácter: la mirada es penetrante y casi dura, y todo en su cabecita revela la fuerza, la voluntad, la decisión; el pliegue de sus labios es severo y parece que esa boca de niña no ha de abrirse sino para imponer un capricho o lanzar un reproche. En la otra, tomada seis años después, los rasgos se han suavizado de tal manera que ese rostro parece la encarnación de la dulzura y de la bondad. ¡La virtud de su alma parece exhalarse en esa sonrisa constante que apenas si se veló algunas veces en los momentos más terribles de su agonía!

El dolor iluminando y despertando el alma de una niña.

La muerte heroica de su padre viene a ser para el alma de Ana como una sacudida que la despierta, como una revelación que la ilumina y la orienta hacia las cumbres de la santidad.

El conde de Guigné fue un modelo de cristianos; excelente alumno de Saint-Cyr[48], salió de la Escuela militar con el grado de subteniente del 13 batallón de Cazadores alpinos. Más tarde, los deberes de familia le obligaron a abandonar la carrera militar y se dedicó a la administración de sus dominios, a estudios particulares, y sobre todo a la acción social. Fue un católico ferviente, un luchador incansable, un alma de apóstol, sin más deseo que servir a la Iglesia y a su patria.

En esto estalló la guerra... El conde de Guigné se alistó desde luego en las filas de los defensores de la patria, y su hogar, hasta entonces felicísimo, vino a enlutarse con aquella separación dolorosa, que bien podía ser definitiva... Anita contaba entonces tres años apenas; y al sentir el vacío que en el hogar dejaba aquel padre tan cariñoso y bueno, al ver el aire siempre triste e inquieto de su mamá tan querida, empezó a despertarse en su alma el deseo de ser buena para consolar...

Hacía tan sólo un mes que la lucha había comenzado, cuando el papá de Ana ya vuelve herido y verdaderamente desfigurado. Ana se constituye su

[48] Célebre Escuela militar de Francia.

graciosa enfermerita, prestándole todos los servicios de que era capaz. Apenas puede dar los primeros pasos, y el valeroso soldado vuelve al frente de la Somme. Dos días después escapa milagrosamente de la muerte, pero queda gravemente herido. Sale del hospital con las heridas todavía abiertas y va a terminar su curación en el castillo de la Cour. ¡Pocos días después vuelve a partir para el frente!

El 8 de febrero, el teniente De Guigné, movilizado, pasó unos momentos por su hogar. Ostentaba entonces en su pecho la Cruz de la Legión de Honor. Tres días más tarde era de nuevo herido. La herida, demasiado grave, exigió una operación difícil, que puso en peligro su vida. Lo internaron en el hospital de Lyon, y allá se transportaron su esposa y sus hijos para acompañarle. Todavía convaleciente, volvió a partir... El 3 de mayo de 1915 se despidió por última vez de los suyos, presintiendo que su muerte no podía tardar en medio de tantos peligros.

Llegó el 22 de julio de 1915, fecha del terrible asalto de la Crête du Linge. La víspera, el capitán De Guigné se había confesado. La mañana del ataque, durante ocho largas horas, las tropas sufrieron un formidable bombardeo; los obuses de grueso calibre, con horribles detonaciones, abrían brechas inmensas en las filas; la tierra temblaba; los heridos retrocedían del frente con los rostros febriles y sangrientos; nadie hablaba... De pronto pasa el capitán De Guigné, con la bayoneta calada, al frente de su compañía, a quien toca ahora dar la carga. «Al pasar delante de mí —escribe el capellán— me saludó con una sonrisa admirablemente tranquila...; tenía delante de mí al héroe de una epopeya, el alma más hermosa que he encontrado en esta guerra, en la que, sin embargo, el buen Dios le ha puesto tan admirable en mi camino». El capitán se lanzó por delante sobre el parapeto barrido por las balas. Ante su bravura y su desprecio de la muerte, toda su compañía, como un solo hombre, se lanzó para alcanzar la altura que debían ocupar. Pero muy pronto, cerca de la primera trinchera conquistada, fue herido en la cabeza...; dio todavía algunos pasos, y cayó muerto con la frente teñida en sangre...

«Nuestro querido Jaime —escribía de él el religioso que dirigió su juventud y su edad madura— era digno de que Dios lo arrebatara en flor, una flor blanca que se tiñó en sangre...; fue una víctima escogida, y cada día, sobre mi altar, la uno a la Hostia de expiación...»

La noticia de su muerte llegó al castillo de la Cour el 29 de julio, a las nueve de la noche. Ana la supo a la mañana del día siguiente, al despertar... «La luz sobre las aguas del lago y sobre las rocas de las montañas era viva y jubilosa...; en los árboles del parque las aves cantaban y en los prados las flores ostentaban sus corolas y esparcían sus perfumes... Pero bajo aquel límpido cielo de Francia, la huerfanita no volvería a ver jamás la imagen amada de su padre..., no volvería a sentir sobre su frente la caricia de sus ósculos...; aquella voz rica y sonora no volvería a hacer vibrar su corazoncito...; aquella dulce mirada, aquella sonrisa bondadosa no volvería jamás a iluminar el horizonte de su hogar...» Esta desgracia impresionó a Anita hondamente. «Me miraba —escribe su mamá— con una mirada llena de tristeza, y lloraba conmigo y me cubría de caricias...»

La lucha en un alma de niña.

Como todos los santos, el alma de Anita creció en el dolor y por el dolor. Cuando el dolor trabaja y modela a un alma, lo primero que hace es desprenderla de la tierra, dulcificarla y despertar en ella la esperanza: «la esperanza es la virtud del dolor». El pensamiento práctico del cielo, donde su corazoncito buscaba a su padre, fue ciertamente para esta alma el punto de partida de toda una nueva orientación.

Por otra parte, viendo sufrir a su mamá, nació en su buen corazón la necesidad de consolarla, y para consolarla se esforzó en ser buena. Y así, Anita empezó a orar mejor, a hacer pequeños sacrificios, «para que mamá —decía— sufra menos», y se aplicó con toda la energía nativa de su voluntad a evitarle aun la menor pena, a complacerla en todo, a consolarla por su virtud. No podemos imaginarnos las gracias que atrajo sobre su alma la práctica de los pequeños sacrificios, inspirados ya por un gran espíritu de fe. Porque el pensamiento de Dios animaba aquella piedad filial y el Espíritu Santo comenzaba a invadir secretamente a aquella alma escogida. Y así fue realizándose una transformación, primero, misteriosa, pero que pronto fue visible para todos: la niña, antes dominante y colérica, se fue haciendo sumisa y dulce, y aquel corazón, antes tan celoso, ya no atendía sino a las penas de los demás.

A partir de este momento, Anita «nada rehusó a Dios».

La primera Comunión.

El deseo de hacer su primera Comunión vino a dar un nuevo impulso a la vida interior de Ana. No nos imaginamos qué vivo es en las almas puras de los niños el sentimiento de la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía; porque Dios se revela a la inocencia y no a la ciencia vana. «Estoy admirada de su inteligencia —escribía de Ana su mamá el 28 de junio de 1915 —; me habla a menudo de su primera Comunión y sobre todo me pide que le hable de ella. Con frecuencia me sorprenden sus respuestas». Y a medida que pasaba el tiempo, el deseo de la Comunión hacía vibrar más intensamente el corazón de Ana.

No tenía todavía cinco años cuando empezó a asistir, con gran contento de su parte, al catequismo que unas religiosas daban en la población vecina de Cannes, para prepararse a su primera Comunión.

«Su atención, llena de respeto, admiraba a sus compañeras (varias de ellas contaban ocho y diez años), así como la inteligencia de sus respuestas. Cuando nadie podía responder a alguna pregunta, todos los ojos se volvían instintivamente hacia Ana, que con su vocecita infantil resolvía luego la cuestión. "¡Esta niña lo sabe todo!", decía admirada una niña de nueve años»[49].

Esta ciencia le venía de Dios, que se la daba a su alma pura, porque la niña se esforzaba no sólo en preparar su inteligencia, sino sobre todo su corazón para recibir a Jesús. Y así, todo lo que aprendía en el catequismo trataba luego de ponerlo en práctica, pues quería a toda costa preparar «una hermosa morada en su corazón a su amado Jesús».

Un rasgo lleno de ingenuidad nos lo va a probar. Se acercaba la Navidad y la religiosa exhortaba a las niñas del catequismo para que le prepararan al Niño Jesús una cuna muy blanda, un «colchoncito muy suave». Ana no comprendió que la religiosa hablaba en sentido figurado, y se puso a sollozar. «¡Y yo que no sé coser!», decía. Pero luego se tranquilizó cuando le explicaron que su corazón era el que debía preparar con muchos pequeños sacrificios para que fuera la cuna del Niño Jesús. Y desde luego puso manos a la obra con un fervor admirable y una constante fidelidad, a tal grado que de ella pudo darse

[49] Testimonio de la R. M. St.-R.

un testimonio semejante al que de sí misma dio Santa Teresa del Niño Jesús: «Nunca vi que Ana (desde esa época) rehusara el menor sacrificio».

Hizo entonces su primera confesión. Recomendándole que no se fuera a intimidar, contestó: «Hablaré al Padre con mucho respeto; pero ¿por qué le había de tener miedo? ¿No tiene el sacerdote el lugar del Buen Jesús ?»

Se acercaba el día de la primera Comunión; pero ante una dicha tan deseada se presentó un obstáculo imprevisto. Cuando le presentaron al Excmo. Sr. Obispo la lista de las niñas que iban a hacer su primera Comunión, suprimió a Anita porque sólo contaba cinco años... Hablaron en su favor, y finalmente lograron que su excelencia cediera, a condición de que la niña pasara con éxito un severo examen que el Superior de los Jesuitas debía hacer en persona.

Todos temían menos ella: había orado con tanta confianza al Espíritu Santo, que estaba segura de que Él le ayudaría. El Padre interrogó a Anita sin servirse del texto; la niña respondía a todo con decisión, precisión y claridad. Quiso después hacer una excursión por la conciencia de la niña y le preguntó cuáles eran sus defectos principales. «El orgullo y la desobediencia», contestó con sencillez. Vino entonces la lección de moral: era absolutamente necesario obedecer; ¿el mismo Jesús no obedece para darnos ejemplo?

—¿Cuándo obedece? —preguntó el Padre.

—En la Misa, en el momento de la consagración.

—¿A qué palabras obedece?

—«Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre».

Después se trató de los sacramentos.

—¿Cuáles has recibido? —preguntó el Padre.

—El Bautismo y la Penitencia.

—¿Cuáles recibirás?

—La Eucaristía y la Confirmación.

—¿Y más tarde?

—Quizá el Matrimonio —dijo Ana con aire decidido.

—¿Y el Orden?

—¡Oh!, Padre mío, el Orden, eso usted...

El Padre estaba encantado de sus respuestas, tanto que el examen se prolongó más allá de toda previsión. Al salir, el examinador dijo a la mamá de Anita estas notables palabras: «No solamente está dispuesta, sino que deseo

para usted y para mí que tengamos siempre el grado de instrucción religiosa que tiene esta niña...»[50].

Podía, pues, ir a Jesús, que la atraía tan tiernamente, tan irresistiblemente; tenía hambre del Pan de los ángeles, porque como ellos era pura, como ellos amante. Siguió con perfecta atención y lucidez los Ejercicios de preparación. ¿Cuáles fueron entonces sus pensamientos y promesas? Dios lo sabe, pero se podían adivinar por el fervor que irradiaba aquella alma inocente, verdaderamente enamorada de Jesús. Durante los Ejercicios y después se le vio hacer esfuerzos constantes por obedecer, «La obediencia es la santidad de los niños», repetía el predicador de los Ejercicios, poniendo como modelo a Jesús. Anita se aplicó desde ese momento a una imitarle y tuvo la dicha de reproducirle después con rara perfección.

«La víspera del gran día estaba radiante de gozo —dice la religiosa que la preparó—. Sin embargo, por la tarde una sombra de tristeza veló su frente. Preguntándole la causa, contestó: «Papá no estará allí mañana...» Pero cuando le aseguraron que papá desde el cielo sería testigo de su dicha, y que comprendiéndola en toda su extensión gozaría más que nadie, recobró toda su alegría. «¡Oh, entonces, qué feliz soy!»

Esa Comunión tan deseada tuvo lugar el 26 de marzo de 1917, en la capilla de las Religiosas Auxiliadoras de Cannes. El recogimiento de Ana era visible; se la sentía ya como perdida en Dios... «¿Qué le pidió a Jesús —nota un testigo ocular de aquella conmovedora escena—, qué le prometió a Jesús? Es un secreto; pero el Salvador divino debe haberse revelado a esa alma privilegiada».

En un pedazo de papel se encontraron más tarde estas palabras que Ana había escrito y que manifiestan algo de sus sentimientos íntimos: «¡Quiero que para Jesús mi corazón sea puro como una azucena!»

Los frutos de la primera Comunión.

La primera Comunión fue el gran acontecimiento de la vida de Ana: la Eucaristía vino a dar un impulso decisivo a sus virtudes nacientes. En el exterior, Ana era la niña más sencilla y amable, modesta y candorosa, recta,

[50] No se trata de la cantidad de esa ciencia infantil, sino de la calidad que le venía de una inspiración íntima del Espíritu Santo.

llena de generosidad, aplicada a sus pequeños deberes, a sus juegos, a sus humildes trabajos, al afecto de los suyos. Ninguna acción brillante acreditó su virtud: nada en su vida excedió a las fuerzas de su edad; pero en su corazón Dios realizó maravillas.

En la vida espiritual, la gran fuerza, por parte del hombre, es la voluntad; pero como esta facultad es ciega, para que el amor la anime es preciso que la ilumine la verdad. Por eso las almas más fervorosas son las que más empeño tienen en conocer sus deberes.

La virtud de Ana tuvo como punto de partida esta verdad, banal para muchos cristianos, pero que ella supo tomar en serio y notó cuidadosamente en su libreta de apuntes espirituales: «Es necesario salvar nuestra alma. Nuestro cuerpo viene de la tierra, pero nuestra alma viene de Dios y debe volver a Dios, su Creador».

Persuadida, por otra parte, de que la voz de la conciencia es la voz de Dios, puso todo su empeño en escucharla y seguirla. Y así, después de poner como base el último fin, escogió como medio para alcanzarlo el más necesario y eficaz: la fidelidad al deber y la vigilancia del corazón. En sus notas espirituales se puede seguir paso a paso el trabajo de su santificación. Escribía al principio de unos Ejercicios: «Cuando más le hable a Jesús, más me responderá. Ahora me va a hablar por el sacerdote, por los consejos que va a dar; pero, sobre todo, me va a hablar en el fondo del alma por la gracia. El buen Dios me dirá: Te quiero más obediente; no te quiero vanidosa: si lo eres a tu edad, ¿qué será más tarde?» Y en otro lugar: «Es necesario tener un gran respeto a la presencia de Dios. Es necesario respetar a Dios y a los padres, hacer todo lo posible por complacerlos, amarlos con todo el corazón, prestarles todos los servicios posibles...» «Una niña que desobedece a sus padres y a sus maestras, que es caprichosa, celosa, perezosa, en todo eso servirá mal al buen Dios y no hará su voluntad».

Precisa también el programa de sus Ejercicios espirituales: «Es necesario: 1.°, la limpieza (del alma), que consiste en evitar el pecado; 2.°, los vestidos convenientes, o sea, el cumplimiento de nuestro deber; 3.°, los adornos, que son las buenas acciones que hacemos sólo por nuestra voluntad»[51].

[51] Obras de «supererogación».

Hay un contraste admirable entre su ortografía infantil —una ortografía que tropieza a cada palabra, casi a cada sílaba— y la seriedad y precisión de sus notas.

Su gran atención a las inspiraciones de la gracia, su respeto a la presencia de Dios en su alma, la impulsaba a instruirse aun en sus más pequeños deberes. Necesitaba a toda costa saber cómo debía obrar «para complacer al buen Jesús».

Cuanto más se estudia la vida de esta niña, más se admira su fuerza de voluntad. Ana quiso. «¡Quiero imitar al buen Jesús!», escribía en abril de 1921. No dijo: deseo, debo; sino «¡quiero!» «Para copiar mi modelo, el Niño Jesús, quiero al fin del día contar mis victorias. Ofreceré al buen Dios un esfuerzo, si me parece el tiempo largo...» El pensamiento está incompleto, pero fácilmente se adivina; cuando se trataba de cumplir sus deberes, muchas veces le parecía el tiempo largo y le venía el deseo de seguir la inclinación de su naturaleza, de irse a reír y a jugar como los demás; pero quería y ofrecía a Jesús aquel esfuerzo para continuar.

Porque a todo trance quería llegar a la perfección: «Es necesario que esté resuelta a llevar a mi alma por el mejor camino».

«Mi alma está destinada para el cielo —escribía en otra ocasión—. Se gasta mucho tiempo en la *toilette* del cuerpo y poco en la del alma... Mi alma está hecha para la vida eterna, infinitamente feliz o infinitamente desgraciada. El buen Dios quiere que sea eternamente feliz. Esto depende de mí. Ni mi mamá puede hacer este trabajo en mi lugar».

A los nueve años escribía su resolución de imitar en todo a Jesús: «¿Qué medios tomar? Combatir los obstáculos, lo que impide que Jesús crezca en mí: mis defectos, esa inclinación al orgullo, a la pereza... Por tanto, necesidad para mí de luchar todos los días».

«Si mi cuerpo tiene necesidad de alimento, lo necesita también la vida de mi alma. ¿Cuál es este alimento? Todo lo que es verdadero, hernioso y bueno, todo lo que he aprendido en el regazo de mamá».

* * *

El alma de Ana de Guigné, despertada en temprana edad a la vida espiritual por un dolor prematuro e impulsada poderosamente a adelantar en ella

por la primera Comunión tan bien preparada y recibida, la tenemos ya en pleno desarrollo espiritual.

Conviene ahora estudiar los rasgos característicos de su espiritualidad, es decir, los medios de que se sirvió, inspirada sin duda por el Espíritu Santo, para llegar a la perfección que tan pronto la maduró para el cielo. Podemos distinguir dos principales: la Cruz y la imitación de Jesús-Niño.

Por el camino regio de la Cruz.

Como todos los santos, Ana se santificó por la Cruz, es decir, por el renunciamiento, la mortificación, el sacrificio. Comprendió que para adelantar siempre es preciso sacrificarse siempre, y se aplicó a no perder una sola ocasión de sacrificarse por el amor de su Dios.

Pero no nos vayamos a figurar que se entregó a penitencias extraordinarias ni a mortificaciones exageradas. Esta niña creció siempre en la paz, con una fuerza cada vez más ponderada, en una sabiduría cada vez más serena. Una de las cosas más admirables en ella es la armonía, el orden, la ponderación, pero la ponderación en la energía. La actividad ardiente de esta alma iba encaminada toda a Dios, pero por las acciones más sencillas. Practicó de una manera genial y como instintiva esa doctrina espiritual que San Francisco de Sales hizo tan atractiva y que ha popularizado por todas partes Santa Teresa de Lisieux. «No es la multiplicidad de las cosas que hacemos lo que nos hará llegar a la perfección —escribía el Obispo de Ginebra—, sino la perfección y la pureza de intención, con la cual las hagamos. Purifiquemos más bien nuestra intención, a fin de que haciendo todo por Dios, por su honor y gloria, no esperemos sino de Él solo la recompensa»[52].

La Santa de Lisieux escribía a su vez: «Lejos de semejarme a esas almas escogidas que desde su infancia practicaron toda clase de maceraciones; hacía consistir únicamente las más en contrariar mi voluntad, en reprimir una palabra de réplica, en prestar pequeños servicios en torno mío sin darles importancia, y otras mil cosas de esta especie. Por la práctica de estas pequeñeces me preparaba para desposarme con Jesús».

[52] Tome VI, *Entretiens*, pp. 227-263.

Tal fue la vida de Ana: aprendió a quebrantar su propia voluntad, a practicar constantemente esa caridad que se sacrifica por todos, a cumplir perfectamente los más pequeños deberes: esa fue toda su penitencia, pero una penitencia que envolvió toda su vida como un cilicio.

Sin duda que le sugirieron métodos, ya enseñándole a llevar la contabilidad de sus pequeños sacrificios, ya dibujándole árboles con las ramas desnudas y que ella debía cubrir de hojas, representando un sacrificio cada hoja; pero es indudable que sólo la inspiración de Dios pudo hacerla entrar en este camino desde tan tierna edad. Ni era posible que comprendiera, como comprendió, la delicadeza infinita de las exigencias de la gracia, sin una luz divina, la luz del don de Ciencia que le mostraba en sus menores detalles todo lo que se oponía al desarrollo del santo amor en su alma. Tampoco se puede explicar sin el don de Fortaleza esa continuidad en el renunciamiento, que fue otra de las hermosuras de su vida. «Nunca dejó pasar una ocasión de renunciarse». «Jamás vi a esta niña que rehusara hacer el menor sacrificio». «Sus penitencias y sus mortificaciones eran de todos los instantes, porque no dejaba pasar una ocasión de sacrificarse». «Después de su primera Comunión hizo tantos sacrificios, que sería imposible contarlos en el cuadernito donde los anotaba». «Su olvido de sí misma era notable; por más que le haya costado mucho, no vivía sino para los demás. Muy pequeña todavía comprendió que renunciarse era lo mejor...» Tuvo siempre que resistir a los atractivos de una vida fácil, a las seducciones de una vida muelle. ¡Cuántas veces tuvo que contradecir sus gustos para satisfacer los de su hermano o los de sus hermanas! Y para ocultar su vencimiento, decía sonriendo: «Eso no vale la pena; no es nada...»[53].

Bien se comprende que semejante vida no podía llevarse sin un gran esfuerzo; sin embargo, rara vez se manifestó al exterior en esta admirable niña la lucha que sostenía constantemente en su interior. Un día que renunció a un paseo por acompañar a su hermanito enfermo; otra vez que la llamó su mamá cuando estaba muy atareada en armar unas muñecas de cartón para sus hermanitas, y, finalmente, en una ocasión en que su hermanito la llamó para que le sirviera de caballo, juego que la fatigaba mucho, fueron las únicas veces en las que vieron a Anita titubear un poco ante el sacrificio.

[53] Diferentes testimonios de testigos muy íntimos de su vida.

Más todavía; «al principio, cuando se sacrificaba, decía: *hago el sacrificio de*...; después, cuando fue creciendo en virtud, procuraba, al contrario, que sus sacrificios pasaran inadvertidos. Si la observaban, un ligero rubor coloreaba sus mejillas, pero no decía nada; y al fin de su vida se vencía con tal naturalidad que era imposible darse cuenta»[54].

Levantarse del lecho para esta niña tan débil y friolenta era muy penoso; y todos sabemos por propia experiencia lo que esto cuesta. Sin embargo, nunca cedió a la pereza, y al momento que la despertaban se arrancaba valerosamente a los atractivos del sueño y empezaba su día con un sacrificio.

Un día sorprendieron esta conversación de los niños: «Esta mañana..., ¡qué trabajo para levantarnos! La señorita se vio obligada a despertarnos varias veces y aun a ayudarnos a salir del lecho. Sólo Nénette se levantó inmediatamente». Y así era siempre.

Hay algunos deberes escolares especialmente penosos para los niños. Para Ana ofrecían particular dificultad los de cálculo y ortografía. Pues bien, a ellos se dedicaba más que a los otros, «para ofrecerle a Jesús aquel fastidio...»

Pero sobre todo tuvo que luchar sin tregua hasta conseguir esa dulzura que al fin de su vida fue inalterable. Una dulce sonrisa iluminaba su rostro y dejaba transpirar la paz de su alma. Pero esa suavidad fue una conquista sobre su naturaleza irascible y tuvo siempre que velar sobre su vivacidad.

Otro campo de lucha fue la gula..., tan propia de las niñas. Ana luchó hasta vencerse completamente. «Se privaba con frecuencia de golosinas y procuraba tomar para sí lo menos bueno». «Se ingeniaba hábilmente para privarse de algo; pero si alguna de las personas de la familia lo notaba y le decía que lo tomara, obedecía con sencillez».

* * *

El amor a la Cruz fue verdaderamente admirable a su edad. Parecía que el recuerdo de los sufrimientos de Jesús la acompañaban a todas partes. Una vez, por querer prestar un servicio, se quemó con ortigas. «¡Oh!, no es nada —contestó a las muestras de compasión que le daban—; mucho más sufrió Jesús por nosotros». Tenía apenas cuatro años cuando para curarle una gripe le

---

[54] Testimonio de su mamá.

aplicaron sinapismos, muy dolorosos a su edad: «Cuánto quema —decía, sin poder contener las lágrimas—; pero, mi buen Jesús, te lo ofrezco...» Otra vez la tenían en cama dolores reumáticos. «Pobre Nénette, ¿sufres?», le decía una amiguita que la había ido a visitar. «No; aprendo a sufrir», le contestó sencillamente.

Había resuelto ser carmelita «para la gloria de Dios», y desde luego quiso comenzar su noviciado de austeridad. «Sabes, mi carmelita —le decía a su hermana Marinette, que compartía su vocación—, sabes, es necesario que nos ejercitemos para entrar en el Carmelo». Y la exhortaba a hacer mil sacrificios impuestos por el deber o inspirados por el amor.

Varias veces, durante los inviernos rigurosos, se le partían las manos; la medicina que le aplicaban aumentaba los dolores. Durante largo rato se frotaba las manos, y preguntándola una vez el motivo, contestó con ingenuidad: «Porque así duele más».

No podía imponerse grandes penitencias, pero a veces se quemaba voluntariamente con ortigas, recitaba el rosario de rodillas y sin apoyarse, nunca escogía el juego en que debían divertirse, a pesar de ser la mayor, sino que se avenía siempre al gusto de los demás.

Por esa continua aplicación al renunciamiento y a la penitencia llegó, a pesar de sus pocos años, a un amor de Dios nada común y a una participación muy avanzada en el Misterio de la Pasión de Cristo. Solamente la Comunión a los sufrimientos de Jesús pudo haberle inspirado sentimientos que admiran por su elevación y su intensidad en una niña tan pequeña. Para consolar a su maestra le escribía:

«Bien podemos sufrir algo por Jesús que tanto sufrió por nosotros».

«Muchas alegrías podemos gustar sobre la tierra —decía en otra ocasión—; pero no duran: la que dura es la de haber hecho un sacrificio».

No tenía más de nueve años cuando declaró con una convicción profunda: «Una vida larga es un beneficio, porque nos permite sufrir mucho por Jesús...»

En pos de Jesús-Niño.

Cristo es el hombre universal, el modelo que debemos reproducir cualquiera que sea la edad en que nos encontremos, cualquiera que sea el estado que hayamos abrazado. Su santidad aparece desde luego en la humilde morada

de Nazaret, y vida más sencilla que la que vivió entonces el Hijo de Dios no puede concebirse; y, sin embargo, ocultaba la santidad que extasía a los ángeles del cielo.

Ana de Guigné tomó por modelo al Niño Jesús y se aplicó con todas sus energías a seguir las huellas del Dios Niño.

Inocencia.

Jesús aparece desde luego a nuestra fe con los rasgos de la inocencia, y la luz de su pureza es el primer atractivo que seduce a las almas.

Fue admirable en Ana de Guigné su amor a la pureza[55]. Tenía horror a las pequeñas faltas y las imperfecciones mismas le causaban profunda pena. Una vez inadvertidamente trabajó en día festivo, y al darse cuenta se puso inconsolable: la delicadeza de su conciencia era extrema. Cuando le acontecía caer en alguna falta, pedía perdón a Nuestro Señor con una pena tan viva y perseverante como sincera; se humillaba con los suyos y trataba de reparar su falta redoblando las atenciones de su ternura. «Me abrazaba de una manera encantadora —dice una amiga suya— cuando advertía que me había contrariado».

La confesión fue para Ana la gran fuente de pureza. «La confesión —escribía a la edad de nueve años— es un sacramento grande, muy grande. Nos proporciona gracias mucho más abundantes que las que teníamos antes; por eso debemos tener grandes deseos de confesarnos. Es necesario decir los pecados con mucha sinceridad; y después de haberlos acusado, y desde antes, debemos tener un gran pesar de haberlos cometido, porque por ellos se ha disminuido en nosotros el amor de Dios».

Y de hecho se confesaba con una seriedad y una atención que contrastaba con sus pocos años y la blancura de su alma[56]. «Cuando vino a confesarse por última vez (era el 1 de diciembre de 1921, víspera del primer viernes de mes) —escribe su confesor—, entré a la capilla en los momentos en que Nénette acababa su examen de conciencia, y lleno de admiración me quedé como clavado contemplando aquel espectáculo. Nénette oraba con las manos juntas y

---

[55] Hablamos de esa pureza de corazón que consiste en no admitir voluntariamente la mancha de ningún pecado, ni aun venial, y que rechaza, en cuanto es posible, aun toda imperfección.
[56] Testimonio de P. G...

los ojos cerrados, como de costumbre; pero nunca la había visto tan profundamente recogida. Parecía como si todo hubiera desaparecido para ella y su vida se hubiera concentrado toda en su interior. La volví a ver una o dos horas más tarde...; había recobrado su habitual sonrisa encantadora, con su alegría y su amabilidad para todos los que la rodeaban».

En sus minuciosos exámenes de conciencia no encontraba con frecuencia nada que reprocharse; pero no por eso se creía sin pecado. Tenía un sentimiento vivísimo de la miseria humana y su amor a la divina pureza le hacía descubrir en las menores faltas una fealdad insufrible. De aquí su contrición tan viva y sus deseos de acercarse al Sacramento de la Penitencia, de donde volvía cada vez «con una humildad más profunda, con un amor más ardiente, con una confianza más grande», a seguir trabajando en la gran obra de su santificación.

Pequeñez.

No nos damos cuenta de toda la magnanimidad que se requiere para permanecer constantemente fieles a todas las inspiraciones de la gracia, siguiendo en todo, aun en sus menores detalles, las mociones del Espíritu Santo. Como San Francisco de Sales, como Santa Teresa del Niño Jesús, éste fue el gran secreto de la santidad de Ana de Guigné: quiso, con una energía admirable, ser minuciosamente fiel en las cosas más pequeñas[57].

Esta niña comprendió desde luego que en el camino de la perfección no basta evitar el pecado, hacer penitencia, tener grandes deseos; es necesario avanzar positivamente[58]. «Entonces —escribe en el estilo espontáneo de los niños —, el último punto del ejercicio del alma es la práctica».

«Su perfección —escribe un testigo— se manifestaba mucho más en sus actos que en sus palabras. Sus conversaciones eran sencillas y más bien sobre sus pequeños deberes de cada día que sobre asuntos propiamente religiosos». «No trataba de aislarse con las personas mayores —atestigua otro—, y no se

---

[57] «Las grandes obras no están siempre a nuestro alcance, pero podemos a todas horas hacer pequeñas excelentemente, es decir, con mucho amor». «No es la obra la que nos hace merecer, sino el amor de caridad con que la hacemos» (SAN FRANCISCO DE SALES, Oeuvres, t. VI, p. 243), Y éste es todo el principio de la espiritualidad de Santa Teresa del Niño Jesús.

[58] Pocos evitan este error; piensan que son perfectos con sólo evitar el pecado, olvidando que la perfección está en Dios y que no nos acercamos a Dios sino con actos de virtud, y principalmente por el ejercicio del santo amor.

distinguía en nada de los otros niños, si no es en el gran cuidado que tenía de hacerlo todo con perfección».

He aquí otros testimonios: «Tomaba cada cosa por lo que era y aportaba a cada acción el cuidado y la atención que merecía». Comprendió «que todo sobre la tierra puede ser un medio para llegar a Dios». «Se aplicó a hacer eterno todo lo que pasa, a animar toda su vida con una intención sobrenatural, a buscar ante todo la gloria de Dios: hacía sus más pequeños actos con la mayor perfección posible y se aplicaba constantemente a hacerlos mejor. Hacer cada cosa lo mejor posible, tal fue su ideal constante».

Era, pues, muy sencillo el secreto de su santidad: «Buen Jesús, te la ofrezco», decía interiormente en cada una de sus pequeñas acciones. Era como una necesidad de su corazón, porque vivía en la presencia de su Padre celestial y nada le costaba cuando se trataba de probar su amor. «Cuando no tengas valor para trabajar —aconsejaba a una de sus amiguitas—, cuando el trabajo te sea duro, piensa en ofrecerlo al buen Dios. ¡Es necesario ofrecerlo todo! Nada cuesta cuando se ama. Nuestro trabajo es un obsequio que le hacemos al buen Jesús».

«Como para los santos, no había para ella sino una preocupación: poseer a Dios; un solo deseo: contemplarle; un solo temor: ofenderle».

Obediencia.

Le habían enseñado a Ana que la obediencia es la santidad de los niños, que Jesús se había sometido a sus padres y había obedecido hasta la muerte, que era necesario obedecer como Él —cuando a la voz del sacerdote viene a nuestros altares—, sin réplica y sin tardanza. Y toda su vida trabajó para practicar estas enseñanzas. La virtud de la obediencia se encuentra siempre a la cabeza de todas sus resoluciones: «¡Oh mi querido Niño Jesús!, quiero ser siempre muy obediente y hacer siempre muy bien mis oraciones», prometía al hacer sus primeros Ejercicios. Al año siguiente: «Quiero tomar la resolución de ser muy obediente, hacer bien mis oraciones y tener paciencia».

Este amor a la obediencia se revela en toda su vida, aun en preguntas de encantadora ingenuidad. Habiendo oído decir que los Misioneros deben traer la barba crecida, preguntó candorosamente: «¿Y qué harán para obedecer, si no quiere crecer la barba?»

«Nunca la vimos, cuando le mandaban alguna cosa, preguntar el motivo; siempre obedecía pronta y alegremente».

Un testigo de su virtud no recuerda haberla visto vacilar ni una sola vez, cuando la obediencia le mandaba alguna cosa; nunca la oyeron murmurar ni discutir ni hacer objeciones, y aun en el sueño parecía continuar su preocupación de obedecer, pues a veces, según el testimonio de su madre, se le oía murmurar: «Sí, mamá; sí, mamá».

Y para comprender todo el mérito de su obediencia y todo el vencimiento que suponía, no debemos olvidar, como vimos al principio, que su naturaleza era de suyo viva, independiente y hasta rebelde.

Dulzura y humildad.

Cuando Jesús nos reveló el secreto de su alma, nos dijo que «era dulce y humilde de Corazón». ¿Por qué misteriosa simpatía, Ana llegó a ser también, como Jesús, dulce, humilde, oculta y pobre en medio de la riqueza?

Al principio le costaba a su naturaleza dominante desaparecer; pero llegó a adquirir la costumbre de no reclamar nada para sí, y cuando involuntariamente la olvidaban, su carita reflejaba viva alegría.

Llevada por el peso de su virtud, pero con una sencillez encantadora, ponía siempre a los demás por delante, secundando sus iniciativas, sosteniendo sus empresas, tomando para sí el papel más ingrato, y cuando el éxito coronaba sus esfuerzos, era feliz en desaparecer...

La sencillez de Ana era exquisita; buscaba con rectitud y miraba en todo a Dios, y perdida en la contemplación de las hermosuras que se revelaban a su alma, no sospechaba siquiera el encanto de su distinción y de su virtud.

Nunca se excusó; en una ocasión, una persona que la conocía mal la acusó de haber dicho una mentira. Ana, que tenía horror especial a este pecado y que nunca mentía, se puso encendida, pero no dijo palabra..., y guardó para sí su pena y su confusión sin justificarse.

La religiosa que dirigía el Catequismo en Cannes, muy observadora por otra parte, testifica que nunca le sorprendió un movimiento de vanidad, si no es una sola vez, muy al principio, en que la sorprendió viéndose en un espejo. Ana confesó con ingenuidad que se encontraba hermosa. Le advirtió la religiosa que la hermosura viene de Dios y que no debernos abusar de sus dones

complaciéndonos vanamente en ellos. Ana se afligió sinceramente de su debilidad y a partir de ese día, sin descuidar el aseo y la corrección debida, no se preocupó más de su *toilette*.

Por amor a la pobreza daba siempre a los demás lo mejor y lo más hermoso, y con mucha destreza dejaba para sí lo más vil, siempre contenta con poco, ahorrando todo para lograr hacer algún presente a los pobres. «Parece que ha hecho los tres votos», observaba un testigo de su vida.

Una niña tan delicada, tan fiel en hacerlo todo bien, tan enemiga de las menores faltas y de toda mediocridad, tan generosa en la expiación y tan ardiente en el amor a Jesús crucificado, llegó rápidamente a una pureza de alma incomparable.

«Inocencia, sencillez, docilidad perfecta, espíritu de sacrificio —escribe la misma religiosa—, ¿qué más se necesita para atraer las miradas del Señor? Entre Jesús y Ana hubo divinos contactos que se tradujeron al exterior por virtudes excepcionales en una niña de su edad. En adelante, ya no sólo admiraron sus compañeras sus respuestas tan acertadas, sino su olvido de sí misma, su amable caridad, su piedad, sus modales tan dulces y encantadores; y todas querían sentarse cerca de ella, «la más gentil» de todas las niñas del Catequismo. Ana, extrañada, preguntaba a su mamá: «Mamá, ¿por qué todas las pequeñas del Catequismo se quieren sentar cerca de mí?» «Porque son buenas, hijita, y quieren mostrarse amables». Y la niña quedaba muy convencida, admirando la caridad de las demás».

«Era pura como un ángel —decía una de sus íntimas amiguitas—; no se la podía contemplar sin sentir el deseo de ser buena y sin pensar en Dios...»

La vida mística en el alma de una niña.

Que no parezca exagerado hablar de vida mística tratándose del alma de una niña[59]. Extraño sería más bien lo contrario, pues ¿cómo podría el Espíritu

[59] Los teólogos aseguran que la entrada en la vida mística, que en los adultos va precedida de una preparación larga y dolorosa, en los niños es mucho más sencilla y rápida. «Este sufrimiento de los principiantes —dice el P. De la Taille— se les ahorra a los niños, a quienes Dios previene con la gracia de la contemplación; porque, fresca y reciente, su alma no ha contraído todavía hábitos que liguen el ejercicio de los dones y oscurezcan la luz de la fe: no hay, pues, desgarramientos que operar ni fibras vivientes que romper. De ahí una más rápida ascensión en esta luz. Qué importante es, por consiguiente, que los niños reciban al Espíritu Santo cuando pueden aprovechar mejor sus dones, es decir, cuando han legado a la edad del conocimiento de Dios; y qué importante es también que reciban la Eucaristía a la misma edad, porque la

Santo dejar de poseer plenamente a un alma que como la de Ana de Guigné se había entregado a su acción divina plenamente?

En el alma de Ana la acción del Espíritu Santo no podía encontrar obstáculo, pues era un alma inocente, angelical, donde la mirada más observadora no pudo descubrir —al final de su vida— ni la sombra de una infidelidad plenamente deliberada, donde las mismas faltas de fragilidad eran en extremo raras.

Por otra parte, Ana se había ejercitado en las virtudes, mostrándose siempre gozosa, caritativa, servicial, obediente, inmolada; y esto en todas partes, sin desmentirse nunca, con una constancia y una continuidad de esfuerzo que rayaba en heroísmo.

Por eso no es de extrañar, lo repetimos, que el Espíritu Santo haya llevado el alma de esta niña a una perfecta unión con Dios.

Su vida de oración.

Los principios de su vida de oración nos parece que se encuentran en la avidez con que procuraba instruirse en las verdades de la fe, ya en los Catequismos de Canne y de Annecy, que despertaban en ella un interés muy por encima de sus pocos años; ya en su hogar, donde su mamá acostumbraba referirle cada día algún rasgo edificante tomado de la vida de los Santos, o bien alguna parábola del Evangelio, seguida de una enseñanza moral; y, finalmente, en los sermones que oía con vivo interés y rara comprensión.

Pero este conocimiento de las verdades de la fe no quedaba estéril; en Ana, la voluntad seguía a la inteligencia y la «ciencia se convertía en amor». Cuanto más conocía al Dios de su corazón, tanto más su corazón se daba a Dios. Muy pronto su piedad llegó a la madurez, pero sin dejar de ser sencilla, fresca, infantil en su confianza. Sus prácticas exteriores de piedad eran pocas: oraciones de la mañana y de la noche, santa Misa, Comunión, rosario; y a lo largo del día, jaculatorias y momentos de recogimiento en que su alma se

---

Eucaristía es propiamente el sacramento de la caridad, y ésta es la que inicia la contemplación. Por eso se ve con sorpresa, aunque debiéramos esperar que fuera así, que los niños reciban de la primera Comunión precoz una afluencia de dones divinos, como muchos adultos, aun piadosos y ejemplares, no lleguen a disfrutarlos en todos los días de su vida» (*L'oraison contemplative*, página 27).

estrechaba o se fijaba en Dios. Pero ¡con qué cuidado hacía todo esto! «Siempre sentí en ella un alma que oraba», ha dicho alguien.

Su recogimiento era tan verdadero y espontáneo y tan en armonía con el movimiento interior de su alma hacía Dios, que conmovía sin llamar la atención. En el momento de orar se la veía entrar en sí misma, juntar las manos y elevar los ojos un momento, como buscando a Dios, y bajarlos después; una ligera sonrisa iluminaba entonces su fisonomía, que tomaba una expresión de felicidad y de paz… Se sentía que hablaba con Dios.

Sus amistades del cielo.

Otra de las manifestaciones de su vida de oración era su trato íntimo con los ángeles y los santos. Amaba tiernamente a Santa Inés por su pureza y su amor a Jesús; también la atraía Santa Juana Francisca, y cuando tenía la suerte de ir a orar cerca de sus reliquias, en la Visitación de Annecy, se la veía sumergirse en una conversación íntima con la querida santa. Pero parece que sus preferencias eran para Santa Teresita del Niño Jesús; experimentaba viva alegría contemplando su imagen, e inspirada en sus ejemplos, se esforzaba en seguir su «caminito» de confianza y de amor. Amaba a los ángeles con un amor, por decir así, fraternal, y tenía una confianza sin límites en el ángel de su guarda. Pero más que a los ángeles y a los santos, amaba a su Reina. Su devoción a la Santísima Virgen tuvo un carácter especial: cosa rara a su edad, tuvo como una intuición de los dolores de María, y por eso la amó sobre todo como Dolorosa.

El primer sábado de cada mes la veían más atenta aún en evitar las más pequeñas faltas para honrar a la Santísima Virgen; «es su día», decía con visible contento. Su devoción tenía invenciones graciosas y aun austeras; durante el último mes de octubre que pasó en esta vida, tomó la resolución de ofrecer «rosas sin espinas», es decir, sacrificios aceptados alegremente. «¡Cuánto gusto tendrá papa —decía— de presentar ese ramillete de mi parte a la Santísima Virgen!»

Su amor a la Eucaristía.

Amaba tanto al «buen Jesús» —como ella lo llamaba—, que pensaba siempre en El. «Quiero decía con frecuencia que para Jesús mi corazón sea puro

como un lirio», «Quiero que Jesús viva y crezca en mí». Y cuántas veces la vieron suspender sus juegos para exclamar: «Buen Jesús, ¡cuánto te amo!» El recuerdo de Dios la seguía a todas partes; con frecuencia la sorprendían, en medio de sus ocupaciones o de sus juegos, como invadida por la divina presencia: levantaba al cielo los ojos, permanecía un momento silenciosa, y luego proseguía con gracia sus juegos o sus deberes. Por Jesús «nunca la vieron que rehusara un sacrificio», procurando demostrarle su amor con prácticas de penitencia, pequeñas sin duda, pero admirablemente numerosas, lo que prueba la continuidad de sus actos de amor y la fidelidad de su corazón.

Pero donde Ana amaba sobre todo a Jesús era en el misterio de la Eucaristía. Tenía apenas seis años cuando, la víspera del Corpus, fue a decir a la religiosa que arreglaba el altar en la iglesia de Annecy: «Hermana, ¡tendría tanto gusto en arreglar un ramillete para el buen Jesús!» Y habiéndose accedido a su petición, luego se aplicó a componer el ramo lo mejor que pudo, y tímida y ansiosamente: «Hermana —le preguntó—, ¿qué, podrá ponerlo muy cerca de Él?»

Muy pronto, el santo Sacrificio, la sagrada Comunión, Jesús presente en el Sagrario, fueron el centro de su devoción.

Todavía no sabía leer y ya seguía la Misa en un devocionario con imágenes, sin perder un solo movimiento del sacerdote. Tuvo, por lo demás, el gusto prematuro de la Liturgia, lo que supone una inteligencia superior de las cosas divinas. Un día pasó por la casa una amiga de su madre, que se dirigía a la iglesia para oír Misa. «¿No quiere usted llevarme?», le suplicó la niña. Y obtenido el permiso, al ver su alegría, no pudieron menos que preguntarle: «Qué, ¿tienes muchos deseos de ir a Misa?» «¡Oh, me gusta tanto la Misa! —contestó—; y, por otra parte, ¡es una Comunión más!» Durante la Misa su recogimiento conmovía. Después de leer el Evangelio del día, cerraba los ojos, juntaba las manos, inclinaba ligeramente la cabeza y se absorbía completamente en Dios. Y esto sencillamente, sin sospechar siquiera que la observaban. Ese gran silencio duraba hasta el momento de la Comunión. El hambre de su alma se traducía entonces en sus menores movimientos: se adelantaba con los ojos radiantes, y en el momento en que recibía a Jesús se convertía toda como en una adoración viviente. Todo desaparecía entonces para ella, quedándose como «perdida en Dios». Los que la vieron volver del comulgatorio jamás la

olvidarán. «Parecía —dice un testigo— como una custodia viviente, irradiando candor, respeto, amor».

La consumación de la caridad.

Hacia la edad de siete años, bajo la acción de la Comunión frecuente, su piedad se transformó; parece que en esta época comenzó para ella la vida mística.

—Mamá —le dijo un día—, permíteme que ore sin libro durante la Misa.

—Y ¿por qué?

—Porque sé de memoria las oraciones de mi devocionario y al recitarlas me distraigo con facilidad; mientras que cuando hablo al buen Jesús estoy muy lejos de distraerme.

—Y, ¿qué le dices al buen Jesús?

—Que le amo... Después le hablo de ti y de los demás, para que Jesús los haga buenos. Y, sobre todo, le hablo de los pecadores.

Y ruborizándose un poco, agregaba:

—Y después... le digo que quisiera verle...

Entonces —refiere su madre—, con el corazón oprimido, le decía:

—Pero, hijita, ¿qué, no reflexionas en la pena que me causarás si me dejas para ir a ver al Niño Jesús?

—¡Oh, sí, mamá; y no quisiera causarte esa pena! Pero papá está ya en el cielo, tú también irás, y los demás también, porque es nuestro fin.

¿Qué pasaba en esta alma tan amante y tan pura? ¿Qué toques divinos la impulsaban hacia la eternidad? Algunas palabras sencillas, dichas con límpido candor, nos hacen presumir su admirable vida de unión con Dios. Ana, sin sospechar que su piedad tuviera algo de extraordinario, dijo a una religiosa:

—Cuando estoy muy recogida, Jesús me habla.

—¿Y qué te dice?

—Que me ama mucho... —respondió sencillamente.

«Mamá —dijo otra vez, radiante de alegría—, ¡qué feliz soy! El buen Jesús me dijo que me ama mucho más de lo que yo le amo...»

A una amiguita a quien distinguía entre las demás le confesaba con frecuencia: «El buen Jesús me ama mucho y yo le amo mucho». Y le explicaba cómo confiaba todo a Jesús: sus alegrías, sus tristezas, sus deseos, sus

necesidades, hablándole en lo íntimo de su alma, como un niño habla al más tierno de los padres, al más íntimo de los amigos.

Su caridad, creciendo sin cesar, la introdujo en las elevadas regiones de una contemplación sencillísima y como natural; y creciendo sus luces, crecían también los ardores de su amor.

Muy pronto nació en ella la devoción a la Santísima Trinidad. Tenía apenas cinco años cuando oyó decir que el *Gloria Patri* es una oración perfecta, porque tiende únicamente a glorificar a Dios sin pedir nada para la criatura. Esto le impresionó vivamente y durante varios días recitó rosarios enteros de Gloria Patri, y hasta el fin de su vida recitó con especial respeto y recogimiento esta oración.

Sin que nadie hubiera puesto en su alma la idea de la vocación, Ana, por el mes de septiembre de 1921, comenzó a hablar de su propósito de entrar al Carmelo; de manera que dos deseos se disputaban su corazón: vivir, para realizar su vocación, que consideraba como un perfecto holocausto de todo su ser a la gloria de Dios; morir, para ver a Jesús... Triunfaba finalmente este último, y ya no hablaba del cielo sino como de una tierra de promisión próxima. Procuró entonces, con una insistencia admirable, persuadir a una de sus amiguitas que ocupara su lugar en el Carmelo. Conmovida todavía al recuerdo de sus palabras, esta confidente de la «santita» no sabe cómo traducir la admiración que le causaba aquella virtud precoz: «Nénette —decía— tenía un amor de Dios que no se puede decir...»

El fin.

Después de haber visto la vida contemplativa de Ana de Guigné, sería oportuno y muy edificante en verdad considerar los frutos de esa misma vida, frutos de caridad exquisita, delicada, encantadora; veríamos cómo su corazón filial se esforzaba con incomparable ternura en alegrar la tristeza de su madre, inconsolable por la muerte de aquel ser querido que había cubierto de luto su hogar desde sus primeros años; como era la mayor, veríamos cómo fue para sus hermanitos una verdadera mamá, con toda la abnegación, con todo el ascendiente de una madre; nos edificaría, en fin, considerar aquella caridad que se desbordaba en torno suyo, «olvidándose siempre, no olvidando a nadie», en las mil invenciones, en los múltiples servicios, en los pequeños detalles de una

caridad efectiva, en sus preferencias por los pobres y los desgraciados, en su compasión hasta por los animalitos...; pero lo que más nos admiraría sería comprobar cómo se distinguió, a pesar de sus pocos años, en su celo por la conversión de los pobres pecadores, cuánto hizo, cuánto oró, cuánto se sacrificó por alcanzar la conversión de sus almas. Mas todo esto alargaría demasiado los límites de esta breve narración. Es, pues, preciso hablar del fin…

* * *

El 19 de diciembre de 1921, Ana se vio acometida de fuertes dolores de cabeza y de espalda.

—¡Pobre Nénette, cuánto sufres!

—¡Oh, sí! —contestó—; pero esto acabará muy pronto...

El 27 de diciembre el mal se agravó y los dolores se hicieron intolerables. Aquel rostro tan dulce se veía ahora contraído, lívido, revelando en la mirada un sufrimiento atroz; pero ni una sola queja murmuraban sus labios.

El 28 se confesó. «¿Quieres que te traiga a Nuestro Señor?», le preguntó el sacerdote. «¡Oh, sí!», contestó con un acento en que vibraba la inmensidad de su deseo... El 30 recibió la Extremaunción.

La pobre niña se asfixiaba en una constante agonía, y en lugar de quejarse preguntaba, con encantara humildad, si sufría con bastante valor. Sólo a veces murmuraba: «¡No puedo más...!»; y en otra ocasión gimió dulcemente: «¡Jesús mío, ya basta...!» O al contrario, una sonrisa iluminaba su rostro y, respirando una paz celestial, exclamaba: «¡Qué feliz soy!»

Y en medio de todo, su oración era constante; su generosidad no se desmintió ni un momento, ofreciendo a Jesús, especialmente por los pecadores, todos sus sufrimientos; y a imitación de Él, fue obediente hasta la muerte. Su caridad y su dulzura, que se desbordaba en torno suyo en mil delicadas atenciones, llegó a ser verdaderamente heroica en sus circunstancias. ¡Cuántos rasgos conmovedores se pudieran citar en confirmación de todo esto!

Próxima al fin, el cielo pareció entreabrirse sobre aquella prolongada agonía que la martirizaba hacía tres largas semanas. Su rostro se transfiguraba y se le oía llamar a sus hermanitos: «¡Venid, venid a ver... ¡Oh, qué hermoso!...» El jueves, víspera de su muerte, «me llamó —escribe su madre— para decirme que veía al ángel de su guarda». «Muy cierto, muy cierto, allí está». Después,

por dos veces me repitió: «Lo veo, mamá, lo veo; vuélvete, mamá, para que tú también lo veas».

En la noche preguntó a la religiosa que la velaba: «Hermana, ¿puedo ya irme con los ángeles?» Y como la respuesta fuera afirmativa, agregó: «¡Gracias, Hermana; oh, gracias!»

La obediencia fue su último acto. Cuando sus ojos se iban a cerrar para siempre, su madre le dijo: «Mira una vez más a tu mamá, mi querida». La encantadora niña, reuniendo sus fuerzas agotadas, levantó sus párpados, entorpecidos ya por la próxima muerte, y dirigió a su madre una mirada de inmensa ternura: esa mirada fue el último y supremo testimonio de su amor en esta vida. Al amanecer del día siguiente, 14 de enero, su alma voló con los ángeles...

Una sola palabra brotó de todos los labios: «¡Era una santa!»...

* * *

Tal fue la vida de Nénette. El dolor le abrió en temprana edad el camino de la perfección; la Eucaristía —que es el Dolor de Cristo cristalizado y viviente— la alimentó; el dolor consumó en prolongado martirio, sufrido heroicamente, aquella vida más celestial que terrestre.

Fue su vida como una aparición fugitiva del dolor humano envuelto en el ropaje encantador de una sonrisa celestial...; fue toda una revelación de las maravillas que puede realizar en un alma la pureza, el amor y el dolor...

* * *

«Fue admirable —dice un testigo— la calma, la paz, la serenidad, la suavidad celestial que derramaron en torno suyo los despojos mortales de Nénette. Jaime, su hermanito predilecto, vino a instalarse cerca de ellos. Cuando después de mucho tiempo le rogaron que saliera un momento a tomar el aire puro del parque, contestó con firmeza: «No; todavía tengo muchas cosas que decir a Nénette». Después, como inspirado por Dios, fue a traer todas las estampas que encontró para tocarlas a los restos de su hermanita. «Más tarde me lo agradecerán», dijo con extraña convicción.

Y en efecto, en torno de su sepulcro se inició desde luego un movimiento de fe y de confianza en su intercesión, que ha ido creciendo más y más. Su vida[60], publicada a principios de 1925, a pesar de que la tirada fue muy considerable, se agotó en unos cuantos meses; desde entonces las nuevas ediciones se han sucedido cada vez más numerosas. Las gracias atribuidas a su intercesión se multiplican también cada día. Su poder de intercesión se hace sentir de una manera especial en favor de las vocaciones contrariadas y para lograr la conversión de los pecadores, sobre todo en peligro de muerte: lo primero, como una divina compensación de no haber realizado su deseo de consagrarse a Dios en la vida religiosa; lo segundo, como continuación del apostolado que comenzó a ejercer sobre la tierra.

* * *

¡Quiera Dios que el ejemplo de esta alma angelical sacuda nuestra inercia y cobardía, reanime nuestro valor en el camino de la abnegación y del sacrificio, y derrame sobre nuestras almas —sedientas de lo divino— la luz de su sonrisa, de aquella sonrisa tan característica suya, de aquella sonrisa que reveló los tesoros de su caridad y escondió el perfume secreto de su pureza y de su sacrificio!...

---

[60] *Anne de Guigné*, par le R. P. LAJEUNIE, O. P. Lettre-Préface du R. P. Hugon. Desclée, París, 1928. De esta obra nos hemos servido ampliamente para estos apuntes biográficos.